



Tratado de Brest-Litovsk de 1918

Frenazo a la Revolución







Guy Sabatier

TRATADO DE BREST-LITOVSK DE 1918

FRENAZO A LA REVOLUCIÓN



SPARTACUS

EDICIONES

ESPARTACO INTERNACIONAL





Título original:

***TRAITE DE BREST-LITOVSK 1918
COUP D'ARRET A LA REVOLUTION***

Traductor:

Emilio Madrid Expósito

Caricatura de portada:

Del original francés

Primera edición en español:

Octubre de 2001

Ediciones Espartaco Internacional

I.S.B.N.: 84-607-3283-5

Depósito Legal:

La publicación de este texto en español se hace con la
autorización de la Asociación:

Les Amis de Spartacus

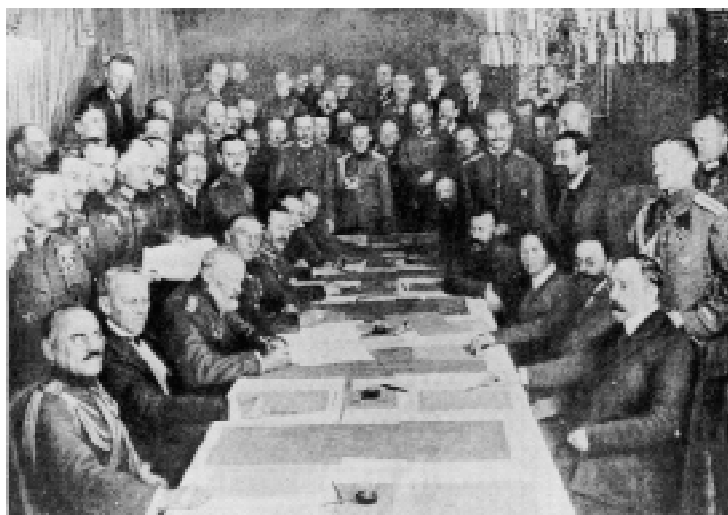
8, impasse Crozatier

75012 PARIS



A los camaradas Jean Luc y Mousso
por razones diferentes.

«Muchos años más tarde, las reminiscencias de Bujarin debían volverse contra él, cuando el proceso de 1938. Para declarar contra él, al menos cinco fantasmas del pasado dejaron las prisiones en que se pudrían desde largos años; eran Iakovleva, Osinski y Mantsev, antiguo miembro del Buró regional de Moscú, así como dos social-revolucionarios de izquierda: Karelin y Kamkov... (Los) tres comunistas de izquierda contaron una historia caprichosa que metamorfoseaba la oposición declarada de 1918 en conspiración secreta. La resolución adoptada por el Buró regional de Moscú, el 24 de febrero de 1918, que se había opuesto a la política pacifista de Lenin, se convertía en un documento secreto cuya destrucción había ordenado Bujarin... Las conferencias públicas de los comunistas de izquierda, tras la firma de la paz, se convertían en encuentros de conspiradores. Osinski llegó en su testimonio hasta implicar a Bujarin en la revuelta de los social-revolucionarios de izquierda, después del asesinato de Von Mirbach».
(L. Shapiro, «**Los bolcheviques y la oposición**»).



Armisticio de Brest-Litovsk (15 de diciembre de 1917). A izquierda, el Príncipe Leopoldo de Baviera firmando el tratado. A derecha, Joffé, presidente de la delegación del Gobierno bolchevique.

ÍNDICE

| | pág |
|--|-----|
| I- Puesta a punto sobre la extensión de la revolución..... | 13 |
| - ¿La paz o la revolución? | |
| - Después de Brest-Litovsk: el abandono de la revolución mundial y la defensa del Estado ruso. Compromiso con los imperialismos. | |
| - Capitalismo de Estado. Sustitutismo. Terror. | |
| - Compromiso con los campesinos y los nacionalistas. Construcción de un ejército de Estado. | |
| - La oposición de los comunistas de izquierda. Sus aspectos positivos y negativos. | |
| - Diferencias radicales entre el curso de una revolución burguesa y el de una revolución proletaria. | |
| - La III Internacional: un refuerzo de la defensa del Estado ruso. | |
| II- Brest-Litovsk: los hechos y su significado..... | 69 |
| A- Contexto histórico del tratado..... | 69 |
| - El II Congreso de los soviets y la paz. | |
| - La crisis de los imperialismos. | |
| - La necesidad de la guerra revolucionaria. | |
| - La política de las negociaciones. | |
| - La presencia de Trotsky. | |
| - Un tratado contra la extensión de la revolución. | |
| - Mapa: la situación militar después de Brest-Litovsk. | |
| B- Las tesis presentes en el seno del Partido Bolchevique..... | 97 |
| - La tesis de Lenin. | |
| - La tesis de Trotsky | |
| - La tesis de las Izquierdas. | |
| III- Brest-Litovsk: ayer y hoy..... | 117 |
| - El carácter decisivo del tratado de Brest-Litovsk. | |
| - Una indispensable reflexión teórica a este respecto. | |
| - El mito de la colusión «germano-bolchevique». | |
| - La ruptura de 1914 y el peso ideológico del pasado. | |
| - Las mistificaciones democráticas y nacionales contra la revolución proletaria mundial. | |

IV- Textos anexos:

| | |
|--|-----|
| I- Intervención de Eberlein en el congreso de fundación de la III Internacional..... | 135 |
| II- Lista de los comunistas de izquierda en 1918..... | 141 |
| III- Extracto del texto «Sobre la construcción del socialismo» de Osinski..... | 142 |
| IV- «La política exterior de la U.R.S.S.», artículo extraído de «L'Internationale», revista del grupo Union Communiste..... | 145 |
| V- Política exterior o solidaridad obrera. (S. Rubak)..... | 155 |
| VI- La tragedia rusa (la capitulación de Brest-Litovsk) por Rosa Luxemburgo (septiembre de 1918)..... | 163 |

Apéndice

| | |
|---|-----|
| UNA CLARIFICACIÓN NECESARIA SOBRE LAS POSICIONES DE LOS SOCIALISTAS-REVOLUCIONARIOS DE IZQUIERDA (RUSIA 1917/1918)..... | 177 |
|---|-----|

| | |
|--|-----|
| I- Octubre 1917/julio 1918: un período fundamental..... | 179 |
| II- Tratado de Brest-Litovsk: un papel decisivo en la disgregación del proceso revolucionario..... | 183 |
| III- Algunos elementos para desarrollar una crítica revolucio- naria, y no bolchevique, de los socialistas-revolucionarios de izquierda..... | 190 |

ANEJOS

| | |
|--|-----|
| A- Algunos puntos de referencia cronológicos útiles sobre la historia de los S.R. de izquierda..... | 202 |
| B- La represión de los bolcheviques contra los S.R. de iz- quierda..... | 206 |
| A continuación..... | 207 |

PUNTOS DE REFERENCIA CRONOLÓGICOS ÚTILES DESDE LA TOMA DEL PODER HASTA LA CREACIÓN DE LA III INTERNACIONAL:

(las fechas entre paréntesis son las del antiguo calendario ruso)

1917:

- 23 de octubre : el Comité Central de los Bolcheviques vota a favor de la insurrección armada.
- 7 de noviembre: arresto de los miembros del gobierno provisional. Apertura (25 de oct.) del II Congreso panruso de los soviets en Petrogrado.
- 19-28 de nov. : 1ª conferencia de los socialistas-revolucionarios de izquierda. (6-15)
- 25 de nov. : elecciones a la Asamblea Constituyente. (12)
- 3 de diciembre: conversaciones preliminares de armisticio con las potencias (20 de nov.) centrales.

-15 de dic. : **firma del armisticio con las potencias centrales (Alemania y Austria-Hungría)**

-19 de dic. : instauración de la checa.

(2)

-20 de dic. : apertura de las negociaciones de paz en Brest-Litovsk, donde ya habían tenido lugar las conversaciones para el armisticio. (7)

1918:

-7-14 enero : 1er Congreso panruso de los sindicatos. (25 dic.-1º)

-18 de enero : apertura de la Asamblea Constituyente.

(5)

-19 de enero : disolución de la Asamblea Constituyente.

(6)

-23-31 enero : III Congreso panruso de los soviets. (10-18)

-3 de febrero : conferencia extraordinaria del partido bolchevique. (21 ene.)

-10 de febrero : ruptura de las negociaciones con las potencias centrales. (28 ene.)

-18 de febrero : reanudación del avance alemán.

(5 feb.)

-23 de febrero : voto del Comité Central bolchevique para aceptar las condiciones alemanas de paz.

- 23 de marzo : **firma del tratado de Brest-Litovsk**
- 6-8 de marzo : VII congreso del partido bolchevique, que de «socialdemócrata obrero» se convierte en «comunista» en su denominación.
- 14-18 marzo : IV congreso panruso de los soviets.
- 11-12 de abril: desarme de los anarquistas .
- 21-27 mayo : conferencia menchevique panrusa de Moscú.
- 25 may-4 jun.: 1er congreso de los Consejos de la economía nacional.
- 26 de mayo : VIII conferencia de los socialistas-revolucionarios. Los checos se apoderan de un cierto número de ciudades en Siberia. Inicio de la intervención de las potencias occidentales (Francia, Inglaterra) por medio de los «ejércitos blancos».
- 8 de junio : toma de Samara por los checos. Se instalan en esta ciudad y en Omsk gobiernos antibolcheviques.
- 4-10 de julio : V Congreso panruso de los soviets.
- 6-7 de julio : asesinato del embajador alemán Von Mirbach. Levantamiento de los socialistas-revolucionarios y represión por los bolcheviques.
- 10 de julio : adopción de la constitución de la R.S.F.S.R. (República Socialista Federativa de los Soviets de Rusia)
- 2 de agosto : se instala en Arcángel un gobierno antibolchevique.
- 27 de agosto : **firma en Berlín de 3 acuerdos complementarios del tratado de Brest-Litovsk.**
- 30 de agosto : atentado fallido por la terrorista socialista-revolucionaria Fanny Kaplan contra Lenin. Asesinato. Asesinato de Uritski.
- 8-23 de sept. : conferencia antibolchevique en Oufa. Formación del gobierno provisional panruso.
- 4-5 de oct. : contraofensiva del ejército «rojo» contra los blancos. Recuperación de Samara.
- 5 de nov. : ruptura por parte de Alemania de sus relaciones con Rusia. Expulsión del embajador bolchevique Joffé.
- 6-9 de nov. : VI Congreso panruso de los soviets.
- 9 de nov. : inicio de la revolución alemana.
- 13 de nov. : **los bolcheviques anulan el tratado de Brest-Litovsk (2 días después del armisticio general y el fin de la guerra inter-imperialista.**
- 18 de nov. : caída del gobierno provisional panruso. El almirante Kolchak se convierte en jefe supremo de los ejércitos blancos.

-24 de dic. : llamamiento de Litvinov (embajador bolchevique expulsado de Inglaterra) al presidente de los Estados Unidos, Wilson, en favor de la paz.

-27-1° de ene. : conferencia panrusa de los mencheviques en Moscú.

-30-31 de dic. : fundación del partido comunista alemán (K.P.D.)

1° enero

1919:

-8-15 de ene. : «semana sangrienta» en Berlín. Asesinato de Rosa Luxemburgo y de Karl Liebknecht por los sicarios del socialdemócrata Noske.

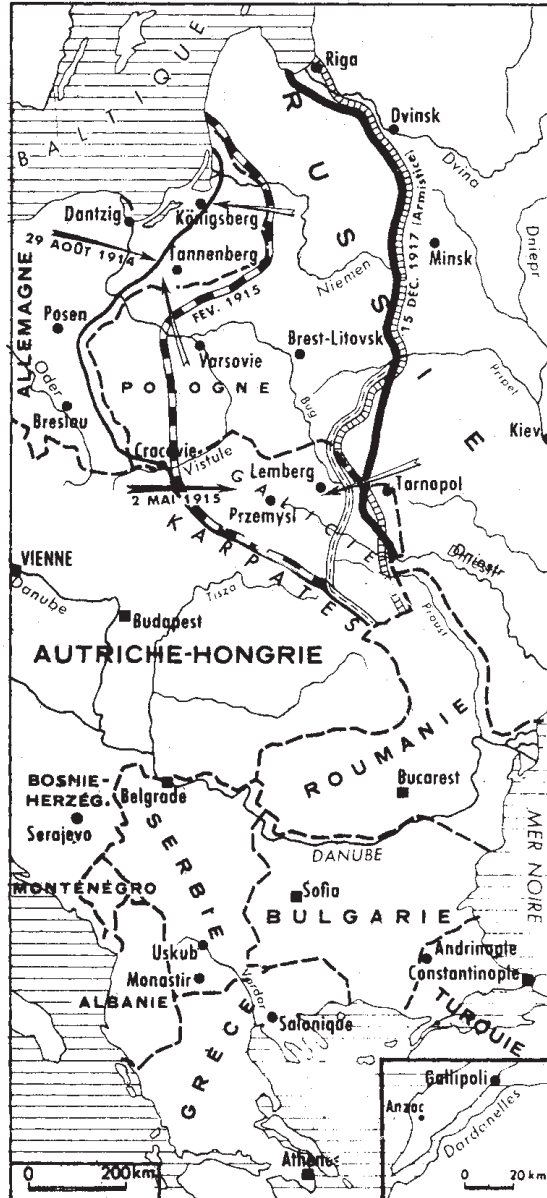
-16-25 de ene. : II congreso panruso de los sindicatos.

-24 de enero : mensaje por radio de la conferencia de París (que reunía a las potencias vencedoras de la guerra) invitando a todos los gobiernos existentes en Rusia -incluidos los bolcheviques- a hacerse representar en una conferencia de la paz en la isla de Prinkipo, no lejos de Constantinopla.

-4 de febrero : el gobierno bolchevique responde favorablemente para asistir a esta conferencia. Reanudación de las ofensivas blancas.

-2-7 de marzo: 1er congreso de la III Internacional en Moscú.

-El frente oriental



I

PUESTA A PUNTO SOBRE LA EXTENSIÓN DE LA REVOLUCIÓN

LA PAZ O LA REVOLUCIÓN

Después de octubre de 1917, la revolución rusa se encontró inmediatamente confrontada *al problema de un poder proletario aislado frente a una guerra imperialista que proseguía a escala mundial.*

Antes de 1914 la Rusia zarista estaba aliada a Inglaterra y Francia. Este bloque, llamado «Triple-Entente», se oponía a otro intitulado «Triple-Alianza» que comprendía Alemania, Austria-Hungría e Italia. En el transcurso de la guerra, la primera coalición iba a ser reforzada por el cambio de campo de Italia (1915) pero sobre todo por la intervención de los Estados Unidos, cuyas tropas desembarcaron en Europa en la primavera de 1918.

Con el derrocamiento del zarismo por la ola revolucionaria de febrero de 1917, Rusia proseguía su compromiso militar en el seno de la «Triple-Entente». Bajo la presión de la burguesía, por intermedio del gobierno de Kerenski, acentuó incluso los combates en el frente oriental. Así, en junio de 1917, por iniciativa de Francia e Inglaterra, que querían por ahí mismo aliviar el frente occidental, donde la guerra de trincheras eternizaba la carnicería y provocaba motines, Kerenski desencadenó una ofensiva. Habiendo conservado intacta su potencia de fuego los imperios centrales, particularmente Alemania, aquellos fue una masacre para el ejército ruso. Este episodio iba a jugar un papel importante en la precipitación de los proletarios y de los campesinos en uniforme contra el poder burgues, después «socialista», salido de febrero. El

eslogan de «paz», con el de «pan, tierra, libertad», era lanzado por el partido bolchevique después de las tesis de abril de Lenin. Se amplificó en los soviets.

La toma del poder por los soviets bajo el impulso de los bolcheviques en octubre significó, pues, la ruptura del compromiso ruso en relación al bloque militar de los imperialistas de «la Entente». Un llamamiento a todos los países para la celebración de una conferencia y para la firma de una paz «justa y democrática» fue adoptada por el II Congreso de los Soviets tras la huella de la insurrección triunfante. Visto su poco eco y la continuación de los combates por parte de los imperialismos, cada uno persiguiendo sus fines de guerra, *el poder proletario tuvo que resolver previamente el problema del frente con los imperios centrales.*

Desde el día siguiente de octubre, teorizando el repliegue sobre sí mismo avanzado por Lenin y la mayoría bolchevique, el gobierno de los Soviets había entablado negociaciones con el Estado Mayor de Alemania y de Austria-Hungría. Se firmó un armisticio. Con la renuncia a la preparación de una «guerra revolucionaria», es decir, a asumir una resistencia obrera armada contra todos los imperialismos para contribuir al surgimiento insurreccional del proletariado en otros países del mundo, las negociaciones de paz siguieron a las del armisticio.

En el discurrir de los días, mientras que la delegación de los Soviets conducida por los bolcheviques se sentaba en la misma mesa que los diplomáticos y oficiales imperialistas, una oposición de izquierda empezó a crecer en el seno de los soviets y del partido en favor de la «guerra revolucionaria». Llegando a ser mayoritaria entre enero y febrero de 1918, esta oposición rechazó las propuestas de Lenin dirigidas a aceptar las condiciones de paz draconianas impuestas por

Alemania. Rechazó igualmente la de Trotsky que, de acuerdo con Lenin, encaraba la «guerra revolucionaria» *únicamente en la eventualidad del apoyo de los franco-ingleses*. Esta oposición se distinguió de la posición de los socialistas-revolucionarios de izquierda, que eran partidarios de una guerra nacionalista contra Alemania, de una guerra llevada por todas las clases de la sociedad rusa y principalmente por los campesinos.

Fue gracias a la amenaza del avance alemán, que no encontraba resistencia alguna, y al chantaje permanente sobre los riesgos de una escisión del partido, que Lenin invirtió la situación en el seno del Comité Central. Con la abstención de Trotsky, Joffé, Krestinski y Dzerjinski, que temían la escisión, se creó la mayoría a su favor (23 de febrero). El día antes, a la salida de la reunión del C.C., los de izquierda habían hecho la siguiente declaración:

«A la atención del Comité Central del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia bolchevique (aditivo a la reunión del 22 de febrero de 1918):

¡Queridos camaradas!

«A la ofensiva de los imperialistas alemanes, que han declarado abiertamente que su fin es ahogar la revolución proletaria en Rusia, el Comité Central del Partido ha respondido consintiendo en concluir la paz en las condiciones que, unos días antes, han sido rechazadas por la delegación rusa en Brest. Este consentimiento dado ante la primera ofensiva del enemigo del proletariado **significa la capitulación de la vanguardia del proletariado internacional ante la burguesía internacional**. Mostrando ante el mundo entero la debilidad de la dictadura del proletariado en Rusia, asesta un golpe a la causa del proletariado internacional, golpe particularmente duro en el momento de la crisis revolucionaria en Europa oc-

cidental, y al mismo tiempo levanta **una barrera** entre el movimiento internacional y la revolución rusa. La decisión de concluir la paz a toda costa, decisión tomada bajo la presión de los elementos pequeñoburgueses y de las corrientes pequeñoburguesas, conlleva inevitablemente para el proletariado la pérdida de su papel dirigente no sólo en occidente sino en Rusia misma. Las restricciones del campo de acción del programa económico soviético que estaremos obligados a llevar a cabo en provecho de los capitales de origen alemán, en el caso de que la paz sea concluida, reducirán a la nada los progresos de edificación soviética realizados por el proletariado después de la Revolución de Octubre. **Abdicar de las posiciones del proletariado en el exterior nos prepara inevitablemente a abdicar también en el interior.**

«Consideramos que después de la conquista del poder, después del aplastamiento total de los últimos bastiones de la burguesía, el proletariado **se encuentra inevitablemente frente a la tarea de extender la guerra civil a escala internacional** y que ningún peligro podrá detenerlo en la realización de esta tarea. **Renunciar a esta tarea sería condenar al proletariado a su perdición por desintegración interna y equivaldría al suicidio.**

«Rechazamos despectivamente los ataques contra el poder soviético lanzados por estos elementos conciliadores, para los cuales la lucha contra los imperialistas alemanes no es sino un pretexto para instaurar la paz civil y que, en lugar de una guerra civil contra la burguesía internacional, querrían llevar una guerra nacionalista contra Alemania apoyándose en la unión de las clases y en la alianza con la coalición anglofrancesa. **El rechazo de la dictadura del proletariado en nombre de la guerra es inadmisibles para nosotros del mismo modo que su rechazo en nombre de la paz;** en

el momento en que las bandas imperialistas están no sólo anexionándose nuevos territorios sino asfixiando al proletariado y sus organizaciones, el deber del Partido es llamar a la defensa de la dictadura del proletariado por las armas y organizar esa defensa. Los dirigentes responsables del Partido, por una mayoría infinitesimal, han decidido de otro modo; su decisión va contra los intereses del proletariado y no corresponde al espíritu del partido. Sin transgredir, pues, la unidad organizativa, consideramos que es nuestro deber desarrollar en los círculos del Partido una amplia propaganda contra la política del centro del Partido tal como se ha manifestado en los últimos tiempos, así como preparar el congreso del Partido que deberá discutir la cuestión de la paz en toda su profundidad.

G. I. Oppokov, A. Lomov, M. Ouritski, N. Bujarin, A. Bubnov (miembros del Comité Central del P.O.S.D.R. bolchevique).

V. Smirnov, In. Stukov, M. Bronski, V. Jakovleva, Spoundé, M. Pokrovski, G. Piatakov (comisarios del pueblo)».

(Ver los Bolcheviques y la Revolución de Octubre -actas del Comité Central del Partido Bolchevique- agosto de 1917/febrero de 1918 - ed. Maspéro).

Esta declaración sigue, pues, a prolongados y encarnizados debates en el seno del P.O.S.D.R. desde el inicio de 1918 y precede unos días a la firma en Brest-Litovsk de la paz que se concluyó el 3 de marzo entre Rusia, Austria-Hungría, Turquía y Bulgaria. Revela *un problema fundamental* que el movimiento obrero, desviado por la II Internacional, no había tenido tiempo de profundizar, hundiéndose, por el contrario, con el alistamiento socialdemócrata en un nacionalismo que iba a abrir el camino a la aceptación por parte del proletariado mundial de la primera carnicería imperialista en 1914.

La III Internacional, auspiciando la política bolchevique predicada por Lenin que afirmaba que el proceso revolucionario puede admitir «treguas» y subsistir, incluso desarrollarse en un solo país en los planos económico y político, iba a reducir este problema a su aspecto *puramente militar*: la construcción de un ejército llamado «rojo» destinado a defender un Estado llamado «obrero». Este Estado sería el garante de la racionalización del sistema capitalista a nivel económico: nacionalización, control obrero, militarización del trabajo, y contribuiría así a enmascarar todo el alcance político y teórico del problema.

Este problema es el de *la necesidad imperativa de la extensión de la revolución a escala internacional*. Y para la revolución rusa se planteaba en las circunstancias particulares de la guerra imperialista, habiendo desembocado esta misma guerra en la destrucción del Estado y la instauración de la dictadura de los soviets después de octubre de 1917. Conscientes del peligro, los bolcheviques de izquierda, mayoritarios en Petrogrado, en Moscú, en el Ural, desde el mes de diciembre reclamaron el cese de las conversaciones de paz entabladas con Alemania a continuación del armisticio, y de modo más general la ruptura de todas las relaciones diplomáticas con el conjunto de los Estados capitalistas. Se oponían, por ahí mismo, a la tesis de la paz preconizada por Lenin y adoptada, en medio del entusiasmo de la victoria de la revolución en Rusia, por la mayoría del II Congreso de los soviets. De antemano, ponían igualmente el acento en la imposibilidad de mantener relaciones económicas con cualquier Estado capitalista so pena de degeneración de la dictadura del proletariado: *¿su posición de clase a este respecto es la única que permite comprender toda la trayectoria que, de Brest-Litovsk a Rapallo -es decir, de la capitulación a la colabo-*

ración- conducirá al Partido bolchevique a ser factor activo en la contrarrevolución!

En tanto que momento de un movimiento general del proletariado contra el Capital mundial, este primer asalto victorioso en Rusia no podía buscar «aislarse» en el seno del sistema y de los Estados imperialistas, de otro modo perdía *su naturaleza de movimiento social que atacaba las relaciones de producción capitalistas* y no podía dejar de transformarse en programa de racionalización del Capital. Como consecuencia de las contradicciones insuperables debidas a la entrada en decadencia del sistema, esta racionalización iba a revestir las últimas formas en el plano económico: instauración de la propiedad de Estado en lugar de la propiedad «privada», planificación, etc..., así como el plano político: ¡dictadura del partido único identificado con el aparato de Estado! Iba a utilizar los medios más avanzados del Capital en esta época para intentar aumentar la productividad del trabajo: taylorismo, salario a destajo, gestión de los directores de fábrica, desarrollo de la tecnocracia... Lenin era su perfecto propagandista cuando cantaba los méritos del capitalismo de Estado. En el II Congreso de los soviets que se inauguró al día siguiente del derrocamiento del gobierno de Kerensky (26 de octubre), los portavoces bolcheviques declararon a los obreros de Petrogrado: «La revolución ha vencido. Todo el poder ha pasado a los soviets (...) Nuevas leyes serán promulgadas estos días sobre la cuestión obrera: una de las más importantes tratará del control obrero de la producción y la normalización de la industria. *Las huelgas y las manifestaciones son dañinas en Petrogrado. Os rogamos que pongais fin inmediatamente a todas las huelgas económicas y políticas, que reanudeis el trabajo y lo realiceis en perfecto orden(...)* ¡Cada uno a su puesto! El mejor medio de apoyar

al gobierno de los soviets estos días es realizar su trabajo» (j)

Está claro, pues, que el análisis contenido en el texto de los opositores de izquierda dirigido a la mayoría que acababa de decantarse a favor de la política de paz en el seno del Comité Central del Partido Bolchevique, *representaba ya en aquella época la única posición revolucionaria*: la extensión de la guerra civil a escala mundial era, y con mayor motivo es hoy, la única solución para realizar el comunismo. Además, permite condenar como contrarrevolucionarios toda clase de compromisos con uno u otro de los Estados imperialistas y todas las posiciones consistentes en bautizar como medidas «socialistas» las disposiciones económicas o la «gestión de la subsistencia» en el interior de la zona revolucionaria *antes de que el Estado y las relaciones de producción capitalistas sean destruidas mundialmente*. Contra la perspectiva capitalista de Estado avanzada por Lenin, aquella se coloca en la línea de Zimmerwald y de Kienthal donde la izquierda revolucionaria, con el mismo Lenin, definía la tarea revolucionaria: ¡»transformación de la guerra imperialista en guerra civil»!

DESPUÉS DE BREST-LITOVSK: EL ABANDONO DE LA REVOLUCIÓN MUNDIAL Y LA DEFENSA DEL ESTADO RUSO. COMPROMISO CON LOS IMPERIALISMOS

Una vez firmada efectivamente la paz, la cuestión de Brest-Litovsk -de modo más general, *la cuestión de la extensión de la revolución*- iba a continuar provocando numerosas agitaciones en el seno del movimiento revolucionario. Así, respondiendo como un eco a las posiciones de las izquierdas, Rosa Luxemburgo publicaba un texto en el que condenaba la capitulación de los bolcheviques, la cual podía arras-

trarlos al «acoplamiento grotesco de Hindenburg-Lenin», es decir, al establecimiento de relaciones ruso-alemanas a todos los niveles (Ver «La tragedia rusa». Carta de Spartacus nº 11. ed. Spartacus). Se comprende por qué a continuación ella se opuso a la creación de la III Internacional: no para conservar, renovándola, la II Internacional (calumnia que será propalada por el estalinismo), pues ella tenía plena conciencia de la quiebra de ésta (la mejor prueba de ello fue la formación del Partido Comunista alemán en diciembre de 1918), sino por temor a que esta nueva organización, con el aislamiento de la revolución rusa que había sancionado el tratado de Brest-Litovsk y que el movimiento obrero alemán no llegaba a romper destruyendo su propio Estado, se convirtiese, con su centro fijado en Moscú, en *un órgano de defensa y de sometimiento a los intereses del Estado ruso, que actuaría contra todas las tentativas de extensión y de afianzamiento de la revolución mundial*. Eberlein, el delegado del P.C. alemán en el congreso de fundación de la III Internacional (marzo de 1919) fue encargado, pues, de votar en contra. Bajo el golpe del aplastamiento de la comuna de Berlín, que se acabó con el asesinato de Rosa Luxemburgo y de Karl Liebknecht (enero de 1919) y sin duda impresionado por las proclamas de los distintos oradores, a las que se añadieron las presiones bolcheviques, se contentó con la abstención.

La oposición de Rosa Luxemburgo, enriquecida a continuación por la del Partido Comunista Obrero Alemán (escisión del K.P.D. en 1920), encontró su plena justificación en *las tácticas contrarrevolucionarias* que fueron elaboradas desde el II Congreso de la III Internacional (frentismo, electoralismo, sindicalismo...) y *la política capitalista* que llevó a cabo el Komintern en todos los países (desde Alemania en 1920-23 a España, pasando por China en 1927). Ade-

más, el tratado de Brest-Litovsk contenía efectivamente en germen una cooperación económica inevitable entre el Estado ruso y todos los países capitalistas. La U.R.S.S., que no formó parte de los beneficiarios del Tratado de Versalles a pesar de la anulación de Brest-Litovsk impuesta a Alemania por sus vencedores dos días después del armisticio del 11 de noviembre de 1918, fue invitada en enero de 1919 a hacerse representar en una conferencia de la paz que debía tener lugar en la isla de Prinkipo, al lado de Estambul (entonces Constantinopla). Los bolcheviques dieron su asentimiento a la apertura de conversaciones con las potencias de la Entente, queriendo proseguir así la política de paz inaugurada con Brest-Litovsk. Estaban incluso decididos a aceptar la agravación de las condiciones de esta política a través de importantes concesiones destinadas a ganarse la no-hostilidad de Francia, de Inglaterra y de Estados Unidos. Unos días después de la masacre de los obreros y de los revolucionarios en Berlín y alrededor de un mes antes del congreso de lo que se llamaría la III Internacional, Tchitcherin enviaba el 4 de febrero el siguiente mensaje *que mostraba una vez más el abandono de la perspectiva de extensión de la revolución en provecho de acuerdos económicos*: «... El gobierno de los soviets se declara (...) dispuesto a ceder a las exigencias de las potencias de la Entente (...) sobre la cuestión de los empréstitos. No rehúsa reconocer sus obligaciones respecto de sus acreedores naturales de las potencias de la Entente (...); propone garantizar el pago de los intereses de sus préstamos por una cantidad determinada de materias primas; (...) está dispuesto a acordar a los naturales de las potencias de la Entente concesiones mineras, forestales y otras en condiciones definidas con precisión, no debiendo el régimen interior de dichas concesiones comportar ningún ataque al orden econó-

mico y social de la Rusia soviética(...). El cuarto punto sobre el que podrían, a juicio del gobierno soviético ruso, girar las negociaciones propuestas se refiere a las concesiones territoriales, no teniendo el gobierno soviético ruso la intención de excluir a toda costa de las negociaciones la cuestión de la anexión por las potencias de la Entente de ciertos territorios rusos...» (Ver V. Serge, *El año I de la revolución rusa*, tomo 3, p. 43-44). La conferencia de Prinkipo no pudo celebrarse: los jefes de los rusos blancos, Koltchak y Denikin, empujados por los generales de la Entente, no respondieron al ofrecimiento de apertura de ésta y no tuvieron en cuenta el mensaje bolchevique pues pensaban, con el regreso de la primavera, reemprender las ofensivas militares contra el poder de los soviets y acabar con él rápidamente. Tomaban así la posición de Clémenceau que, al contrario de Lloyd George y de Wilson, había querido emplear de golpe la mano dura. Durante dos años, Rusia iba a soportar el bloqueo y las múltiples tentativas de invasión por parte de los vencedores de 1918: *en consecuencia, los bolcheviques intentaron muy naturalmente privilegiar sus relaciones económicas con las potencias vencidas y en primer lugar con Alemania!* Esto los condujo directamente a firmar con esta última el acuerdo de Rapallo (1922) cuyas cláusulas permanecieron en secreto durante mucho tiempo. Para justificar este acuerdo, que presentaron como un modelo de trabajo revolucionario, los bolcheviques designaron a las fuerzas de la Entente como «especialmente contrarrevolucionarias» en comparación con la burguesía alemana despojada y Lenin calificó a la Sociedad de las Naciones de «guarda de los bandidos imperialistas». Pero esto no les impidió participar en varias «conferencias de paz» bajo la égida de esta misma S.D.N. que era una creación de los países miembros de la Entente para contribuir, ba-

jo la capa de pacifismo, a la reconstrucción de sus economías malparadas por la guerra. Éstas fueron: Génova en abril de 1922, al margen de la cual se firmó el acuerdo de Rapallo, La Haya en julio del mismo año, después la conferencia Naval de 1923 y la del Desarme de 1927. Sin embargo, habrá que esperar a los años de 1930 para ver a Stalin decidir *reorientar completamente la política de los acuerdos económicos*: entrada de la U.R.S.S. en la S.D.N., firma del pacto franco-soviético, apoyo a la Unión Sagrada en los países democráticos contra el expansionismo de las fuerzas del Eje (países fascistas)... La vuelta de 1939 (pacto germano-soviético) no será sino más espectacular y hará falta el flujo de las divisiones de panzer hitlerianas en territorio ruso para asistir a un nuevo giro de Stalin al lado de los Aliados (1941).

El rizo estaba rizado: las teorías emitidas por Lenin *sobre la necesidad de la tregua y sobre la utilización de las contradicciones interimperialistas cuando la cuestión de Brest-litovsk*, habían arrastrado a la U.R.S.S. a la vía capitalista por el apoyo ya en uno o varios imperialismos, ya en el otro o los rivales.

CAPITALISMO DE ESTADO. SUBSTITUTISMO. TERROR.

La «descomposición interna» del poder de los soviets, el peligro de la cual subrayaban las izquierdas, iba a realizarse poco a poco, prácticamente al ritmo de las capitulaciones y de los compromisos salidos del rechazo a encarar la guerra civil revolucionaria.

La identificación socialdemócrata entre la nacionalización y la socialización desembocó inmediatamente en una política económica que se resumía en la instauración de un

capitalismo de Estado presentado como el paso ideal al socialismo: «Cuando la clase obrera haya aprendido a defender el orden de Estado contra el espíritu anárquico de la pequeña propiedad, cuando haya aprendido a organizar la gran producción a escala del Estado, sobre las bases del capitalismo de Estado, entonces tendrá, permítaseme la expresión, todos los triunfos en la mano y la consolidación del socialismo estará asegurada» (Ver Lenin, «*Sobre el infantilismo de izquierda y las ideas pequeñoburguesas*», Obras completas, tomo 27, ed. Sociales). Lenin persistía en subrayar, por otro lado, que él había preconizado esta política económica *antes* del derrocamiento de Kerensky en un texto de septiembre de 1917 titulado «La catástrofe inminente y los medios para conjurarla»: «El socialismo no es otra cosa que la etapa inmediatamente consecutiva al monopolio capitalista de Estado... El capitalismo monopolista de Estado es la preparación material más completa del socialismo, la antesala del socialismo...». Además, y esto explica la búsqueda de relaciones económicas privilegiadas con Alemania que desembocará en Rapallo, él recomendaba inspirarse en el ejemplo de este país como modelo de capitalismo de Estado: «Se da el caso que es el Alemán el que encarna hoy, al mismo tiempo que un imperialismo feroz, los principios de disciplina, de organización, de colaboración armoniosa sobre la base de la industria moderna, mecanizada, del recuento y del control más rigurosos. Ahora bien, es justamente esto lo que nos falta. Justamente lo que debemos aprender...» (Ver «*La tarea principal de nuestros días*», Obras completas, tomo 27, p. 164 -marzo de 1918- ed. Sociales). Hay que remarcar que la identificación entre la nacionalización y la socialización no era simplemente patrimonio de Lenin; sufriendo igualmente el conjunto del movimiento revolucionario el peso de la socialdemocracia

arrastraba esta concepción equivocada; así, incluso las izquierdas se ilusionaban con el valor de las nacionalizaciones: su oposición a Lenin en el plano económico se limitaba a reclamar una nacionalización *integral* y un *verdadero* «control obrero». En el primer congreso panruso de los consejos económicos regionales (final de mayo de 1918), Lomov declaró: «La centralización burocrática (...) está paralizando las fuerzas del país. Se quita a las masas todo poder creador real en todos los sectores de nuestra economía» (Ver M. Brinton, «*Los bolcheviques y el control obrero*», p.119, cuaderno nº 24-25 de Autogestión y socialismo). Presentando los temas del control «por abajo» contra el de «por arriba», de la «gestión obrera» contra la «de los capitales de industria», dieron nacimiento a continuación a las concepciones «economistas» de la oposición obrera (Kollontai, Chliapnikov) que, criticando el «jacobinismo» de Lenin, iban a intentar dar la primacía a los sindicatos en relación al partido. Sin embargo, las críticas de las izquierdas frente a «una política del trabajo destinada a imponer una disciplina a los trabajadores bajo el manto de autodisciplina, la introducción del trabajo obligatorio, el salario a destajo y la prolongación de la jornada de trabajo» (Ver «*Tesis sobre la situación actual*» en el nº 1 de la revista de las izquierdas «El Comunista», extracto citado por Brinton, p.109), y más generalmente sus críticas frente a la utilización del sistema Taylor, de los industriales capitalistas, de los acuerdos económicos con el imperialismo, *reflejaban una reacción de clase que estaba ligada a su posición sobre la necesidad de la guerra revolucionaria*. Además, a pesar de sus ilusiones sobre la nacionalización, presentían claramente lo que sería el capitalismo de Estado con el que soñaba Lenin: «Nosotros somos partidarios de la construcción de una sociedad proletaria por la

creatividad de clase de los trabajadores mismos y no por los decretos imperativos de los capitanes de industria (...). Si el proletariado mismo no sabe crear las condiciones necesarias de una organización socialista del trabajo, nadie puede hacerlo en su lugar. Y nadie puede constreñirle a ello. Si contra los obreros se levanta el garrote, éste se encontrará o en manos de una fuerza social o del poder soviético mismo. Pero el poder soviético se verá obligado entonces a buscar el apoyo de otra clase (el campesinado, por ejemplo) contra el proletariado y, por ahí mismo, se autodestruirá en tanto que dictadura del proletariado. El socialismo y la organización socialista serán establecidos por el proletariado mismo o no serán establecidos; en su lugar, aparecerá otra cosa: el capitalismo de Estado» (Ver Osinski, nº 2 del «Comunista», citado por Brinton, p. 110-111).

La «descomposición interna» del poder de los soviets fue facilitada por la concepción *substitutista* de la mayoría bolchevique y de Lenin con respecto a la dictadura del proletariado: esta podía ser asumida, *en nombre de la clase obrera*, por el partido o por el secretario general, es decir, ¡una sola persona! La visión política de Lenin concordaba perfectamente con sus opciones económicas: «...En cuanto a la segunda cuestión, la importancia de un poder dictatorial personal desde el punto de vista de las tareas específicas del momento, hay que decir que toda gran industria mecánica, que constituye precisamente la fuente y la base material de producción del socialismo, exige una unidad de voluntad rigurosa, absoluta, que regule el trabajo común de cientos, de miles y de decenas de miles de hombres. En el plano técnico, económico e histórico, esta necesidad es evidente, y todos los que han meditado sobre el socialismo la han reconocido siempre como una de sus condiciones. Pero ¿cómo puede asegu-

rarse una rigurosa unidad de voluntad? Por la sumisión de la voluntad de miles de personas a la de una sola» (Ver Lenin, «*Las tareas inmediatas del poder de los soviets*», Obras completas, tomo 27, p.243, ed. Sociales). Este substitutismo tomaba también la forma de *la identificación del partido y del Estado*; una vez más, tenía sus raíces en los aspectos socialdemócratas del análisis de Lenin sobre el Estado. En efecto, a pesar de ciertas perspectivas revolucionarias contenidas en su libro «El Estado y la Revolución» (perspectivas recogidas de Marx mismo o sacadas de los escritos de Pannekoek de los años 1912/13), Lenin no concebía la destrucción del Estado capitalista más que como un «vuelco» de la dirección de este aparato en provecho del partido que se apoya en el proletariado y que realiza en la ocasión un verdadero «golpe de Estado» para apoderarse del poder según las modalidades próximas a las definidas por Blanqui. Así, para la toma del palacio de Invierno en Petrogrado, no quiso que el problema de la insurrección fuese debatido por los soviets pues estimaba, al contrario que Trotsky, que la base de ésta debía ser lo más estrecha posible. Excepto en el uso de la violencia respecto al legalismo socialdemócrata, la mayoría bolchevique, como Marx antes de la experiencia de la Comuna de París, quedaba prisionera de la teoría de «conquista del aparato de Estado». El Estado capitalista en cuanto tal no era destruido: *¡el Estado burgués «derrocado» cedía el lugar a un Estado llamado proletario!* Asimilando el partido al proletariado e identificándole con el Estado, Lenin escribía, inmediatamente después de la insurrección de octubre de 1917, un artículo de título revelador: «¿Conservarán los bolcheviques el poder?».

Puesta en pie desde diciembre de 1917 (al mismo tiempo que la apertura de las conversaciones de Brest-Litovsk),

la policía «política» (Checa), en tanto que prolongación del substitutismo del partido y como brazo inquisidor del aparato de Estado, iba a contribuir fuertemente a la aceleración del ritmo de la «descomposición interna». Fue la instauración de un régimen de Terror que se justificó por la necesidad de la represión contra la burguesía que los soviets debían asumir, pero que de hecho respondió a las necesidades de coerción del capitalismo de Estado en gestación: *«En un número de ciudades de provincia, de distritos o de aldeas de la República socialista federativa rusa, las checas no han asimilado ni comprendido correctamente la línea política del poder soviético. Muy frecuentemente, las checas locales adoptan métodos y medios de lucha que van contra la política que el poder soviético y nuestro partido han establecido para el futuro próximo, por ejemplo: 1) en el momento en que el poder soviético, habiéndose reforzado y habiendo comenzado conscientemente a organizar y restaurar la economía y el mecanismo militar del país, a cuyos fines se ha decidido utilizar todas las capacidades técnicas de los pequeños burgueses, las checas locales no permiten realizar este objetivo, deteniendo a diestro y siniestro a estos elementos, con lo cual van contra las directivas del centro y por ahí mismo desacreditan a la checa como órgano del poder de Estado; 2) en el momento en que hay que abordar con la mayor atención la creación del aparato económico, militar y ferroviario del país, por lo que se ha adoptado un decreto particular del soviet de la Defensa de 3 de diciembre de 1918 para reglamentar la actividad de las checas, toda una serie de checas y de órganos administrativos locales lo han comprendido e interpretado muy mal»* (Orden nº 113 de la checa panrusa a las checas locales sobre las modificaciones y la mejora de sus

métodos de trabajo, el 19 de diciembre de 1918, citado por J. Baynac en «*El terror bajo Lenin*», p.57-58, ed. Le Sagittaire). Esta Terror se dirigió primero a los otros partidos (socialistas revolucionarios de izquierda, anarquistas), después cada vez más a las huelgas y manifestaciones obreras (Ver los relatos de las «masacres de Astrakán» en marzo de 1919, episodio menos conocido que Cronstadt, citado por Baynac, p.160/169): así se estableció la dictadura sobre el proletariado, es decir, *¡la dictadura del capital!*

Creyendo preservar el proceso revolucionario amenazado por la capitulación de Brest-Litovsk gracias a mayores medidas de represión interna contra la burguesía, *las izquierdas tuvieron las mismas ilusiones acerca del Terror que sobre la política de nacionalización*. Ellos estuvieron entre los mejores propagandistas y servidores de este curso policíaco: «*La coacción proletaria en todas sus formas, comenzando por las ejecuciones capitales, constituye un método con vistas a crear el hombre comunista*» (Dzerjinski); «*Desde ahora todos nosotros debemos ser chekistas*» (Bujarin). Piatakov, presidente del tribunal revolucionario del Don, decía: «*Toda abstención de denuncia será considerada como un crimen y será castigada con todo el rigor de las leyes revolucionarias*». A pesar de sus errores socialdemócratas (defensa de la Asamblea Constituyente, de las elecciones, de la Democracia), Rosa Luxemburgo criticó este Terror jacobino y más generalmente el substitutismo del partido bolchevique a propósito de la dictadura del proletariado(*): «*...esta dictadura debe ser obra*

(*). Sobre el conjunto de las posiciones positivas o negativas de Rosa Luxemburgo, remitirse a la advertencia final del cuaderno Spartacus «Rosa Luxemburgo y su doctrina» (a aparecer)

*de la clase y no de una pequeña minoría que dirige en nombre de la clase, es decir, que debe ser la emanación fiel y progresiva de la participación activa de las masas, debe sufrir constantemente su influencia directa, estar sometida al control de la opinión pública en su conjunto, emanar de la educación política creciente de las masas populares» (Ver «La revolución rusa», texto póstumo, ed. Spartacus). A continuación, el K.A.P.D. luchará contra las maniobras de la III Internacional que utilizaba el frentismo (es decir, la alianza interclases) para que los partidos «comunistas» de cada país llegasen al poder y estableciesen su dictadura sobre el proletariado liquidando todas las oposiciones: *llevó esta lucha en la perspectiva de los Consejos Obreros, es decir, de la clase obrera revolucionaria en su conjunto.**

COMPROMISO CON LOS CAMPESINOS Y LOS NACIONALISTAS. CONSTRUCCIÓN DE UN EJÉRCITO DE ESTADO.

La presión de los elementos y, sobre todo, de las corrientes pequeñoburguesas (esencialmente, campesinado) fue efectivamente decisiva en el momento del problema de Brest-Litovsk, como lo subrayan las izquierdas. En efecto, la mayoría del Comité Central y Lenin justificaron su posición sobre «la paz a toda costa» apoyándose en el argumento de la hostilidad del campesino ruso a sostener, o al menos tolerar, una guerra revolucionaria. Por otro lado, los socialistas revolucionarios de izquierda, que compartían todavía el poder político con los bolcheviques, querían, por contra, utilizar al campesi-

no ruso para conducir una guerra nacional en nombre de la defensa del suelo y de la pequeña propiedad resultante de la partición de las tierras, y abundaban así en el sentido de su odio antialemán alimentándolo con una propaganda centrada en el tema de la «*resistencia a los invasores extranjeros que se apropian de sus bienes*». Estas dos tácticas respecto del campesinado estaban en contradicción desde un punto de vista capitalista, pero tenían en común un mismo fundamento contrarrevolucionario: *la abdicación del papel dirigente del proletariado en el proceso de transformación social*; ¡papel que debe concebirse a escala mundial y que no puede variar incluso si la clase obrera es minoritaria en un país a nivel sociológico, dicho de otro modo, según criterios puramente cuantitativos, como era el caso en Rusia en 1917-1918! Asimismo, los comunistas de la oposición condenaban tanto a los socialistas revolucionarios de izquierda como a la mayoría bolchevique: «*El rechazo de la dictadura del proletariado en nombre de la guerra es inadmisibile para nosotros con el mismo título que su rechazo en nombre de la paz*» (Ver aditivo a la reunión del C.C. bolchevique del 22 de febrero de 1918). No obstante, hay que recordar que Lenin mismo había tenido que luchar contra esta clase de presión pequeñoburguesa imponiendo con sus «*tesis de abril*» (1917) la ruptura total con el gobierno de Kerensky. En efecto, la mayoría de los dirigentes bolcheviques que habían permanecido en Rusia después de 1914 y se agrupaban principalmente alrededor de Kamenev, se pronunciaban todavía en aquel momento por la continuación del apoyo a este gobierno, es decir, de hecho por la continuación de la guerra imperialista en el seno de la Entente con la bendición de la burguesía rusa. Sin embargo, esta posición, clara en el plano político, iba acompañada *por un programa económico socialdemócrata-*

ta, y en particular se apoyaba ya en lo que Rosa Luxemburgo llamaría la consigna pequeñoburguesa: «la tierra a los campesinos». En febrero de 1918, con la cuestión de Brest-Litovsk, Lenin acabó por ceder a todos los cantos embaucadores de las sirenas capitalistas: su posición política (firma de la paz), haciéndose cargo de los intereses de los campesinos, que no tenían como preocupación más que la de beneficiarse de sus nuevas propiedades, se ajustó a su programa anterior con respecto a ellos (reparto de las tierras).

Finalmente hubo un combate a muerte por el poder entre las dos fracciones que defendían los intereses de las capas pequeñoburguesas: acabó con la eliminación física de los socialistas revolucionarios de izquierda que a continuación de su asesinato del conde Mirbach, el embajador alemán, habían intentado levantar el país desencadenando un motín en Moscú (julio de 1918). Víctor Serge relata el comienzo de las hostilidades: «Habiéndose dirigido Dzerjinski al Comité Central del Partido Socialista Revolucionario de izquierda supo que este partido asumía toda la responsabilidad del atentado y fue detenido como prisionero. Un destacamento de tropas especiales de la checa, mandado por Popov, formaba el núcleo principal de las fuerzas socialistas revolucionarias de izquierda que, la misma noche, emprendían la ofensiva en distintos puntos de la ciudad. Se apoderaron por sorpresa de la sede central de correos y se apresuraron a telegrafiar a todas partes la orden de considerar nulas y sin valor las decisiones que pudiese tomar el Consejo de los comisarios del pueblo, «siendo en adelante el Partido Socialista revolucionario el único partido gobernante». «¡El pueblo, declaraban los socialistas revolucionarios de izquierda, quiere la guerra con Alemania!»...» (Ver «El año I de la Revolución rusa», tomo

II, p. 64). A partir de de estos acontecimientos es cuando se instaure verdaderamente el Terror y el Partido bolchevique obtiene el monopolio exclusivo del poder político: *»Las instituciones soviéticas, comenzando por los soviets y acabando por el Vtsik y el Consejo de los comisarios del pueblo, en donde los comunistas están solos, funcionan en vacío, todas las decisiones son tomadas por el Partido, aquéllas no hacen más que poner el sello oficial»* (Ver idem, V. Serge, p. 68). El proceso revolucionario ruso está cada vez más aislado: presión alemana a pesar del tratado, intervención militar de la Entente (por ejemplo, los anglofranceses desembarcaron el 1º de julio en Murmansk), levantamiento de los kulaks (campesinos ricos, o sea, grandes propietarios), etc...; *en consecuencia, el mantenimiento de la dictadura del proletariado se ha hecho imposible, peor aún, ésta no existe ya más que formalmente para intentar camuflar mejor la dictadura del partido bolchevique, que se ha puesto en su lugar y que representa entonces el primer factor activo de la contrarrevolución.* La tesis de las izquierdas de febrero de 1918, *«pensamos que estaría de acuerdo con los intereses de la revolución internacional consentir el sacrificio del poder de los Soviets antes que convertirse en un poder puramente formal»*, toma entonces todo su relieve y su valor revolucionario es confirmado. Una vez más, es Rosa Luxemburgo quien extraerá la lección de la situación dos meses después de la evolución exterior e interior de los Soviets en julio: *«Así el resultado final de la paz de Brest-Litovsk es que la revolución rusa está cercada por todas partes, hambrienta, estrangulada. Pero incluso en el interior, en el territorio dejado todavía por Alemania a los bolcheviques, el dominio del poder y la política han sido empujados fatalmente por vías falsas»* (Ver «La tragedia rusa»,

texto ya citado).

El cerco de la revolución rusa salido del rechazo a conducir una guerra basándose en los guerrilleros proletarios como preconizaban las izquierdas, condujo a la mayoría bolchevique, que rechazaba toda iniciativa de las masas y toda organización militar centrada únicamente en el proletariado, a entablar la construcción de un verdadero «ejército de Estado» llamado «ejército rojo». Así, el Vtsik (ejecutivo panruso de los soviets) votó el 22 de abril de 1918 la instrucción militar, general y obligatoria, para los hombres de 16 a 40 años. *Pretendiendo reclutar a todas las capas de la población y, sobre todo, a los campesinos, la construcción del ejército que ha sido confiada a Trotsky se coloca de golpe en un terreno interclasista, nacional y por tanto contrarrevolucionario.* Las implicaciones militares de esta elección política son la institución de un Estado Mayor, el nombramiento de los jefes por éste y no su elección por los guerrilleros que han sido reemplazados por soldados, el restablecimiento de las condecoraciones. Además, los jefes serán sacados de entre el cuerpo de los antiguos oficiales zaristas o kerenskistas pues éstos *«aún siendo conservadores, que aceptan trabajar en las difíciles circunstancias presentes, (...) valen más que los falsos socialistas intrigantes (...) y encontramos entre ellos muchos más hombrespreciados de lo que esperábamos»*, (Ver Trotsky, «Cómo se armó la revolución», tomo I, documentos de abril-junio de 1918). Combatiendo la teoría de este ejército llamado revolucionario, las izquierdas denunciaron en sus tesis *«el restablecimiento práctico en el ejército del antiguo cuerpo de los oficiales y del mando de los generales contrarrevolucionarios»*.

El poder de los soviets estaba tanto más cercado militar y políticamente después de Brest-Litovsk cuanto que el

«derecho de los pueblos a disponer de sí mismos» (¡otra consigna pequeñoburguesa!) dio pruebas inmediatas de su carácter contrarrevolucionario. En efecto, al acabar las transacciones bolcheviques con los nacionalistas de Ucrania, Finlandia, los países bálticos,... todos estos países «liberados» se transformaron en seguida en otras tantas bases militares para organizar sus ofensivas contra el territorio de la dictadura del proletariado. La constitución de gobiernos y de parlamentos llamados democráticos en estos mismos países fue el inicio de una represión y una propaganda anticomunista generalizadas. El «derecho de los pueblos a disponer de sí mismos» que había sido reivindicado tanto por Wilson, el presidente de los Estados Unidos, en sus «14 puntos» para la paz como por el Lenin de las «tesis de abril» en Brest-Litovsk, tuvo resultados perfectamente inversos a los previstos por este último: en lugar de desembocar en la simpatía o al menos en la neutralidad de estos «Estados-amortiguadores» respecto de la revolución proletaria, trajo consigo un refuerzo del imperialismo. La experiencia demostró claramente que con la entrada del capital en su fase de decadencia sancionada por el estallido de la 1ª guerra mundial en 1914, los revolucionarios no debían sostener ya, como Marx y Engels en el siglo XIX, el principio de la independencia de nuevas naciones pues éstas no podían ser más que las expresiones imperialistas del reparto de los mercados y de las zonas de influencia militar. *«El gobierno alemán se apresuró a consolidar las ventajas adquiridas. El 7 de marzo de 1918 firmó un tratado de paz con el gobierno «blanco» de Finlandia, que sostenía entonces una guerra civil implacable contra el gobierno socialista finlandés, el cual por su parte había concluido un tratado con el gobierno soviético una semana antes y recibía desde dos meses antes el apoyo de unidades sovié*

ticas. A primeros de abril, un ejército alemán mandado por Von der Goltz desembarcó en Finlandia; un mes más tarde, la guerra civil había terminado pero siguió un «terror blanco». En Ucrania, las tropas alemanas continuaron su progresión hasta la ocupación total del país. Destacamentos de guerrilleros socialistas revolucionarios y bolcheviques, animados y ayudados por Moscú, hostigaban las tropas alemanas, pero sin éxito. El 22 de abril, Tchitcherin elevó una protesta contra una avanzada alemana en Crimea, más allá de las fronteras ucranianas fijadas por el tratado de Brest-Litovsk y reivindicadas por el gobierno ucraniano...» (Ver E.H. Carr, «La revolución bolchevique», tomo III, pag. 89).

LA OPOSICIÓN DE LOS COMUNISTAS DE IZQUIERDA. SUS ASPECTOS POSITIVOS Y NEGATIVOS.

Sobre todas las implicaciones políticas de Brest-Litovsk (abandono de la revolución mundial y defensa del Estado ruso, instauración del capitalismo de Estado, compromiso con el campesinado, tratos con los gobiernos nacionalistas,...), la lucha prosiguió y fue encarnizada tanto en los soviets como en el seno del partido o de su Comité Central. Así, Lenin no obtuvo finalmente la mayoría más que gracias a la adhesión de Trotsky (bajo forma de abstención en la sesión del 23 de febrero del C.C.), partidario antes de la tesis «ni guerra, ni paz». Esta victoria fue difícil pues los resultados de una consulta de los soviets en febrero de 1918 eran netamente desfavorables a la política de «paz a cualquier precio»: Seis ciudades de provincias se pronunciaron por la paz y veinte por la guerra, ochenta y ocho distritos, ciudades y pueblos optaron

por la paz y ochenta y cinco por la guerra. No era un plebiscito favorable. Las respuestas a esta encuesta, llevada a cabo por encargo del soviet de los comisarios del pueblo, provenían de diferentes soviets repartidos por toda la extensión del país; pero en marzo de 1918, los soviets eran todavía órganos realmente democráticos y representativos y además, las preguntas habían sido planteadas y redactadas en un espíritu de imparcialidad bastante estricto, salvo quizá la penúltima frase, que decía: «El primer punto de vista es defendido por el Comité Central de los Socialistas revolucionarios de izquierda»...» (Ver Louis Fischer, «La vida de Lenin», tomo I, p.312; con esta penúltima frase del cuestionario se observa que el cuidado primordial era camuflar las disensiones en el seno del C.C. bolchevique y reducir la tesis de la «guerra revolucionaria» ¡únicamente a las posiciones de los S.R. de izquierda!)

Después de haber puesto en tela de juicio sus responsabilidades en el seno del partido y del gobierno a propósito del tratado y después de haber encarado la ruptura: «El buró regional de Moscú, considerando que la escisión del Partido se ha hecho bastante probable en un futuro bastante próximo, se pone como meta agrupar a todos los revolucionarios consecuentes, a todos los elementos comunistas en lucha contra los partidarios de la paz separada y contra los elementos moderados del movimiento comunista» (declaración del 24 de febrero de 1918 consiguiente al voto de censura contra el Comité Central), las izquierdas siguieron siendo miembros del partido y prosiguieron sus críticas contra la mayoría bolchevique *extendiéndolas a todos los aspectos de su política; ¡fue una oposición generalizada!*

En el Congreso del partido (el VII) que siguió a la firma de la paz y que tuvo lugar los días 6, 7 y 8 de marzo de 1918, Lenin, además de su tesis sobre Brest-Litovsk, quería hacer

aceptar ciertas modificaciones al problema teórico del partido. Éstas se limitaban a un cambio de denominación de la organización («comunista» en lugar de «socialdemócrata» ¡que hasta ese momento había sido el nombre oficial!), y a añadir algunas frases sobre el imperialismo y sobre el Estado sacadas de dos de sus antiguas obras, «el imperialismo, fase superior del capitalismo» y «el Estado y la revolución». El verdadero motivo de la operación de Lenin era hacer oficializar por el conjunto del partido su propia línea política seguida después de las «tesis de abril» e impuesta contra los cuadros (Kamenev, Stalin...) que defendían entonces la perspectiva del proceso «democrático-burgués»: apoyo a Kerenski, rechazo de la insurrección antes de octubre... Las izquierdas, Bujarin, Sokolnikov, Smirnov, se encargaron de revelar el aspecto puramente *formal y táctico* de estas propuestas de modificaciones: en efecto, cuando propusieron *suprimir la antigua parte teórica del programa, totalmente caducado a sus ojos, con el fin de definir únicamente las tareas de la época imperialista y, por consiguiente, la era de la revolución socialista*, la confusión de Lenin estalló. Para él, el período de transición ya no se situaba en el socialismo, *era asimilado a una etapa en el seno del capitalismo que podía tener lugar en un sólo país: «Debemos guardar la antigua parte teórica del programa a fin de no extraviarnos en los recovecos, para no desorientarnos en los períodos de retroceso, de retirada, de derrotas momentáneas, cuando la historia o el enemigo nos pudiese rechazar hacia atrás pues nosotros no estamos aún, en Rusia, más que en la primera etapa de transición del capitalismo al socialismo»* (Ver obras completas, tomo 27, p. 129, «Informe sobre la revisión del programa y el cambio de denominación del partido»). Además, como en su visión del imperialismo él no

concebía la necesidad, para cada capitalista, de poseer los mercados exteriores llamados «extra-capitalistas» en tanto que lugares de realización de la plusvalía, Lenin había creído en la posibilidad de una tregua *duradera* en el expansionismo y el militarismo. Él reconoció su error pero no sacó de él ninguna lección *sobre la extensión de la revolución como único imperativo proletario impuesto por el imperialismo: «La historia no nos ha proporcionado el estado de paz que concebíamos en teoría para un cierto tiempo, que era deseable y que nos hubiese permitido franquear rápidamente las etapas de transición. Vemos en seguida cuántas dificultades ha creado la guerra civil en Rusia y cómo se mezcla con toda una serie de guerras»* (Ver *idem*, «Informe...»).

A continuación, las izquierdas pusieron en evidencia las contradicciones de Lenin sobre el problema del Estado. Bujarin pidió que el socialismo fuese definido como una sociedad sin Estado y afirmó que el poder de los Soviets (la dictadura del proletariado) no representaba, pues, un «nuevo tipo de Estado» incluso «sin burocracia, sin policía, sin ejército permanente», como había querido dejarlo entrever Lenin en «El Estado y la revolución». El proletariado, siendo efectivamente la última clase de la historia, no puede más que afirmar y aplicar sin ambigüedad en la práctica su dominio sobre el proceso social y hacia las otras clases. No habiendo mistificación a desarrollar cara a una clase futura, él no intenta disimular este dominio bajo una fraseología y medidas formales de tipo administrativo y democrático destinadas a mantener y administrar un *sedicente statu quo* entre todas las clases. En esto, la acción del proletariado es la prueba material de que el Estado, tras la pantalla ideológica del arbitraje entre las clases, no ha sido nunca otra cosa en la realidad más que el instrumento de dominación de una clase sobre otra clase. Pero como

la clase obrera representa los intereses de la humanidad entera que no tiene fin económico para intentar perpetuarse, la afirmación y la aplicación de su dominación, de su «dictadura», pierden rápidamente su razón de ser al final de la destrucción del capital mundial y de todos sus Estados. Desde el principio, el órgano del poder proletario, que no puede ser otra cosa sino los Consejos Obreros, contiene en germen su propio aniquilamiento, pues no existe más que en función de la dominación con respecto a la antigua clase y sus intenciones contrarrevolucionarias. *¡Este órgano, por todo su contenido social, se opone a la noción misma de Estado, incluso «proletario»!* Después de la experiencia rusa, la denominación de «funciones estatales» parece ser la más satisfactoria para calificar la necesidad del carácter coercitivo de este poder proletario respecto del capital y sus defensores, y en la medida en que la clase obrera asumirá de este modo el último «gobierno de las personas». Las denominaciones del tipo «Estado-Comuna», según la expresión de Engels tras la Comuna de París, o «semi-Estado», no dejan aparecer suficientemente la inmediatez y la simultaneidad del proceso de extinción de todas las «funciones estatales», motor esencial del paso, más allá de la extensión de la revolución y de la destrucción completa de las relaciones de producción capitalistas (producción de mercancías y salariado), a lo que será una simple «administración de las cosas» y preparará *el comunismo integral*.

Se puede medir el foso que separaba a Lenin de las perspectivas de las izquierdas, y aun de ciertos de sus análisis anteriores, a la luz de las declaraciones que hizo para aplazar hasta las calendas griegas la extinción del Estado: *«¿Cuándo comenzará a extinguirse el Estado? Tendremos tiempo de reunir aquí a entonces más de dos congresos, antes de*

poder decir : ved cómo se extingue nuestro Estado. Por el momento es demasiado pronto. Proclamar por adelantado la extinción del Estado sería forzar la perspectiva histórica» (Ver Obras completas, tomo 27, «Intervenciones contra la enmienda de Bujarin a la resolución sobre el programa del partido», p. 148/9). El super-Estado totalitario que se identificará con el estalinismo tiene su origen en la defensa del Estado bajo una forma llamada proletaria en la época de Lenin.

Después del Congreso en abril de 1918 los opositores formaron *una fracción* conocida bajo el nombre de *comunista de izquierda*. Ésta perdió rápidamente su influencia en Petrogrado bajo los golpes repetidos de la mayoría para desacreditarla por todos los medios. Pero continuó teniendo hasta junio la dirección del Comité regional del partido bolchevique en Moscú, la de varios comités en el Ural y tuvo núcleos de simpatizantes un poco por todas partes. Su principal implantación estaba, pues, en los grandes centros industriales de Rusia. Después de haber publicado un diario en Petrogrado, más centrado en la propaganda, hicieron aparecer este periódico en Moscú bajo forma de un semanario y con objetivos teóricos. Fue «El Comunista», cuyos cuatro números salieron entre abril y junio de 1918 (Ver L. Schapiro, «Los Bolcheviques y la oposición», primer estadio, 1917-22, p. 123).

En quince tesis del 4 de abril, precisaron no sólo todas sus críticas respecto de las implicaciones de Brest-Litovsk tanto a escala internacional como en el interior, tanto desde el punto de vista político como económico, sino que intentaron también proponer verdaderas perspectivas revolucionarias: *Los comunistas proletarios quieren otra política. No se trata de conservar en el norte de Rusia, al precio de concesiones que la transformarían en un Estado pequeño-*

burgués, un oasis soviético» (Ver Víctor Serge, «El año I de la revolución rusa», Tomo II, p. 16). Sin embargo, excepto el tema del sacrificio y de la agitación en provecho de la revolución internacional, *las medidas que ellos tomaban en Rusia no podían sino quedar prisioneras de las ilusiones arrastradas por el conjunto del movimiento revolucionario de la época: nacionalización integral asimilada a la socialización, gestión por abajo opuesta a la gestión por arriba de los directores de fábricas, intensificación del Terror como único medio de liquidar a la burguesía...* Pero todas estas debilidades o estos errores teóricos no quitan nada al valor de la oposición de las izquierdas, en particular respecto al curso económico y político instituidos a consecuencia del rechazo de la guerra revolucionaria: contra la divisa de Trotsky «trabajo, orden, disciplina», contra el capitalismo de Estado, contra la burocratización a expensas de los soviets,... Los comités del Ural exigieron, sin resultado, la celebración de un congreso extraordinario del partido sobre todos estos puntos. Lenin respondió con la convocatoria a toda prisa de una conferencia de la sección de Petrogrado que pidió a las izquierdas que pusiesen fin a su existencia organizativa separada, después con un panfleto titulado «*Sobre el infantilismo de la izquierda y las ideas pequeñoburguesas*» (mayo de 1918) que era una condena sin remisión de las críticas revolucionarias. La prohibición oficial de tendencias por el X Congreso en 1921 y la publicación de «*La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo*» -texto dirigido contra las izquierdas «europeas»- el mismo año, *¡no serán más que la continuación lógica de estas primeras reacciones!*

Así, los problemas planteados no recibieron una solución «*por la discusión, la persuasión o el compromiso, sino por una vasta campaña de presiones en las organizacio-*

nes del Partido y en las declaraciones de sus dirigentes. La polémica de Lenin dio el tono, y sus lugartenientes se encargaron de meter a los militantes en cintura» (Ver R.V. Daniels, «La conciencia de la revolución», p.87).

Las izquierdas pudieron expresarse todavía de modo organizado a finales del mes de mayo de 1918 con ocasión del primer Congreso panruso de los consejos económicos regionales que se celebró en Moscú. Pero, de un lado, el nº 4 de «El Comunista» (¡que sería el último!) tuvo que aparecer como el órgano «privado» de una tendencia, y de otro lado, todas sus proposiciones fueron rechazadas por una gran mayoría. Sin embargo, un decreto del 28 de junio de 1918 ordenó la nacionalización de todas las grandes firmas industriales del país que había sido reclamada por las izquierdas en este Congreso. Este decreto fue redactado y votado muy rápidamente pues los artículos 12 y 13 de un acuerdo adjuntado al tratado de Brest-Litovsk estipulaban que o bien las empresas expropiadas serían devueltas a sus propietarios en el plazo de un año, o bien si eran nacionalizadas, éstos últimos recibirían una compensación equiparable que substituyese la restitución. Para evitar que la industria rusa cayese en manos de los Alemanes, Lenin prefirió escoger el mal menor. *Esta medida mostró bien que las nacionalizaciones no eran otra cosa que la defensa del capital nacional, que no tenían, pues, nada que ver con el socialismo y subrayó perfectamente que las propuestas económicas de las izquierdas presentadas como el «no va más» del proceso revolucionario en relación a las de Lenin (Ver la apología de M. Brinton en «Los bolcheviques y el control obrero») se situaban también en el marco de un arreglo del sistema.*

Los límites teóricos de las izquierdas fueron tanto más evidentes cuando a continuación del decreto precedente se

produjeron las primeras escisiones en su seno. Radek, por ejemplo, reconoció que el decreto garantizaba las «bases proletarias del régimen» y en consecuencia no vio dificultades para aceptar el principio de la gestión por arriba, incluso, «¡por uno sólo!» Después del V Congreso panruso de los soviets, las necesidades de desmarcarse de la tentativa de insurrección de los socialistas revolucionarios de izquierda empujaron a los opositores bolcheviques a asumir la represión y aceleraron las escisiones; tanto Bujarin como Radek se volvieron a reunir con Lenin y la mayoría. Aquello fue el declive de la fracción. Osinski formó con otros una nueva tendencia, «los centralistas democráticos», que continuó la propaganda sobre la «gestión obrera de la producción» y que fue el vínculo entre las concepciones erróneas de las izquierdas sobre este tema y las de «la oposición obrera» en 1920-21.

Diferencias radicales entre el curso de una revolución burguesa y el de una revolución proletaria.

Como respuesta a la crisis económica mundial del capitalismo y a la guerra imperialista, como primer movimiento de luchas de clases que iban a generalizarse a escala internacional hasta comienzos de los años 1920, como portadora de la organización política del proletariado revolucionario en su conjunto: los soviets (ya surgidos en 1905), *la revolución rusa reviste incontestablemente un carácter proletario*. El partido bolchevique, no desembarazado de las taras socialdemócratas (substitutismo latente teorizado en 1902 en «¿Qué hacer?», conservación de la separación entre programa mínimo y programa máximo, avance del «derecho de los pueblos a disponer de sí mismos,»...), *no tomó posiciones revolucionarias más que bajo la presión de los acontecimientos*

y del proceso proletario mismo: ningún apoyo a Kerensky, todo el poder a los soviets, decisión de la insurrección. En su «Historia de la revolución rusa» (Ver 2 tomos en las ed. Le Seuil Politique), Trotsky subraya que el partido fue muchas veces a remolque de la acción de la clase obrera. Y, muy frecuentemente, a causa del peso de sus orígenes socialdemócratas, estuvo al borde de la quiebra y no enderezó el timón sino in extremis: el mejor ejemplo de ello es el giro que representaron «las tesis de abril» pues en *el plano político* impusieron una cierta ruptura con el apoyo al proceso democrático-burgués ¡que duraba desde febrero de 1917!

Después de la insurrección de octubre, además de su substitutismo pregonado acerca de la cuestión del poder y su error de identificación de este poder con un «nuevo tipo de Estado», el partido bolchevique, por la defensa del tema de la paz a cualquier precio y la firma del tratado de Brest-Litovsk, *contribuyó a reforzar el aislamiento objetivo de la revolución rusa*. A partir de entonces, no sólo ya no podía tomar posiciones revolucionarias incluso bajo la presión del proceso revolucionario (rechazo de la propuesta de las izquierdas), *sino que se convirtió en el principal factor activo de la contrarrevolución en Rusia, y después a escala internacional*.

Así, en ligazón con los problemas de la dictadura del proletariado, del Estado, (*) de la utilización de la violencia y,

*Sobre la dictadura del proletariado, se puede uno remitir al artículo aparecido en la revista «Spartacus» nº 4 y titulado «La dictadura del proletariado, una prolongación de las luchas revolucionarias» de C. Michel. Sobre el Estado, ver el artículo aparecido en «el Boletín de estudios y de discusión» de R.I. nº 2 (mayo de 1973) y titulado «el Estado, la revolución proletaria y el contenido del socialismo» del autor de este libro.

más generalmente, del período de transición, el de la extensión de la revolución y de la guerra revolucionaria *es fundamental para el período por llegar*. No se trata de escamo-tearlo reduciéndolo a un aspecto puramente táctico o militar, como decíamos desde el inicio de este texto. Debe ser resuelto mucho antes de encarar la configuración del comunismo integral o llamado «superior».

En efecto, sobre este último poseemos innegables «postes indicadores», según la expresión de Rosa Luxemburgo, pero las discusiones interminables a su propósito no pueden más que arrastrarnos, en el mejor de los casos, al utopismo y las elucubraciones y en el peor, a las aberraciones e incluso al abandono del método marxista; lo que constituye el patrimonio de muchos elementos y grupos actualmente, para los cuales el precepto hegeliano «todo lo que es real es racional, todo lo que es racional es real» tiende a reemplazar la visión dialéctica, materialista e histórica de la superación de las contradicciones y del surgimiento de nuevas contradicciones.

La controversia alrededor de Brest-Litovsk provenía de la elección a realizar entre «la paz» y «la guerra revolucionaria». La necesidad de la extensión de la revolución que pedía zanjar en favor de esta última, *planteaba inmediatamente la comprensión de las diferencias radicales existentes entre el curso de una revolución proletaria y el de una revolución burguesa*. Después de la toma del poder político en un país, la revolución burguesa puede tomarse una «tregua», y aun varias, sin ningún peligro para la realización de sus objetivos históricos. En efecto, el poder esencial (es decir, económico) del capitalismo se ha desarrollado ya considera-

blemente *en el seno mismo del antiguo sistema*, el feudalismo, y ha demostrado en los hechos su superioridad en tanto que modo de producción. Frente al último freno representado por la dominación política de la nobleza apoyada en la realeza, la toma del poder de Estado por la burguesía *¡no es más que la coronación de su proceso económico!* Las diversas formas revestidas por el poder político en Francia después de 1789 (república, consulado, imperio, monarquía parlamentaria...) atestiguan la ausencia de un peligro cualquiera de regreso al feudalismo: no son más que las expresiones de las luchas entre las fracciones atrasadas y modernistas de la burguesía. Siendo una clase no unitaria, puede llevar una guerra de defensa nacional de carácter revolucionario, pero en el exterior, aun contribuyendo al hundimiento de los antiguos regímenes, se revela muy rápidamente, más allá de las coartadas ideológicas del género «Libertad, Igualdad, Fraternidad», como una guerra de rapiñas y de anexiones imperialistas (ver desde las campañas militares de Bonaparte a las de Napoleón 1º). Para conseguir sus fines (conservación de sus ventajas frente a la competencia), una burguesía nacional puede contraer todas las alianzas, incluso con los regímenes archirreaccionarios: fue el caso de Inglaterra y de Prusia con Austria y Rusia en relación al «Gran Ejército» de este mismo Napoleón 1º. El curso de la revolución proletaria es prácticamente lo contrario de todo esto. La clase obrera, en el plano económico, *no posee nada en el seno del capitalismo*, aparte de su fuerza de trabajo que vende según los vaivenes del mercado; para pasar al comunismo, que se afirma primero en tanto que modo de producción superior al capitalismo, debe pues *en primer lugar destruir la piedra angular de las relaciones capitalistas, es decir, el Estado como instrumento de dominación de la burguesía y afirmar su propio poder político*

co, que contiene en germen la extinción de todas las medidas estatales gracias al fin de toda sociedad dividida en clases. Siendo una clase unitaria, el proletariado no puede sino intentar extender su poder a escala internacional *so pena de prolongar simplemente el capitalismo bajo otra forma*. En efecto, al ser el mercado mundial, la destrucción del Estado y de sus relaciones de producción capitalistas debe realizarse a este nivel. Las nacionalizaciones, el control obrero, la autogestión..., todas medidas bautizadas de «paso adelante», de «progresistas», de «socialistas», antes de la realización de este proceso de destrucción, se han revelado no ser más que formas de acondicionamiento del capitalismo en su período de decadencia. La preparación a sostener la guerra revolucionaria es la única salida posible para una dictadura de los Consejos pues el fin de la revolución proletaria es *acabar con el sistema mercantil y el salariado* para permitir primeramente una producción guiada no por el provecho sino por las necesidades humanas a satisfacer, y después el advenimiento de una sociedad de abundancia (comunismo integral). Como las izquierdas bolcheviques después de su oposición sin resultado al tratado de Brest-Litovsk, M. Brinton cree que: «*La cuestión fundamental: ¿quién administrará la producción después del derrocamiento de la burguesía? debería (...) convertirse en adelante en el centro de toda discusión seria por el socialismo*» (Ver «Introducción» al texto ya citado, p.38). Su error es el de Chaulieu (alias Cardan o Castoriadis) que, asimilando el capitalismo a los modos de producción anteriores, se imaginaba que había encontrado un denominador común esencial para la comprensión de la explotación en todas las sociedades de clase. Para ellos, la separación de los productores de los medios de producción y los productos de su trabajo se resumía en la dominación

d e

estos productores, simples ejecutantes, por los que dirigen el proceso económico. La solución aparece así a sus ojos como la de establecer la dominación inversa a fin de superar las relaciones «dirigentes-dirigidos» (Ver «Las relaciones de producción en Rusia», n° 2 de la revista «Socialismo o Barbarie», mayo-junio de 1949; texto sacado de «La sociedad burocrática», U.G.E. col. 10/18, p. 205-281). La «gestión obrera de la producción» sería, pues, el medio de crear el comunismo: evalúense todas las ilusiones alimentadas por un medio semejante que, no más que las nacionalizaciones, no rompe las leyes y el fin capitalistas de la susodicha producción (mercado, acumulación). *Nosotros tenemos para el caso otra fórmula de la autogestión, a saber: ¡la gestión del Capital por los obreros mismos!*

Lenin no percibía en absoluto estas diferencias radicales entre el curso de una revolución proletaria y el de una revolución burguesa. Muy al contrario, para justificar su tesis de la paz, tomaba el ejemplo del modo como la burguesía nacional prusiana había sabido resistir en la época de las guerras napoleónicas. Para tener el máximo de datos concretos sobre las maniobras de Prusia y, más globalmente, sobre todos los acontecimientos de principios del siglo XIX, fue un lector asiduo de «*Historia de Europa Occidental*» de N. Karayev. Así, declaró al día siguiente de la firma de la paz (artículo publicado el 6 de marzo de 1918 en «La Pravda»): *Cualquiera que quiera aprovechar las lecciones de la historia, no puede eludir su responsabilidad, ni desviarse, pensará, por ejemplo, en las guerras de Napoleón 1° con Alemania. Prusia y Alemania concluyeron en varias ocasiones con el invasor tratados de paz diez veces más pesados y humillantes (que el nuestro), llegando incluso a admitir una policía extranjera, incluso a comprometerse a*

sostener, suministrando tropas, las campañas de conquista de Napoleón 1º: En sus tratados con Prusia, Napoleón 1º oprimía y desmembraba Alemania con diez veces más de violencia que Hindenburg y Guillermo emplean en aplastarnos ahora. Sin embargo, en Prusia hubo hombres que, en lugar de hacerse los fanfarrones, firmaron los tratados de paz más «deshonrosos», que los han firmado porque no tenían ejército, que aceptaron las condiciones de paz más opresivas y humillantes y que, sin embargo, se levantaron después para la insurrección y la guerra. Esto no se produjo una, sino varias veces. La historia conoce varios de estos tratados de paz y de estas guerras. Varios ejemplos de treguas. Varias nuevas declaraciones de guerra por el invasor. Varios ejemplos de alianzas entre una nación oprimida y la que oprime, rival de la nación conquistadora y tan conquistadora como ella (¡aviso a los partidarios de la «guerra revolucionaria» sin recurso a la ayuda de los imperialistas!). Así se ha hecho la historia. Así fue. Así será. Hemos entrado en una época en que las guerras se sucederán. Vamos hacia una nueva guerra patriótica. Llegaremos a ella en las condiciones de la revolución socialista que asciende. Y en este difícil camino, el proletariado ruso y la revolución rusa sabrán curarse de las fanfarronadas y de la frase revolucionaria; sabrán aceptar tratados de paz muy duros, sabrán levantarse de nuevo. Nosotros hemos concluido nuestra paz de Tilsit. Nosotros también veremos nuestra victoria, nuestra liberación, igual que los alemanes, después de la paz de Tilsit de 1807, se libraron de Napoleón en 1813 y 1814. El intervalo que separa nuestra paz de Tilsit de nuestra liberación será probablemente más corto, pues la historia camina más rápido. ¡Basta de fanfarronadas! Trabajo se-

rio, disciplina y organización» (Ver «Lección seria y seria responsabilidad», Obras completas, tomo 27, p. 79/80). ¿Hay una apología más hermosa del realismo de la burguesía nacional y una identificación más clara con el papel de ésta? Lenin era un asiduo del razonamiento por analogía con el pasado histórico como si las condiciones materiales, objetivas y subjetivas, no hubiesen cambiado, y le gustaban particularmente las comparaciones con el curso del desarrollo burgués. Esto resalta igualmente de todos sus argumentos económicos para apuntalar la política de paz: «Mientras la revolución tarde todavía en «despuntar» en Alemania, nuestro deber es aplicarnos en la escuela del capitalismo de Estado de los alemanes, empeñarnos con todas nuestras fuerzas en asimilarlo, no ahorrar procedimientos dictatoriales para implantarlo en Rusia todavía más de prisa que lo que lo hizo Pedro 1º para las costumbres occidentales en la vieja Rusia bárbara, sin recluir ante el empleo de métodos bárbaros contra la barbarie» (Ver «Sobre el infantilismo de izquierda y las ideas pequeñoburguesas», Obras completas, tomo 27, p.355/56).

Con respecto a la primera situación histórica de este género, fue la posición de las izquierdas la que contribuyó a extraer la perspectiva de una revolución proletaria sobre el problema de su extensión a partir de un poder establecido en un sector y aislado en ausencia de la victoria de una insurrección fuera de este sector. No tomaron ejemplo del curso burgués, de los jacobinos y Bonaparte que buscaban exportar, a punta de bayoneta y trabando alianzas en todas direcciones ¡sus ideas sobre «la libertad de comercio»! No solamente definieron la guerra revolucionaria del proletariado como una resistencia a todos los imperialismos sin distinción, como una ayuda indispensable a la lucha de clase en el mundo entero y

por tanto al estallido de la revolución internacional, *sino también como la condición sine qua non de la persistencia del carácter proletario para el poder ya existente*. El interés del movimiento mundial primaba sobre la salvaguarda a toda costa de este poder aislado y podía incluso reclamar su pérdida, contrariamente al proceso burgués, pues si no corría el riesgo de transformarse en su contrario, es decir, convertirse en un órgano antiproletario al servicio de las necesidades de supervivencia del capitalismo. En el nº 4 de su periódico «El Comunista» (mayo de 1918), las izquierdas escribían: «*Nosotros no nos ocultamos que la aplicación inflexible, tanto en el interior como en el exterior, de una política proletaria preñada de peligros puede incluso acarrear momentáneamente nuestra perdición, pero pensamos que es mejor para nosotros, en interés del movimiento proletario internacional, sucumbir aplastados por las fuerzas exteriores, pero sucumbir como verdaderos proletarios, que vivir adaptándonos a las circunstancias*» (citado por V. Serge, tomo I, p. 223).

Todavía hoy vivimos el peso de las mistificaciones engendradas por la salvaguarda a toda costa del poder proletario en Rusia: bajo el manto del marxismo, fue el instrumento de la más terrible de las contrarrevoluciones. Rosa Luxemburgo había sentido las implicaciones de los compromisos inevitables de este poder: «*Una alianza de los bolcheviques con el imperialismo alemán sería moralmente, para el socialismo internacional, el golpe más terrible que se le podría dar*», y formulaba la misma conclusión que las izquierdas: «*Cualquier desastre de los bolcheviques en la lucha honorable contra una fuerza superior y el disfavor de la situación histórica sería preferible a este desastre moral*» (Ver «La tragedia rusa», ya citada).

La III Internacional: un refuerzo de la defensa del Estado ruso.

La III Internacional, también llamada Internacional Comunista, nació prácticamente un año después de la firma del tratado de Brest-Litovsk (4 de marzo de 1919). Así, parecería evidente que a fin de cuentas la posición de Lenin sobre la paz no habría impedido al poder de los soviets continuar colocándose en la perspectiva de la revolución mundial y de trabajar para la constitución de una organización destinada a favorecerla. En efecto, más allá de las proclamaciones y de las instituciones, se trata de examinar, antes y durante la creación de la III Internacional, *la política exterior real que llevaban a cabo los bolcheviques, los cuales habían substituido ya a los soviets y se habían identificado con el Estado para asumir el poder en Rusia*. Además, hay que considerar de qué modo fue concebida esta organización con vocación mundial, qué papel le era atribuido respecto del proletariado, y sobre este punto en particular, lo que representaba frente a las dos primeras Internacionales.

La política exterior de los bolcheviques en el transcurso del verano de 1918 consistió en un acercamiento acrecentado a Alemania. Las dos partes tenían interés en ello: de una parte, Rusia soportaba los intentos de invasiones aliadas; de otra parte, Alemania, a pesar del traslado de sus tropas del este gracias a Brest-Litovsk, conocía importantes reveses en el oeste después de sus ofensivas de primavera; debilitándose, pues, tenía necesidad de reafirmar la paz con Rusia. *El 27 de agosto de 1918, en Berlín, fueron firmados tres acuerdos complementarios del tratado de Brest-Litovsk: político, financiero, establecimiento de un intercambio de notas confidenciales (la famosa «diplomacia secreta», supuestamente*

tirada a la basura por los Bolcheviques, recobraba todos sus derechos, ¡y esto mucho antes de Rapallo!). Al presentar estos acuerdos a la ratificación del ejecutivo soviético, Tchitcherin, que en el puesto de comisario de asuntos exteriores había reemplazado a Trotsky dimisionario tras la firma de la paz, declaró: «*A pesar de las grandes diferencias que existen entre los regímenes de Rusia y Alemania, a pesar de las orientaciones fundamentales de los dos gobiernos, la coexistencia pacífica de los dos pueblos, que ha sido siempre el objetivo de nuestro Estado obrero y campesino, es ahora igualmente deseable para la clase dominante alemana...*» (Ver E. H. Carr, «La revolución bolchevique», tomo 3, p.97). Estos manejos contrarrevolucionarios de los bolcheviques estaban en perfecta contradicción con la imagen de pureza comunista que se esforzaba en dar Joffé por una propaganda intensiva desde su puesto de embajador en Berlín. *En tanto que normalización de la política exterior soviética como política de Estado*, los acuerdos complementarios de Brest-Litovsk subrayaban el papel de simple cobertura y de justificación ideológica jugado en contrapartida por todas las proclamas espectaculares sobre la extensión de la revolución.

Por otro lado, durante este verano de 1918 los bolcheviques multiplicaron las demostraciones de amistad hacia los Estados Unidos. Hay que recordar que en mayo de 1918 su representante, R. Robins, había sido encargado a su regreso a Washington de ofrecer en nombre del poder de los soviets concesiones en Rusia a los capitalistas americanos. El presidente Wilson había manifestado su deseo de cooperación enviando un mensaje de simpatía al IV Congreso de los soviets. Apostando por la rivalidad de los Estados Unidos con Japón, los bolcheviques esperaban aminorar el campo de

los aliados y limitar otro tanto las amenazas militares de invasión. Pero la coalición de los Americanos con Francia, Inglaterra, Japón, se soldó de nuevo y los desembarcos en Rusia se produjeron: ¡por esta razón tuvo lugar el nuevo acercamiento a Alemania por parte de los rusos!

En este último país, los primeros días del mes de noviembre de 1918, con la expulsión de Joffé por el Estado Mayor crispado y después con el estallido del proceso revolucionario el 9, *parecieron precursores de un cambio en la política de los bolcheviques*. En efecto, éstos redoblaron las proclamas sobre la inminencia de la revolución mundial y sobre su apoyo indefectible a ésta. Además, el 13, dos días después del armisticio por el que Alemania había capitulado, *anularon el tratado de Brest-Litovsk*.

Sin embargo, la actitud aparentemente resuelta de los bolcheviques no resiste un nuevo examen de todos los aspectos de su política. Así, el 8 del mismo mes, habían propuesto a los cinco principales gobiernos aliados entablar negociaciones de paz general. Y al mes siguiente, el 24, Litvinov, que acababa de ser expulsado de Inglaterra, envió desde Estocolmo un llamamiento a Wilson en favor de la paz: el contenido era muy moderado, evitando, por ejemplo, toda alusión a la revolución mundial. A mediados de enero de 1919, Buckler, un funcionario del departamento de Estado americano, vino a entrevistarse con Litvinov. Este último declaró que los Bolcheviques serían conciliadores en caso de negociaciones sobre las deudas de Rusia con los países extranjeros y sobre el cese de toda propaganda en estos países y los otros: *«Los rusos comprenden que, en ciertos países occidentales, las condiciones no son favorables a una revolución según el modelo soviético»* (Ver E. H. Carr, p. 121). Sintiéndose fuerte con estas garantías es cuando Wilson, apoya-

do por el primer ministro inglés Lloyd George, propuso en la conferencia de la paz que reunió a finales de enero en París a los vencedores de la guerra imperialista: «*Una tregua de Dios*» entre «*todos los diferentes gobiernos actualmente en guerra en el interior de las fronteras de lo que era el imperio ruso*». Y el 24 fue la nota invitando, entre otros, a los bolcheviques para acudir a Prinkipo. Hemos visto anteriormente por qué el encuentro previsto en este lugar no se celebró finalmente, a pesar de la respuesta favorable de Tchitcherin el 4 de febrero (Ver II de esta «puesta a punto»): ¡ofensiva de los ejércitos «blancos» atizada por Churchill y Clémenceau! Los americanos intentaron todavía una mediación: un delegado, W. Bullit, se dirigió a Petrogrado para una misión confidencial, a saber, sondear de nuevo las condiciones bolcheviques de paz. Habló con Tchitcherin y Litvinov que le repitieron, como en la respuesta para Prinkipo, que Rusia reconocía sus obligaciones financieras. Esto fracasó frente a la intransigencia inglesa y francesa: el bloqueo y las invasiones parecían ser mejores medios que las negociaciones para acabar con los bolcheviques; estas operaciones iban a durar hasta 1921, agotando la economía rusa, pero sin resultado militar decisivo.

La política bolchevique no había cambiado, pues, en nada: *bajo el manto de revolución mundial, defendía lo mejor posible los intereses del Estado ruso*. La recaída del movimiento de masas en Alemania (peso de los socialdemócratas, que controlaban los consejos obreros e impusieron la celebración de elecciones a una asamblea legislativa, aplastamiento de los revolucionarios en Berlín, en Baviera...) añadiéndose a las presiones constantes, después a las ofensivas generalizadas de los aliados, relanzó las relaciones de estado a estado entre Rusia y este país. En los cálculos oportunistas

de los bolcheviques en relación al capitalismo alemán, hay que subrayar el papel particularmente contrarrevolucionario que jugó Radek en su aplicación (¡desde hacía varios meses había renegado completamente de sus posiciones de izquierda!). Por decisión del ministro de la guerra, fue trasladado a una «celda» confortable en la que se benefició de un régimen de favor, transformándola en un verdadero «salón político». Liberado definitivamente en diciembre de 1919, se convirtió en el huésped de un general retirado, más tarde, de un comisario de policía (!) *Él contribuyó a la aplicación de la política de coexistencia pacífica de la que había hablado Tchitcherin en la época de los acuerdos complementarios de Brest-Litovsk: frente a los otros estados imperialistas, la burguesía alemana, despedazada como Rusia, tenía los mismos intereses objetivos que ésta (reconstrucción económica, por ejemplo)*. Estas relaciones privilegiadas iban a encontrar su apogeo con ocasión de Rapallo: *«Toda la evolución reciente de las relaciones internacionales demuestra la inevitabilidad, en la etapa actual del desarrollo histórico, de la coexistencia temporal de los sistemas de propiedad comunista y burgués»* (Ver R. Bourzanel, *«Rapallo, nacimiento de un mito»*, p. 165; extracto de la declaración del comité ejecutivo central al hacer balance de la conferencia de Génova y del tratado de Rapallo, 18 de mayo de 1922). Además de sus aptitudes de diplomático, Radek fue el instrumento de la bolchevización del P.C. alemán y desplegó sus dotes de viejo maniobrero. Tras la muerte de Rosa Luxemburgo (¡de la que había sido un furibundo adversario en Polonia (*), en donde había experimentado contra el S.D.K.P.I.L. -----

* Una obra del autor está en preparación sobre *la izquierda polaca* a través de la personalidad de Leo Jogiches, un mili-

sus primeros golpes bajos!), apoyó a Levi aun oponiéndose a sus intenciones de exclusión de las izquierdas que formaron el K.A.P.D. después de la escisión (Ver carta al congreso de Heidelberg), después orquestó su caída cuando éste tomó distancias cara a los bolcheviques y puso el partido enteramente en manos de Moscú con una dirección política que teorizaba la lentitud de la revolución y promovía las tácticas capitalistas (frentismo, electoralismo, sindicalismo...).

Los hechos destrozaron toda mitología, ¡aun cuando pasa por revolucionaria! *La III Internacional fue concebida inmediatamente en la perspectiva de defender el Estado ruso en todos los países y en apoyo a su diplomacia exterior de tipo tradicional.* Ella tuvo la sede de su comité ejecutivo en Moscú, ella se identificó en seguida con el Estado y el partido bolchevique (Zinoviev, su presidente, actuaba en colaboración total con Tchitcherin, el comisario de Asuntos Exteriores, sobre todos los problemas), y Lenin podía declarar: «*La nueva tercera Asociación internacional de los trabajadores ha comenzado ya a confundirse en cierta medida con la Unión de repúblicas socialistas soviéticas*» (Ver nº 1 de «*Kommunisticheskii Internatsional*», periódico de la organización, citado por E.H.Carr, p. 136).

Al comienzo, hubo un encuentro internacional organizado por el soviet de Petrogrado el 19 de diciembre de 1918. Bajo la presidencia de Gorki, reunió corrientes heteróclitas que se situaban mucho más acá de la mayoría de las posiciones de Zimmerwald y de Kienthal respecto de la guerra imperialista, la extensión de la revolución, el papel de la nueva organización. Fue el anuncio de la celebración de una conferen-

tante desconocido hasta hoy, únicamente considerado bajo el aspecto de «compañero» de Rosa Luxemburgo.

cia en Berna el mismo mes, destinada a intentar hacer renacer la II Internacional lo que precipitó las cosas. No hay que olvidar que los jefes de la socialdemocracia habían llegado al poder en Alemania en noviembre y que si disponían de una influencia demasiado importante en el seno del proletariado (¡la II Internacional resucitada serviría para esto!), podían obstaculizar la necesidad de «coexistencia pacífica» de los bolcheviques con el capitalismo, y en primer lugar, con la burguesía alemana. Así, en enero de 1919, cuando el P.C. alemán apenas tenía unas semanas y era prácticamente el único existente y de envergadura, fue lanzada desde Moscú una invitación a «todos los partidos opuestos a la II Internacional». Este criterio amplio permitió a continuación la incorporación de partidos oportunistas (por ejemplo, los socialistas independientes alemanes que, por otro lado, habían recibido subsidios financieros de la embajada rusa en la época de Joffé) (*) cuando se apercibieron de que la III Internacional ganaba una influencia significativa que jamás volvió a encontrar la II en la clase obrera.

Esta invitación, que no fue modificada a pesar de los ---

* Extractos de la carta de Joffé a los socialdemócratas independientes Haase y Barth, miembros del gobierno socialista, que desmentían haber recibido de su parte fondos, armas y municiones:

«Cae de su peso que yo no me cuidaba de remitir yo mismo directamente al camarada Barth, recién llegado al movimiento obrero y que no me inspiraba, por lo demás, sino una confianza limitada, las sumas destinadas a las compras de armas(...). El señor mandatario del pueblo Barth sabía sin embargo perfectamente que los cientos de miles de marcos que recibió, según su propia confesión,

graves reveses del movimiento revolucionario en Alemania (Berlín, enero: masacre de los espartakistas por los sicarios

de camaradas alemanes, provenían a fin de cuentas de

mí. Me habló de ello con ocasión de la entrevista que tuvimos catorce días antes de la revolución, reprochándome no haber dado los dos millones que me había pedido (...) Decía que si yo le hubiese suministrado esta suma, los obreros alemanes habrían estado armados desde hacía tiempo y listos a un levantamiento victorioso (...) El señor Haase y sus amigos recibieron muchas veces de mí materiales -no únicamente rusos- para los discursos que pronunciaban en el Reichstag (...) El partido socialdemócrata independiente recibía de nosotros una ayuda material para sus ediciones, en las cuales colaboran nuestros escritores (...) El señor Haase ¿no cree que actuábamos juntos en el interés común de la revolución mundial y alemana? Yo no habría adoptado jamás el punto de vista de los Kühlmann (...) que consideran precisamente como un crimen nuestro trabajo con el partido socialdemócrata independiente de Alemania y por esta razón nos han expulsado de Alemania. Si el nuevo gobierno alemán, que se llama socialista y revolucionario, se permite reprocharnos abiertamente lo que hemos emprendido con sus miembros cuando eran todavía revolucionarios, las consideraciones políticas que me ligarían respecto de camaradas de partido o de adversarios honestos pierden toda fuerza. Aprovecho la ocasión para informar al jurisconsulto del consulado de Rusia en Berlín, el señor diputado al Reichstag Oscar Cohn, que la suma de 500.000 marcos y 150.000 rublos que ha recibido de mí en calidad de miembro del partido socialdemócrata independiente, la noche de

de Noske), desembocó en el congreso de fundación de marzo de 1919. Hubo más de cincuenta delegados, pero la mayoría de ellos venía de Rusia y de su esfera de influencia (Polonia, Finlandia, Armenia, Letonia, Estonia, Lituania...). El único que representaba a una organización significativa de Europa occidental, Eberlein, tenía por misión oponerse a la fundación de la III Internacional. En efecto, Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, recuperados como mártires por Lenin después de su muerte, habían considerado que siendo demasiado precipitada la creación de aquélla no podía más que conllevar la confusión, en la cual se injertaría el dominio de los bolcheviques. Según ellos, había que esperar unos meses y Leo Jogiches había incluso aconsejado al delegado que abandonase la sala si se tomaba la decisión en favor de la fundación. Eberlein declaró: «*No existe verdadero partido comunista más que en algunos países; en la mayoría de los casos, se han creado estas últimas semanas; en muchos países, hay comunistas, pero no aún organización... Toda Europa occidental está ausente. Bélgica, Italia, no están representadas. El delegado suizo no puede hablar en nombre del partido. Francia, Inglaterra, España, Portugal, están ausentes. América no está en condiciones de decir qué partidos nos apoyarían*» (Ver E. H. Carr, p. 133) *.

*Ver la intervención completa de Eberlein en los textos anexos.

(I)

(viene de nota de pág. ant.) *nuestra salida de Berlín, ya no debe ser entregada a su partido. Igual respecto al fondo de 10 millones de rublos de los cuales el Dr. Cohn ha sido autorizado a disponer al servicio de la revolución alemana*».

(Carta publicada en los Izvestia de Moscú el 18 ó 19 de di-

jeciones, ya hemos dicho que sólo se abstuvo (Ver II de esta «Puesta a punto»). Nada vino, pues, a estropear la armonía general y el 4 de marzo de 1919, la conferencia se transformó por unanimidad en el primer Congreso de la Internacional llamada Comunista. Entre la nebulosa de proclamas revolucionarias, *es fácil resaltar un gran número de análisis y de concepciones que no rompían del todo con las de la socialdemocracia*. Así, en su «Discurso de apertura» (Ver «Los IV primeros congresos de la I.C.», ed. Maspéro), Lenin pudo decir: *«He leído hoy en un periódico inglés antisocialista un telegrama anunciando que el gobierno inglés había recibido al soviets de los delegados obreros de Birmingham y le había prometido que reconocería a los Soviets como organizaciones económicas. El sistema soviético ha conseguido la victoria no sólo en la Rusia atrasada, sino en el país más civilizado de Europa: Alemania, y en el país capitalista más viejo: Inglaterra»*. Sin embargo, varios textos reflejaban el empuje del movimiento proletario internacional, como por ejemplo, el Manifiesto «A los proletarios del mundo entero», redactado por Trotsky. Pero el Llamamiento «A los trabajadores de todos los países» que lanzó el Congreso *fue el documento más significativo del verdadero papel que estaba reservado a la organización mundial tras la pantalla de humo de las profesiones de fe comunista: dichos trabajadores eran invitados ante todo a aportar sin reservas su apoyo a «la lucha del Estado proletario cercado por los Estados capitalistas»; y para esto, debían presionar a sus gobiernos por todos los medios, «incluso, si fuera necesario, por medios revolucionarios» (sic)*. Además este Llamamiento

ciembre de 1918. Extractos reproducidos en el tercer tomo de «El año I de la revolución rusa» de Victor Serge, p.21).

insistía sobre la «gratitud» a tener hacia «el proletariado revolucionario ruso y su partido dirigente, el partido comunista de los bolcheviques», preparando así, más allá del tema de la «defensa de la U.R. S.S.», ¡el culto al Partido-Estado!

*La creación de la III Internacional no podía cambiar la política de los bolcheviques puesto que era su emanación con el fin, no de romper el aislamiento del proceso revolucionario ruso después de Brest-Litovsk, sino de servir a los intereses del Estado llamado proletario. Desde el II Congreso, al año siguiente, todo quedó claro: las proclamas y los llamamientos cedían el lugar a la elaboración de las tácticas abiertamente contrarrevolucionarias (frentismo, parlamentarismo...), mientras que las «21 condiciones» de admisión estaban lejos de cerrar el paso a los socialdemócratas arrepentidos y otros oportunistas. Rosa Luxemburgo tuvo razón al oponerse a la constitución de una tal Internacional y el KAPD se creó a partir de una escisión del KPD justamente porque los miembros de esta escisión rehusaban aplicar en Alemania en 1919 las tácticas preconizadas por la I «C». Admitido con el estatuto de organización simpatizante, el KAPD rompió todo contacto con la Internacional desde el tercer Congreso en 1921. Al contrario de la izquierda italiana (bordiguismo), que habiéndose adherido como fracción del P.S.I., se plegó a la disciplina de la organización a pesar de su oposición a la participación en las elecciones, la izquierda alemana jamás se identificó con el bolchevismo y constituye la única aportación revolucionaria en total ruptura con éste.**

* Una obra muy interesante a propósito de *la izquierda alemana* es la de D. Authier, que contiene muchos textos históricos. *Cuaderno Spartakus - C 10.*

La III Internacional no fue una superación de la II. A este propósito, E.H. Carr resume bien la situación: «*La fundación de la Internacional comunista en Moscú en marzo de 1919 no era en realidad la fusión de un cierto número de partidos comunistas nacionales, de fuerza más o menos igual, en una organización internacional; era la incorporación de un cierto número de grupos débiles, a veces embrionarios, a una organización cuyo pilar principal, la fuerza motriz, era necesaria, inevitablemente el Estado soviético. Fue el poder soviético el que creó el Komintern y le confirió influencia y prestigio. Naturalmente, se podía esperar que, en contrapartida, el comunismo internacional pusiese su propaganda y su acción concreta al servicio del régimen soviético amenazado por todas las fuerzas reaccionarias del mundo capitalista*». (p. 135-136). Así, en lugar de una coordinación de programas nacionales propio de la II Internacional, había la preponderancia institucionalizada de un solo programa nacional, el del partido bolchevique identificado con las necesidades del Estado ruso. *En esto no había ninguna relación con el establecimiento de un programa mundial*. Ahora bien, hay que señalar que había tenido lugar un debate antes de octubre de 1917 entre Lenin y un grupo de Moscú, precursor de las izquierdas (Bujarin, Lomov, Sokolnikov, Smirnov), debate que proseguiría en el VII Congreso del partido en marzo de 1918: para este grupo, era indispensable *cara al período imperialista* no sólo concebir un programa *máximo* que rompiese con la política socialdemócrata del programa mínimo, sino también *común* al conjunto de las fracciones revolucionarias de todos los países para desembocar en la constitución de un partido mundial del proletariado. A sus ojos, era el único medio de evitar ceder el paso a las necesidades particulares de Ru

sia: ¡es evidente que esta posición era ampliamente premonitoria!

Si ha habido herencia o continuidad de la III Internacional, *es con el substitutismo de la II y I, que se consideraban como organizaciones de masas que representaban al proletariado en su conjunto.* La I reunía efectivamente numerosos sindicatos y asociaciones obreras, incluso si su Consejo General hacía las veces de partido político y si los restos de jacobinismo en Marx la empujaban a hablar en nombre de toda la clase obrera.* Pero la II había sido abiertamente un reagrupamiento de partidos políticos con vocación de masas. La III no rompió en absoluto con esta orientación, preconizando el montaje de células de empresa para cada partido y sirviéndose de los sindicatos como de correas de transmisión para aplicar sus directivas (así se constituyó la llamada «Internacional sindical roja»).

La extensión de la revolución es ante todo una cuestión política y no de organización. Si las fracciones comunistas deben tender a fusionarse para constituir un partido mundial, éste no puede en ningún caso tender a representar al proletariado o a substituirlo, pues su tarea es únicamente contribuir a la homogeneización de la conciencia de clase. La concepción de una continuidad cualquiera con las Internacionales está completamente caducada pues perpetúa la confusión entre partido y proletariado. Hoy y mañana, en el proceso real, el movimiento proletario, a través de sus Consejos, *se dará él mismo sus objetivos y sus medios internacionales*

*A propósito de la I Internacional, ver el artículo titulado «Relaciones entre fracciones revolucionarias, reseña histórica y actualidad del problema» (1ª parte) de C. Michel en la revista Spartakus nº 4.



les, y el partido, en tanto que producto de este movimiento, actuará como factor activo en el sentido de la aplicación de los medios para la realización de los objetivos.





II BREST-LITOVSK: LOS HECHOS Y SU SIGNIFICADO

A) CONTEXTO HISTÓRICO DEL TRATADO

-El II Congreso de los Soviets y la paz

Desde el día siguiente a la insurrección del 25 de octubre, el II Congreso panruso de los soviets -sin los mencheviques y los S.R. de derecha- pasó *en primer lugar* a votar el decreto *sobre la paz*. Este decreto invitaba a todos los países a entablar negociaciones para una paz llamada «justa y democrática».

De modo inmediato el proletariado ruso -en tanto que primer destacamento victorioso de la clase obrera mundial- estaba «obligado» (según los bolcheviques) a causa de su aislamiento, a poner freno a la guerra civil para «manejar al campesinado», cuyo peso era enorme desde el punto de vista de la población rusa y para ¡«esperar la revolución en los otros países»!

Aun cuando el texto del decreto definía como «justa y democrática»: «*una paz inmediata sin anexiones (es decir, sin conquistas de territorios extranjeros, sin incorporación forzada de nacionalidades extranjeras) y sin contribuciones*, aun si, incluso, ponía ciertas condiciones, no difería a pesar de ello *del programa capitalista* preconizado por

Wilson, el presidente de los Estados Unidos, dos meses más tarde (enero de 1918): ver los 14 puntos para la paz enumerados en el mensaje al Congreso de Washington. El punto 6 decía: «*Evacuación de todos los territorios rusos y arreglo de todas las cuestiones concernientes a Rusia que asegurará la mejor y la más libre cooperación de las otras naciones para dar a Rusia la oportunidad de determinar, sin ser trabada ni estorbada, la independencia de su propio desarrollo y de su política nacional, para asegurarle una sincera acogida en la sociedad de las naciones libres, con instituciones de su propia elección y, más que una acogida, toda la ayuda de que tuviese necesidad y desease*» (!) Se estaba ya muy lejos de las proclamaciones de Zimmerwald y de Kienthal sobre la necesidad -contra las ilusiones pacifistas- de «transformar la guerra imperialista en guerra civil». En la práctica, el decreto tendía a instaurar la idea de la posibilidad de conversaciones de paz entre un poder revolucionario y los Estados imperialistas, y a continuación la del establecimiento de relaciones diplomáticas y de acuerdos económicos. No imaginaba que el proceso proletario pudiera verse afectado, es decir, ¡degenerar! La extensión de la revolución y la guerra revolucionaria seguían siendo «principios», pero la situación de entonces les hacía supuestamente... inaplicables. Lenin justificará más tarde esta separación entre la «teoría» y la práctica partiendo «en guerra»... contra la frase revolucionaria: «*la frase revolucionaria es la repetición de consignas revolucionarias sin relación con las circunstancias objetivas de un momento, de un viraje dado. Consignas excelentes, arrebatadoras, embriagadoras, pero desprovistas de base, he ahí la esencia*» (sobre la frase revolucionaria, artículo de 21 de febrero de 1918, ver Obras completas, tomo 27, p. 11). En una palabra, para la

mayoría de los bolcheviques, había que «adaptarse a las circunstancias» y, si fuese necesario para ello, poner bajo la mesa los principios revolucionarios que la experiencia de la carnicería imperialista acababa de revelar en el cuerpo de los proletarios del mundo entero. Para Lenin, una vez en el poder, estar a «contracorriente» no significaba ya nada; el peso de la situación inmediata (el «realismo», dirá a continuación Stalin) debía imponerse a los imperativos históricos del proletariado, incluso con riesgo de renegar de ellos.

El armisticio, después las conversaciones de paz, después el tratado, después las relaciones diplomáticas, después los acuerdos económicos iban a sucederse rápidamente. Tanto más cuanto que el decreto, abandonando sus propias «condiciones» de paz so pretexto de facilitar el diálogo, dejaba la puerta abierta a toda clase de oportunismo: *«el gobierno declara que de ningún modo considera sus condiciones de paz como condiciones de ultimátum; consiente en examinar cualesquiera otras condiciones que puedan ser propuestas, limitándose a insistir sobre la discusión lo más pronto posible por cualquier país beligerante...»* ¡y no era la cláusula que reclamaba la abolición de la diplomacia *secreta* y los tratados *secretos* la que cambiaba nada del cuadro! Al contrario, ella mostraba de hecho que no se trataba de criticar «la diplomacia», sino su carácter «secreto»: de alguna forma, conservar las «prácticas capitalistas» pero... ¡sin sus abusos! Con el tiempo, este pudor desaparecerá incluso muy rápido puesto que los acuerdos económicos de Rapallo entre Alemania y Rusia fueron guardados *secretos* por los bolcheviques, ¡y esto en 1922!

Sin embargo, hay que subrayar desde ahora que si las taras socialdemócratas de los bolcheviques, que se habían manifestado ampliamente antes incluso de la insurrección de

octubre, comenzaban a ser factores activos de degeneración del proceso proletario, la «capitulación» del gobierno de los soviets ante el imperialismo en el exterior y el campesinado en el interior estaba *ante todo* en función de una experiencia jamás conocida: la del aislamiento del primer poder proletario. Así los argumentos de Lenin se apoyaban en «la espera» de la revolución en Alemania y definían una posición «táctica» que, *en aquella época*, podía debatirse en el seno del *mismo* Partido hasta abril de 1918 (fecha de la formación de la *fracción* de los comunistas de izquierda con la publicación del nº 1 de su periódico «El Comunista»). Esto incluso si tras «la táctica» de Lenin estaban implicadas concepciones económicas y políticas profundamente equivocadas (contenidas en el término ¡«espera!») que no podían llevar más que al capitalismo de Estado e incluso si las críticas de los opositores eran *ya* las únicas posiciones revolucionarias consecuentes después de Zimmerwald y de Kienthal. Por el contrario, *hoy*, después de cincuenta años de contrarrevolución, la práctica ha zanjado perfectamente las fronteras de clase: la «táctica» de paz a expensas de la extensión de la revolución no puede ser sino causa de degeneración del proceso proletario.

-La crisis de los Imperialismos

Al final de este año de 1917, los Estados imperialistas comprometidos en la guerra desde hacía 3 años de modo intenso comenzaban a ver agotarse todos sus potenciales. Los conflictos proseguían al precio del *hambre* (en particular para los Imperios Centrales, en los que el consumo de víveres había disminuido el 50%, aunque los Aliados tampoco se salvaban: así en Francia la superficie sembrada había bajado el 35%) y del *plomo* para los soldados que se negaban a dispa

rar o que no avanzaban (cientos de ejecuciones sumarias tuvieron lugar en Italia y Francia para acabar con la revuelta por el miedo. Cierta general Pétain se distinguió particularmente en esta tarea). A este propósito, después de las carnicerías como la de Verdun, las reservas de hombres aptos para servir de carne disminuían vertiginosamente en todos los países. *El fin de la guerra no podía tardar ya*. Es entonces cuando sobrevino el rayo de la revolución proletaria en Rusia que hizo temblar al Capital, principalmente franco-anglo-alemán, vistos los intereses colosales que estos países poseían en esta parte del mundo. «*La víspera de la revolución, los bancos de Petrogrado disponían de un capital de ocho mil millones y medio de rublos más o menos, revisitando la participación extranjera en ellos las proporciones siguientes: bancos franceses, 55%, ingleses, 10%, alemanes, 35%... la guerra no hizo sino aumentar la dependencia de Rusia respecto de los imperialismos aliados, a los que pidió prestados aún, durante las hostilidades, siete mil millones y medio de rublos-oro, -más de veinte mil millones de francos*» (El año I de la revolución rusa, Victor Serge, tomo I, p. 161). A continuación, la oferta de paz de los bolcheviques, sancionada como hemos visto por el II Congreso de los Soviets, vino a trastornar en un sentido favorable o desfavorable -según los casos- todos los planes militares y estratégicos elaborados por las dos coaliciones imperialistas:

-Los «Aliados» querían a toda costa que las operaciones del frente ruso continuasen para mantenerse en el frente oeste hasta que la potencia americana, entrada en guerra durante el año, fuese de una ayuda perfectamente eficaz. En este sentido, justo antes de la revolución de febrero, sus representantes en Rusia (por ejemplo, el embajador de Gran Bretaña,

Buchanan) intentaron fomentar, con la gran burguesía y el mando militar, una revolución de palacio contra el zar Nicolás II que constituía un obstáculo *para la continuación de la guerra*. Asimismo, fue bajo su acuciante petición como Kerensky desencadenó una ofensiva en julio de 1917 que desembocó en derrotas humillantes y en la revuelta de las masas reprimida de modo sangriento.

-Los imperios centrales, aun temiendo la propaganda proletaria y haciéndolo todo para ganar territorios, *veían, por el contrario, favorablemente el armisticio* pues esto les permitía, antes de la intervención americana completa, trasladar varios cuerpos de tropas del frente ruso al frente oeste a fin de concentrar todas las fuerzas para intentar aplastar a los anglofranceses. En este sentido, «cierran los ojos», incluso «favorecen» el regreso de los internacionalistas rusos emigrados que saben son partidarios de la paz. Así, el famoso episodio del «vagón precintado» (*) en el que Lenin atravesó las líneas alemanas para volver a Alemania, alimentará la tesis «aliada» de los ¡«bolcheviques agentes de Alemania»!

-La necesidad de la guerra revolucionaria

Contrariamente a la oferta de paz, el problema de clase para la revolución rusa era extenderse lo más rápidamente posible y no esperar. Extenderse para favorecer los levantamientos proletarios en toda Europa, ayudada en esto por la profundización de la crisis en los niveles económico y político cuyas primeras consecuencias habían sido -junto con los motines en el frente- la multiplicación de las huelgas (en particu-

*Este episodio no es de hecho más que una leyenda, como lo ha demostrado bien Suvarin en la revista «El Contrato social»

lar en la metalurgia) durante todo el año 1917 en Francia, Inglaterra y Alemania. *Extenderse sin hacerle el juego ni a una ni a otra de las coaliciones imperialistas*. Ahora bien, es evidente que -incluso en el plano estrictamente militar- el armisticio de diciembre del 17, después las conversaciones de paz, después la firma de esta paz en marzo del 18 entre Alemania y los Soviets de Rusia, hacían el juego, según los datos expuestos al final del párrafo precedente, a los imperios centrales. Esto a pesar de las fraternizaciones entre soldados rusos y alemanes que no tuvieron -y no podían tener- ningún efecto ejemplar en los otros frentes puesto que la identificación «bolcheviques=agentes de Alemania» se materializaba de alguna manera con el regreso de los batallones del Reich al frente Oeste, la reanudación de la ofensiva guerrera y, por tanto, nuevos sufrimientos para los soldados de Europa occidental. Trotsky se dió cuenta del error al que había arrasado a los bolcheviques la paz con Alemania cuando escribió: *«He aquí que los bolcheviques disolvían la Asamblea constituyente «democrática» para concluir con el Hohenzollern una paz humillante y de sojuzgamiento, mientras que el norte de Francia y Bélgica eran ocupadas por los ejércitos alemanes. Estaba claro que la burguesía de la Entente lograba sumergir a las masas obreras en la perplejidad más grande, lo que por otra parte podía facilitar un intervención armada contra nosotros»* (Sobre Lenin, L. Trotsky, cap. III, edición francesa de la Librería del trabajo).

Es fácil redargüir aquí que la posición de guerra favorecía a los «Aliados» y por tanto decir que era hacer la política de la burguesía rusa por ahí mismo. Los Socialistas Revolucionarios de izquierda encarnaron, en efecto, esta posición por su reivindicación de una guerra *nacionalista* a llevar contra Alemania; después de la firma de la paz en Brest-Litovsk,

organizaron así un atentado contra el conde Mirbach, embajador de Alemania, y se sublevaron contra los bolcheviques, que los liquidaron (julio del 18) de la misma manera como habían desarmado y masacrado (mucho antes de Cronstadt) a los anarquistas (mayo del 18).

Estos acontecimientos y sus consecuencias (atentado de Fanny Kaplan, miembro de un grupo terrorista de los Socialistas Revolucionarios de derecha, contra Lenin en agosto del 18) acabaron por arrastrar el proceso proletario ruso a falsas vías: dominio de la Checa (policía política) sobre la vida pública hasta el punto de instaurar un Terror del Partido Bolchevique que no tuvo nada que ver con la «dictadura del proletariado» en el sentido marxista del término.

Por esto se trata de precisar claramente el concepto de guerra *revolucionaria* que por ahí mismo toma todo su significado. En ningún momento los comunistas de izquierda querían hacer una guerra «al lado de los Aliados», (aceptando su ayuda o siguiendo su plan de combate) sino más bien, por el contrario, hacerles frente con el mismo título que a los imperialistas centrales o cualesquiera otros imperialismos. El concepto tiene aún más relieve cuando se sabe que Lenin y Trotsky no enfocaban la guerra revolucionaria más que apoyándose en un grupo de imperialismos. Durante las negociaciones de paz, Trotsky entabló tratos a este propósito con el americano Raymond Robins y el francés Jacques Sadoul; pidió formalmente la ayuda americana mientras que el señor Noulens (embajador de Francia), solicitado por Sadoul, telefoneaba a Trotsky: «Pueden Uds. contar, en su resistencia a Alemania, con el apoyo militar y financiero de Francia» (citado por Victor Serge, Año I, tomo I, p,184). En cuanto a Lenin, cuando las negociaciones estaban suspendidas en febrero del 18, dirigió su famoso mensaje al Comité Central bolchevique

que decía: «Pido que os unáis a mi voto *para* la aceptación de patatas y armas de parte de los bandidos del imperialismo francoinglés» (sic). Otro argumento de Lenin y Trotsky era declarar que el ejército para defender «el Estado proletario» no estaba constituido: la degeneración del proceso proletario ruso producirá este verdadero «ejército de Estado» con la formación del ejército «rojo», mandado por Trotsky y compuesto por campesinos, pequeñoburgueses, en los que el proletariado se encontraba diluido y sometido a ¡nuevos suboficiales o a antiguos generales zaristas «convertidos»!

En lugar de esto, la guerra revolucionaria para defender el proceso proletario, «su dictadura» (¡y no al Estado ruso o los territorios rusos!) y para extender la revolución, habría reclamado:

-apoyarse en los *destacamentos armados* del proletariado avanzado de Petrogrado y Moscú, es decir, ¡en milicianos y no en suboficiales!

-sostener *una lucha inmediata* contra *todos* los imperialismos, «aliados» o «centrales», a pesar del peso del campesinado; bajo el manto de una aparente «neutralidad», los campesinos se revelaron, por lo demás, la mayor parte del tiempo hostiles a los soviets; sobre ello se pudo juzgar en todas las nacionalidades «liberadas» (Ucrania, etc...), ¡donde formaron la base de las organizaciones y de las tropas contrarrevolucionarias como en la zona del poder de los soviets, donde rehusaron suministrar el aprovisionamiento y masacraron a los obreros llegados para buscar el alimento y explicar la política revolucionaria! Esta lucha se imponía por sí misma puesto que, de una parte, los alemanes continuaron al máximo su ofensiva aprovechándose de las negociaciones y, de otra, los «aliados» complotaron contra los soviets desde el momento en que vieron que la paz separada era duradera.

-resistir a ser posible militar, política y económicamente hasta *el estallido de las luchas de clase insurreccionales* en uno o varios países europeos y hasta, eventualmente, la conjunción con los destacamentos armados de un proletariado además victorioso, rompiendo así de modo activo con la colaboración de clase de la socialdemocracia.

Para no permitir que la guerra imperialista se perpetuase, una solución única: su transformación en guerra civil a escala mundial y la destrucción del Estado capitalista como prioridad para acabar con las relaciones de producción capitalistas y desembocar en un verdadero período de transición *socialista*. El estado de crisis económica, y política, las rebeliones en el ejército, las huelgas de enero del 18 en Alemania, dejaban entrever los grandes levantamientos de noviembre del 18 en este mismo país. ¿Quizá la situación habría madurado más rápidamente si los obreros de Europa occidental, en lugar de «discursos inflamados» de Trotsky en la ciudadela de Brest, hubiesen visto en acción el internacionalismo proletario? Lenin pretendía que la guerra revolucionaria no habría conducido más que a la masacre y poniendo como ejemplo la Comuna de París, decía que esta masacre habría tenido por efecto asustar a los otros proletariados y desmovilizarlos completamente. La historia no se construye con los «si» o los «quizá», pero hay que remarcar, de un lado, que los obreros de Europa han continuado soportando la masacre imperialista durante casi un año y, de otro, que la mistificación ideológica que ha sido la consecuencia de la conservación a toda costa del poder y de la instauración del capitalismo de Estado, a saber, el tema de la «patria del socialismo», ha conducido, ella sí, a carnicerías antiproletarias cuya principal consecuencia ha sido impedir, *desde hace más de 50 años*, toda tentativa de unión internacional de las luchas obreras más radicales

El argumento último intentando acreditar la idea de la tregua a causa de una falta de preparación militar no se sostiene un instante cuando se conoce, de una parte, el entusiasmo revolucionario que barrió el poder de Kerensky en Petrogrado y en Moscú, la stavka (gran cuartel general) en Mohilev, los cosacos del Don y del Kuban entrenados por Kaledin y Kornilov, y cuando uno se imagina, de otra parte, el material técnico del que el proletariado habría podido disponer si los guerrilleros hubiesen substituido inmediatamente al ejército «regular» que, a su vez, se preocupó esencialmente de «poner pies en polvorosa» ante el avance alemán al compás de las conversaciones de Brest-Litovsk. En ausencia de perspectivas sobre la «guerra revolucionaria», esta actitud de derrotismo en el marco de un ejército movilizado desde hacía 3 años «para la guerra imperialista» (¡no destruido ni reemplazado en octubre por milicias proletarias bajo el control directo del poder de los soviets! Será simplemente «acondicionado» por Trotsky bajo el vocablo mistificador de ejército «rojo» cuando se trate de «hacer pasar» la defensa de los intereses del Estado ruso por una contribución a la extensión de la revolución) procedió frecuentemente, a pesar de la colaboración con Alemania buscada a través de ella por una parte de los campesinos, de un reflejo de clase en los obreros-soldados, pues no tenían más ganas bajo Lenin que bajo Kerensky de servir de carne de cañón para la defensa de un territorio, de una economía y de un Estado capitalista *en gestación*. Si, por el contrario, el proceso de octubre se hubiese prolongado por el envío de milicias con el fin *único* de defender la «zona revolucionaria del poder de los soviets», es seguro que el derrotismo no habría consistido en «darse a la fuga» sino en «reforzar» los destacamentos armados del proletariado para contribuir, por la movilización contra todos los imperialismos,

a la extensión de la revolución.

-La política de las negociaciones

En lugar de orientarse por el camino de la guerra revolucionaria, el gobierno de los soviets, bajo el empuje de la mayoría bolchevique alrededor de Lenin, se enfangó en los tratos con Alemania. Así, el 18 de noviembre la delegación proletaria (Joffé, Kamenev, Mstislavski, Sokolnikov, Bitzenko...) partía hacia la fortaleza de Brest-Litovsk: ¡menos de un mes después del derrocamiento del poder de Kerensky! Fue acogida por altos dignatarios: el príncipe Leopoldo de Baviera y el general Hoffman que presidía la representación de los Imperios Centrales. «Ingenualmente», Kamenev leyó los mensajes preliminares destinados al proletariado de todos los países. Estando en un terreno del que tenían todos los hilos después de años de «compromisos» para oficializar (=el papel de la diplomacia) las diversas rapiñas imperialistas, los austroalemanes esperaban impasibles que los bolcheviques acabasen sus discursos de «buena conciencia internacionalista». Ante la ausencia de propuestas concretas por parte de estos últimos sobre el contenido del tratado, aquéllos mostraron sus cartas imponiendo la puesta a punto *inmediata* de condiciones concretas de armisticio. Aparte del hecho que sus llamamientos se quedaron, y no podían más que quedarse en palabras al aire (¡no se pide al proletariado que destruya el capital mundial sentándose en la misma mesa que una de sus fracciones... o invitando a las otras fracciones capitalistas a unirse a ella alrededor de la misma mesa, es decir, esperando que Brest-Litovsk sea Versalles un año antes!), los delegados bolcheviques fueron cogidos de improviso y propusieron de prisa, empíricamente, una serie de condiciones: en particular,

un armisticio de 6 meses, la fraternización de las tropas y un compromiso para los austroalemanes de no transportar sus tropas del frente este al frente oeste. En relación a estas exigencias, los representantes de los Imperios Centrales ofrecieron a su vez un armisticio de 14 días: las negociaciones se encontraron entonces en un callejón sin salida y las sesiones de conversaciones conocieron una suspensión. Finalmente, se firmó el armisticio el 2 de diciembre del 17 para 28 días, plazo renovable. Sus cláusulas hicieron perfectamente el juego a los Alemanes, pues de una parte la fraternización tomaba la forma de «contactos organizados», es decir, encuentros de grupos de soldados bajo el control de la jerarquía militar y, de otra, sobre todo su compromiso de no trasladar las tropas de un frente al otro, fue arrojado a la papelera tan pronto se firmó el armisticio. Habiéndose dado cuenta de la debilidad soviética a la vista del empirismo de sus interlocutores, los alemanes comenzaron el desplazamiento masivo de batallones hacia el oeste (lo que militarmente les permitió reanudar la ofensiva contra los francoingleses, poniendo fin a una «guerra de trincheras» que duraba desde 1915: ¡la carnicería se reactivó cada vez más!)* y se prepararon para continuar su

*En un libro muy revelador sobre la importancia de las consecuencias de la guerra imperialista de 1914-18 y de las fuerzas militares en el proceso de la revolución alemana, Benoist-Méchin empieza por la puesta en evidencia de la influencia del tratado de Brest-Litovsk, que permitió la reanudación y la intensificación de los combates en el frente oeste. *Citando primero al mariscal Foch* («La segunda batalla del Marne», p. 108): «El 21 de marzo de 1918, a las 4 de la mañana, estalló repentinamente un ruido de trueno en Francia, en el frente que se extiende desde Arras a Noyon. Es la artillería alemana que

avance en Rusia gracias a su potencia de fuego, al apoyo de las minorías nacionales como la Ucrania de Petliura, a la descomposición del ejército ruso y a la ausencia de milicias pro-

entra en acción sobre una extensión de 80 kilómetros. Durante cinco horas bate nuestras posiciones, aniquila sus defensas y sus defensores y, prolongando su obra de muerte sobre una decena de kilómetros hacia la retaguardia, envenena el terreno con sus proyectiles asfixiantes. A las 9 horas, 50 divisiones enemigas, medio millón de hombres, protegidos por una espesa bruma, se lanzan al ataque de las trincheras aliadas trastornadas. Los soldados alemanes están animados por un arrebató entusiasta y una confianza absoluta. Los ejércitos británicos tienen que hacer frente al más formidable asalto de toda la guerra», *continúa él mismo diciendo*: «El hundimiento del frente oriental consiguiente a la revolución rusa ha permitido al Estado Mayor alemán concentrar todos sus recursos en el frente occidental. El ejército alemán dispone, por este hecho, de una ligera superioridad numérica. Esta ventaja debe ser utilizada sin dilación, a fin de romper el frente aliado antes de la llegada de los contingentes americanos. Ludendorff, abandonando la «táctica de agotamiento», pasa resueltamente a la «táctica de aniquilamiento». Lanza una vez tras otra, cinco ofensivas. El 21 de marzo, el 9 de abril, el 27 de mayo, el 9 de junio, una tras otra las oleadas grises se desencadenan sobre Francia. Pero todas, después de un avance más o menos grande, acaban por ser atajadas, gracias al heroísmo y a la tenacidad de nuestros soldados». *El libro de Benoist-Méchin se titula «Historia del Ejército alemán»* (Ver tomo I «Del ejército imperial al Reichswehr», 1918-19, ed. Albin Michel, p.25-26).

letarias organizadas por los soviets para la guerra revolucionaria. Una semana más tarde, *las conversaciones de paz comenzaron*. Era el 9 de diciembre; el mismo día empezó a aplicarse el decreto de creación de la «Checa panrusa de lucha contra el sabotaje y la contrarrevolución» (decreto del 7 de dic. referido por los Izvestia el 10 de dic. del 17)! La delegación bolchevique de los Soviets continuaba siendo dirigida por Joffé y Kamenev, la de los Imperios Centrales comprendía además al ministro de asuntos extranjeros de Austria-Hungría (el conde Czernin) y su homólogo alemán (el barón von Kuhlmann). Con estas presencias, los imperialistas de la Entente ponían en la balanza todo el peso de su diplomacia para realizar completamente sus objetivos militares y políticos que pasaban por la paz separada con Rusia conservando los territorios adquiridos por la fuerza a sus expensas. ¿Por qué? Porque les acechaba el hundimiento y en consecuencia la derrota frente a los Aliados. En efecto Austria, particularmente agotada, amenazaba con concluir la paz separada para ella sola e incluso con los Aliados. En Alemania se habían producido levantamientos en la marina durante el verano del 17. Además, como decíamos anteriormente, el hambre asolaba estos dos países en sus retaguardias. Se puede medir por ahí mismo, mientras que los imperialismos estaban en la cuerda floja y jugaban una partida realmente peligrosa para ellos, cómo la pusilanimidad de la mayoría bolchevique aferrándose a la vía de las negociaciones anudó alrededor del proceso proletario la cuerda del futuro ahorcado. El término del «derecho de los pueblos a disponer de sí mismos» suministró además a los Centrales el eje principal de sus primeras condiciones de paz. Ellos leyeron el artículo 2: «Habiendo reconocido el gobierno ruso, en conformidad con sus principios, el derecho de todos los pueblos, sin excepción, que for-

man parte del Estado ruso, a disponer de sí mismos llegando incluso a la separación, toma nota de las decisiones que expresan la voluntad de los pueblos de Polonia, de Lituania, de Curlandia, de una parte de Estonia y de Finlandia, resueltos a separarse del Estado ruso y a constituirse en Estados completamente independientes». Cogidos en las mallas de la red de la defensa como «proletaria» de este principio (autodeterminación), los delegados bolcheviques se limitaron a pedir la evacuación de estos países con vistas a su aplicación «libre»; apostaban, sobre todo, por la participación de los otros gobiernos imperialistas en las conversaciones para contrarrestar los apetitos austroalemanes. Frente a la hostilidad descarada de los Aliados, el ejecutivo panruso de los Soviets lanzó un llamamiento a los obreros de estos países: «Vuestros gobiernos no han hecho todavía nada por la paz; ni siquiera han declarado sus fines de guerra. Exigidles su participación inmediata en las conversaciones de Brest-Litovsk» (sic). Que se compare una vez más el contenido de este llamamiento con el de las tesis más avanzadas de Zimmerwald: ¡*transformación de la guerra imperialista em guerra civil*! En lugar de continuar contando con la lucha de clase, los bolcheviques hicieron otras propuestas en la misma perspectiva de presionar al otro campo capitalista por todos los medios: sumisión de las negociaciones a un «control internacional» o traslado de las conversaciones de paz a Estocolmo. Era el principio de una política de explotación de las divisiones entre los capitalistas y el abandono de la posición de principio de un odio igual e inquebrantable hacia el mundo capitalista en su conjunto. Esto llevaría a los bolcheviques hasta el tratado de Rapallo. Lenin justificó esta política en sus «Tesis sobre la cuestión de la conclusión inmediata de una paz separada y anexionista»: «Al concluir una paz separada, nos libramos en

la medida de lo posible actualmente de los dos bloques imperialistas en guerra; al utilizar su hostilidad recíproca, nosotros utilizamos la guerra, lo que les hace difícil un acuerdo dirigido contra nosotros». Sin embargo, al final de una suspensión de sesión, pudo creerse que los bolcheviques iban a romper con esta falsa política y basarse más bien en las dificultades internas crecientes de los Imperios Centrales para conducir la guerra revolucionaria.

-La presencia de Trotsky

Nada de eso. Al contrario, la presencia complementaria de Trotsky (comisario del pueblo para asuntos exteriores) entre los representantes soviéticos al reanudarse las negociaciones (27 de diciembre), no hizo más que confirmar a los ojos de los imperialistas el interés vital que los bolcheviques concedían a la firma del tratado y reveló la fragilidad de su poder. Inmediatamente, las discusiones fueron de las más ásperas sobre la cuestión de los territorios a evacuar por una y otra parte. Cada uno permaneció en sus posiciones. Este pseudo-duelo en campo cerrado se saldó en un primer momento por el número de acrobacia dialéctica que Trotsky impuso a sus interlocutores ¡al cual respondió el ejercicio de lanzar granadas que hizo ejecutar el estado mayor alemán a unos cientos de metros de la residencia de los delegados rusos cada mañana! Era el reino del espectáculo: pensando dirigirse a los «pueblos» por encima de la cabeza de los plenipotenciarios imperialistas, los bolcheviques exigieron la publicación de la reseña estenográfica de las conversaciones; los diplomáticos Centrales intentaron mutilarla; de hecho, sólo los iniciados podían tener interés en disecar los discursos y los argumentos de los unos y los otros. Pero después del «circo»,

fue bien necesario cortar por lo sano: los Alemanes declararon el 5 de enero del 18 que o se tomaban o se dejaban sus condiciones. Las negociaciones fueron suspendidas de nuevo.

La situación interna de los Imperios Centrales se agravó. Las dificultades económicas provocaron una explosión social: un enorme movimiento de huelga agitó Austria y Alemania, se formaron soviets en los principales centros (Berlín, Viena), las fábricas de guerra estaban paralizadas. *Estos acontecimientos de mediados de enero habrían podido marcar un giro considerable en la perspectiva de romper el aislamiento de los soviets ruso y extender la revolución si se hubiese seguido la vía de la guerra revolucionaria en lugar de la paz separada.* Para tener una idea de la profundidad de las dificultades en el seno de los Imperios Centrales, se puede uno remitir a las «Memorias» del conde Czernin (ministro de asuntos extranjeros de Austria) que cuenta un diálogo que tuvo en este período con el barón von Kuhlmann: «*Kuhlmann*: los rusos no tienen más elección que la salsa con la que se harán comer. -*Czernin*: igualito que nosotros». Ante la gravedad de su situación interna, los Austríacos amenazaron con dejar a los Alemanes: «Estamos en el umbral de la catástrofe de abastecimiento», declaró Czernin; «si no somos socorridos, los disturbios estallarán la semana próxima». Lejos de aprovecharse de la situación que la «Pravda» del 18 de enero subrayaba, sin embargo, en estos términos: «¡Se acabó! ¡La cabeza del imperialismo alemán está en el tajo! ¡La espada de la revolución proletaria se levanta! ¡La revolución en Alemania! ¡Un soviets en Berlín!», ¡los bolcheviques regresaron alrededor de la mesa de negociaciones en Brest este mismo 18 de enero! A la prensa de la Entente le era fácil entonces presentar a los bolcheviques *como agentes a sueldo de Alemania* y decir que las negociaciones, al prolongar-

se en el tiempo, no eran *más que una comedia destinada a salvar las apariencias*; Trotsky mismo lo relata en su libro «Sobre Lenin» (cap. 3): «He aquí que los bolcheviques disolvían la Asamblea Constituyente «democrática» para concluir con el Hohenzollern una paz humillante y de servidumbre, mientras que Bélgica y el norte de Francia eran ocupadas por los ejércitos alemanes. Estaba claro que la burguesía de la Entente lograba sumergir a las masas obreras en la perplejidad más grande, lo que por otro lado podía facilitar una intervención armada contra nosotros». Efectivamente, estaba del todo claro que los obreros franceses, ingleses, italianos, que soportaban después de una guerra de trincheras de más de dos años la nueva ofensiva alemana hecha posible gracias al traslado de las tropas del frente ruso al frente occidental, tenían más bien tendencia a creer la propaganda imperialista sobre la colusión germano-soviética que la de Karl Liebknecht y los revolucionarios alabando el ejemplo de la revolución de octubre y proclamando «el enemigo está en nuestro propio país». Rosa Luxemburgo en la «Carta de Spartacus» titulada «La responsabilidad histórica» (enero de 1918) subrayaba perfectamente estas primeras implicaciones contrarrevolucionarias de las conversaciones de paz: *«El efecto más cercano de la suspensión de los combates en el Este será únicamente ver las tropas alemanas dirigidas del este hacia el oeste. ¿Qué digo? Ya lo son. Trotsky y compañía han podido bien darse y dar a los Soviets la satisfacción de haber querido obtener como condición del armisticio el compromiso de no emprender movimientos de tropas, a fin de no coger a las potencias occidentales por la espalda. A esta declaración, los militares alemanes podían reírse para sus adentros, sabiendo muy bien de qué se trata. Es por cientos de miles que las tropas alemanas, sin esperar la firma*

del armisticio, han sido transportadas de Rusia a Italia y a Flandes. Los últimos empujes sangrientos de los alemanes cerca de Cambrai y en el sur, los nuevos «éxitos clamorosos» en Italia son ya los efectos de la revolución bolchevique de noviembre en Petersburgo.

Calientes aún por las escenas de fraternización con los soldados revolucionarios rusos, por las poses comunes en grupos ante el fotógrafo, por los cantos y los vivas lanzados al son de la Internacional, los «camaradas» alemanes se lanzan desde ahora, arremangados, al fuego en masivas acciones heroicas para abatir al máximo de proletarios franceses, ingleses e italianos. Gracias al refuerzo masivo de carne de cañón alemana, la masacre va a flamear en todo el frente oeste y sur con una fuerza duplicada. He ahí a Francia, Inglaterra y América obligadas por ello a los esfuerzos más desesperados, esto cae por su peso. Así, lo que resulta como efectos primeros del Armisticio ruso y de su consecuencia inmediata, la paz separada en el este, no es acelerar la paz general, sino 1º): la prolongación de la matanza entre pueblos y la monstruosa agravación de su carácter sangriento, exigiendo de ambos lados sacrificios al lado de los cuales todo lo que se visto hasta ahora palidecerá sin duda; 2º): un enorme refuerzo de la posición militar de Alemania y, por ello, de sus planes de anexión, de sus más osados apetitos».

Con la reanudación de las negociaciones, los bolcheviques bebieron el cáliz hasta las heces viéndose forzados a escuchar las declaraciones contrarrevolucionarias de un ¡«pueblo que acababa de disponer de sí mismo»: en efecto, estaban presentes alrededor de la mesa, para gran satisfacción de los Centrales, los enviados de la «República Ucraniana» (Rada) que no se privaron de cantar sus estrofas más anticomunistas.

Los discursos de Radek como delegado de los socialdemócratas polacos para denunciar el régimen instituido en Polonia por la ocupación alemana fueron en esta ocasión un consuelo bien pobre frente a las desastrosas consecuencias de la consigna sedicente progresista del «derecho a la autodeterminación».

Exasperados por las dificultades internas que se prolongaban tanto en Austria-Hungría como en Alemania y bajo la presión de Ludendorff, que estaba persuadido de vencer rápidamente a los bolcheviques en el terreno militar y, por tanto, provocar la constitución de un nuevo gobierno en Rusia, Guillermo II y su estado mayor decidieron, por medio de Kühlmann, presentar sus condiciones de paz *como un ultimátum*. Ante estas exigencias, tras un nuevo discurso, Trotsky rompió las conversaciones sin aceptar el ultimátum, no preparándose para la guerra revolucionaria, sino dando a entender del modo más utópico que Rusia se consideraba unilateralmente... ¡en paz! Declaró: «*Nosotros desmovilizamos nuestro ejército. Rehusamos firmar una paz de anexiones. Declaramos el estado de guerra entre los Imperios centrales y Rusia terminado*», habiendo dicho antes que *Rusia iba a consagrarse en adelante a la edificación socialista: «En espera de la hora, que nosotros confiamos sea próxima, en que las clases trabajadoras oprimidas de todos los países tomen el poder como lo ha tomado el pueblo trabajador de Rusia... Nuestro soldado-labriego vuelve a sus labores para cultivar pacíficamente, desde la primavera, la tierra que la revolución ha hecho pasar de las manos de los propietarios terratenientes a la de los campesinos. Nuestro obrero-soldado debe regresar al taller para producir en él, no máquinas de destrucción, sino un utillaje creador y construir con el labriego*

la
nueva

economía socialista».

Estas intenciones ingenuas sobre «la construcción del socialismo en un solo país» como única respuesta a su ultimátum, decidieron al imperialismo alemán a atacar brutalmente a Rusia ocho días después de la clausura de las negociaciones (principios de febrero del 18), haciendo caso omiso de una cláusula del armisticio que notificaba que toda reanudación de las hostilidades militares debía ser anunciada con una semana de antelación.

-Un tratado contra la extensión de la revolución

Habiendo apostado los bolcheviques por el triunfo de su política de negociaciones y de paz, el éxito alemán fue fulminante en un primer momento: las tropas utilizaron el ferrocarril y no encontraron ninguna resistencia. Ucrania fue invadida; la internada alcanzó de dos a trescientos kilómetros en una semana; la ciudad de Pskov, a 257 kms. de Petrogrado, fue tomada. Pero con las dificultades naturales (inmensidad de Rusia), estaba por encima de las fuerzas de los alemanes en aquel momento acabar totalmente con el poder de los soviets, *¡tanto más cuanto que la resistencia obrera se iba montando poco a poco y se revelaba eficaz!* El 21 de febrero, «la patria socialista» fue proclamada «en peligro». Mientras que los campesinos acogían a los imperialistas alemanes como a liberadores, los obreros se movilizaban sin vacilar: «la pasividad del soldado-campesino contrastaba con el entusiasmo de los obreros que, por fábricas enteras, con sus mujeres y sus hijos mayores, aptos también para la resistencia, acudían a armarse al instituto Smolny» (Ver V. Serge, T. I, p. 186). La guerra de los «guerrilleros obreros» hizo maravillas: destrucción de vías férreas, formación de compañías en la reta-

guardia del frente para hostigar al enemigo, etc. Se imagina uno fácilmente la eficacia militar (por no hablar de su impacto político) que habría tenido la guerra revolucionaria preparada desde las amenazas alemanas en lugar de las ilusiones alimentadas con el armisticio y las conversaciones. Y cuando se sabe que al mismo tiempo, en el sur, los guardias rojos (mando de Antonov-Ovseenko) lograban victorias sobre los blancos o que las unidades soviéticas en Rumania batían a los ejércitos de este país aliado de los Imperios Centrales (guardando, en particular, el control de la ciudad de Odesa), ¡esto no puede sino confirmar la política que habría habido que seguir!

Lenin y Trotsky consideraron entonces entablar realmente la guerra pero a condición de tener el apoyo... de los ejércitos de la Entente. En cierto modo era prolongar, tras el fracaso de la política de paz separada, la alianza militar concertada por el zar antes de Octubre con las potencias imperialistas, Francia e Inglaterra, que los Estados Unidos acababan de reforzar. En efecto, éstas podían parecer a primera vista ferozmente adversarias de los soviets a causa de los resultados militares del armisticio y de las negociaciones de Brest-Litovsk, de la anulación de las deudas del zar hacia ellas y de la confiscación de sus capitales en provecho de la banca de Estado (decreto de los Comisarios del pueblo del 26 de enero del 18), de la obsesión de una revolución proletaria internacional; pero de hecho aquéllas soñaban con apoyar a los bolcheviques teniendo en cuenta los intereses estratégicos y las necesidades de la guerra imperialista para obtener la victoria sobre los Centrales, con riesgo de volverse en seguida, por otra parte, contra ellos (existía un plan de intervención japonesa en Siberia pero chocó con la oposición de los Estados Unidos que veían con muy malos ojos esta conquista del extremo-oriente por la potencia nipona). Así, a tra

vés de J. Sadoul (periodista francés autor de las « Notas sobre la revolución bolchevique», ed. Maspéro), el embajador Noulens prometió la ayuda de Francia. Así Trotsky pidió la ayuda americana. Así Lenin envió el mensaje (ya citado) al C.C. bolchevique para votar a favor de la ayuda de los «bandidos del imperialismo anglofrancés»! Utilizando la parábola y asimilándola a la dialéctica, intentará justificar esta política de apoyo en un campo imperialista en un artículo titulado «De la sarna» aparecido el 22 de febrero del 18 en la «Pravda»: «El hecho de que yo compre armas a un bandido ¿no deberá ser juzgado bien o mal según el fin del destino de estas armas? ¿Según que sean empleadas en una guerra deshonesto e infame o en una guerra justa y honesta? ¡Uf! ¡Qué sucia enfermedad es la sarna! ¡Y qué oficio tan duro el de bañar a los sarnosos...!» (Ver Obras completas, T. 27, ed. sociales). El post-scriptum de este artículo es muy significativo *de la identificación que hacía Lenin entre el proceso de una revolución burguesa y el de una revolución proletaria, contrariamente a la posición de los comunistas de izquierda que él llama sarnosos*: «En su guerra de liberación contra Inglaterra a finales del siglo XVIII, los Americanos del norte se beneficiaron del apoyo de los Estados español y francés, competidores de Inglaterra y que se entregaban, como ella, al bandidaje colonial. Se dice que hubo «bolcheviques de izquierda» para emprender la escritura de ¡una «sabia obra» sobre el «negocio sucio» hecho por estos Americanos...!»

Finalmente, es un nuevo ultimátum de los Alemanes el que acrecienta aún considerablemente sus condiciones de paz y el que da la mayoría a Lenin en el seno del C.C. para ratificar este ultimátum no sin que hubiese amenazado con retirarse inmediatamente del gobierno y del Comité si su propuesta de aceptación no ganaba el pleito. Trotsky se abstiene pero

abandona la idea de guerra revolucionaria. A principios de marzo, la delegación bolchevique (Sokolnikov, Petrovski, Tchitcherin, Karajan, Joffé...) vuelve a tomar el camino de Brest-Litovsk: *el 3 de marzo es la firma de la paz*. Aun cuando rehúsan parlamentar por la boca de Sokolnikov declarando: «Declinamos toda discusión como inútil», los bolcheviques no hacen más que consumir el resultado de todas sus tergiversaciones y, sobre todo, ¡de los errores impuestos por la política de Lenin apoyado por la mayoría!

El balance esencial del tratado se caracteriza por:

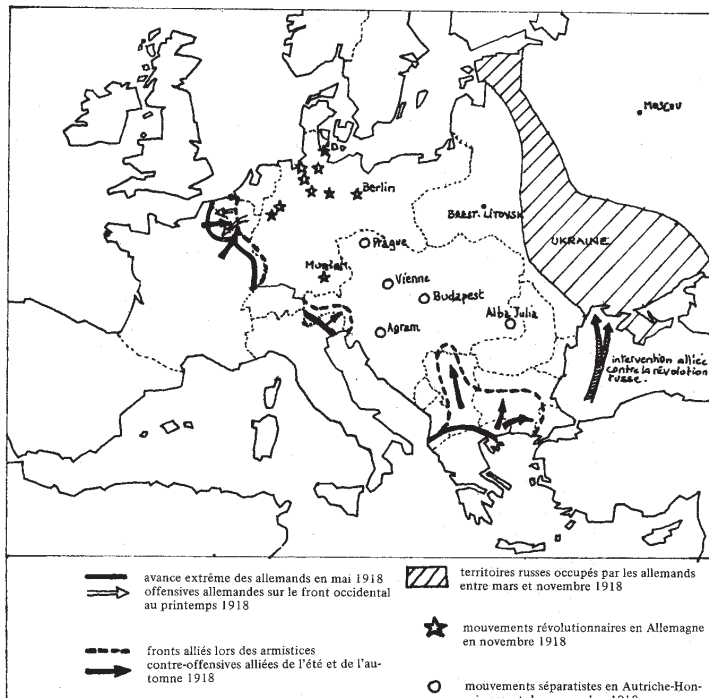
- pérdidas enormes de territorios que estaban bajo influencia, desde octubre, del proceso revolucionario: país báltico, Polonia, Lituania, Estonia, Ucrania, Finlandia...;
- la reanudación de las relaciones comerciales y diplomáticas entre Alemania y Rusia como entre cualesquiera países capitalistas;
- y sobre todo, la erosión del crédito político de la revolución rusa a los ojos del proletariado mundial por lo que Rosa Luxemburgo llamaba ¡«el acoplamiento grotesco Hindenburg-Lenin»!

En cuanto a las consecuencias económicas del Tratado, V. Serge cita las cifras suministradas por Radek, que era el ponente en el primer Congreso panruso de los Consejos de la Economía popular (26 de mayo-4 de junio): el poder de los Soviets perdía el 40% de su proletariado industrial pues los austroalemanes ocupaban la cuenca hullera del Donetz, el 90% de su industria azucarera, del 65 al 70% de su metalurgia, el 55% de su trigo, por tanto, la mayor parte de los trigos de exportación. *La dependencia respecto del mercado mundial, que ya antes era importante, no hacía sino reforzarse.*



Leyenda cronológica

- | | |
|---------------------------------------|-------------|
| | 1914 |
| Ofensiva rusa | |
| 1ª retirada rusa | |
| | 1915 |
| Segunda retirada rusa | |
| Entrada en guerra de Bulgaria | |
| Retirada serbia | |
| Expedición de gallipoli | |
| Campo atrincherado de Salónica | |
| | 1916 |
| Ofensiva Brousilov | |
| Entrada en guerra de Rumanía | |
| Tercera retirada rusa | |
| | 1917 |
| Desaparición del frente ruso | |
| marzo: revolución rusa | |
| octubre: Bolcheviques al poder | |
| diciembre: suspensión de hostilidades | |
| Entrada en guerra de Grecia | |
| Frente balcánico | |



avance extremo de los alemanes en mayo de 1918.

ofensivas alemanas en el frente occidental en la primavera de 1918.

frentes aliados en el momento de los armisticios.

contraofensivas aliadas del verano y del otoño de 1918.

territorios rusos ocupados por los alemanes entre marzo y noviembre de 1918.

movimientos revolucionarios en Alemania en noviembre de 1918.

movimientos separatistas en Austria-Hungría en octubre-noviembre.



B)- LAS TESIS PRESENTES EN EL SENO DEL PARTIDO BOLCHEVIQUE

Desde la orientación tomada por el II Congreso de los soviets en favor de la paz, se enfrentaron tendencias en el seno del Partido bolchevique -y más particularmente en el Comité Central- sobre la justeza de esta orientación. Contrariamente a lo que escribía *en abril de 1917*: «Si el poder perteneciese a los soviets, consentiríamos en la guerra revolucionaria contra los capitalistas de cualquier país, pues de hecho sería la guerra contra los intereses de cualquier capital y no por los intereses de los capitalistas de un país», Lenin defendía vigorosamente la tesis de la paz pues hacía valer alternativamente el agotamiento del país, el derrotismo de los campesinos, la falta de un verdadero ejército, la necesidad de consolidar las bases económicas del régimen, en fin, la ausencia de un movimiento revolucionario en Europa. Decía: «La paz que se nos propone es infame pero si la rechazamos seremos barridos y la paz será hecha por otro gobierno». Los opositores de izquierda reclamaban a su vez, desde diciembre del 17, el cese de las conversaciones de paz y el fin de todas las relaciones diplomáticas y económicas con los Estados capitalistas. Comenzaban, pues, a subrayar con fuerza los peligros de oportunismo y de corrupción que hacía correr la política de paz al poder de los soviets. Sus portavoces insistían sobre *la única vía* de la guerra revolucionaria: así Osinski decía «¡Yo estoy por la guerra revolucionaria... como Lenin en abril del 17!». Trotsky, por su parte, aun pensando en la guerra revolucionaria como imposible por las mismas razones que Lenin, quería que la capitulación no fuese consentida por los soviets sino impuesta por la fuerza por los alemanes. Para esto, deseaba hacer que las negociaciones no acabasen

nun-

ca y se empleó en ello en tanto que delegado en Brest-Litovsk. Además, justificaba su táctica en el hecho de que quizá permitiría que se desencadenase la insurrección obrera europea antes de la firma de la paz. Esta posición llamada de «ni guerra, ni paz» parecía intermedia, pero de hecho se situaba en el mismo terreno fundamental de argumentación que la de Lenin (por otro lado, Trotsky, al dar su voto permitirá finalmente a éste obtener la mayoría en el C.C.). El fin era idéntico: La paz se imponía a todo, sólo los medios se revelaban diferentes. Para Trotsky, la capitulación debía hacerse «elegantemente», en cierta manera «con el cuchillo en la garganta», mientras que para Lenin la eficacia no necesitaba maquillaje. Infravalorando los recursos de los Imperios Centrales y la necesidad militar vital y acuciante para ellos de «congelar» un frente, la táctica de Trotsky se reveló inconsecuente. Ésta expuso peligrosamente el poder de los soviets (Lenin le reprochó haber perdido tiempo y ser la causa del avance alemán) *aun rechazando proyectar la guerra revolucionaria y, por tanto, prepararse para ella intensivamente.*

Estas tres tesis se enfrentaron netamente a primeros de enero de 1918, en vísperas del III Congreso de los Soviets, con ocasión de una reunión de los responsables del Partido bolchevique en Petrogrado. Lenin quedó en minoría (15 votos), Trotsky tuvo 16 votos y las izquierdas recogieron 32 votos. En los otros órganos proletarios (soviets, comités de fábrica...), en todas las regiones de Rusia y hasta finales de febrero (Ver acta del C.C. a este propósito), fue la misma cosa, ¡es decir, la mayoría para las izquierdas! Esto demuestra claramente *el instinto de clase* que animaba a los Soviets y al Partido a pesar del decreto del II Congreso y de la posición de Lenin cuya influencia en el seno del movimiento ruso representaba un obstáculo importante para decidirse
contra

él. Las izquierdas y su posición de la guerra revolucionaria obtenían, por otro lado, sus más fuertes porcentajes en Petrogrado, Moscú y en los Urales, es decir, en los grandes centros industriales: lo que marca la separación *sin ambigüedades* entre las reacciones del proletariado y las de la gran masa de los campesinos.

Examinemos ahora estas tres tesis una a una y más detalladamente.

-La tesis de Lenin

Por las razones ya mencionadas anteriormente, Lenin luchaba a fin de que la revolución tuviese una tregua, un respiro, tiempo. Pero, además de sus consideraciones tácticas (militares, por ejemplo) que podían discutirse, pensaba que un poder proletario estaba en medida de aislarse políticamente y comenzar una producción socialista *en espera de la revolución mundial*; por tanto, en las raíces mismas de su tesis había taras socialdemócratas que pesaban gravosamente sobre todas las justificaciones que podía emitir (taras que la experiencia del movimiento real revelará plenamente a continuación).

Así, y principalmente, emplazaba al proletariado ruso a aprovechar la paz para «organizar» el país, es decir, que en cierta medida preconizaba una simple reconstrucción nacional para desarrollar el capitalismo, hasta entonces metido en la argolla del feudalismo o del modo de producción asiático. Para esto, afirmaba *que el capitalismo de Estado representaba, a nivel económico, «un paso adelante» hacia el socialismo y que, lejos de temerlo o combatirlo, había que realizarlo con rigor tomando ejemplo en el de... ¡Alemania!* El fundamento de su argumentación provenía del análisis

erróneo del imperialismo que había extraído en gran parte del libro «El capital financiero» del socialdemócrata independiente R. Hilferding y que él desarrolla en «El Imperialismo, fase superior del capitalismo». Este análisis hace de la concentración del capital y de la constitución de los monopolios «la antesala del socialismo»: en el plano económico no hay, pues, ruptura entre el capitalismo y el comunismo; hay simplemente un desarrollo más importante de las fuerzas productivas sobre la base de las mismas relaciones fundamentales de producción que son el salariado y la mercancía; el único «cambio» es el establecimiento de un «control obrero» (en términos claros, ¡el montaje de una «autoexplotación» de la clase obrera!) y la substitución progresiva de los monopolios por el Estado. Todo esto aparece claramente después de la firma del tratado de Brest-Litovsk tanto en los textos de Lenin «Las tareas inmediatas del poder de los soviets» (abril del 18), «Sobre el infantilismo de izquierda y las ideas pequeñoburguesas» (mayo del 18), como en sus declaraciones en la sesión del Comité Ejecutivo Central de Rusia (29 de abril del 18 -ver Obras completas, tomo 27, p. 289): *«Si los pequeñoburgueses estuviesen subordinados a otros elementos de clase, al capitalismo de Estado, el obrero consciente debería felicitarse abiertamente por ello, pues el capitalismo de Estado, que con la democracia de Kerensky habría sido un paso hacia el socialismo, constituiría bajo el poder de los Soviets las tres cuartas partes del socialismo, pues uno puede hacerse un auxiliar de aquél que es un organizador de empresas del capitalismo de Estado. Pero los comunistas de izquierda tienen sobre este punto otra actitud, una actitud de desprecio; y cuando tuvimos con ellos, el 4 de abril, una primera conferencia, la cual muestra especialmente que esta cuestión, largamente discuti-*
da en una época

ca ampliamente sobrepasada, pertenece ya al pasado, dije que hacía falta, si comprendíamos bien nuestras tareas, aprender el socialismo yendo a la escuela de los organizadores de trusts».

Los comunistas de izquierda, a través de Osinski (ver los extractos en anejo de su texto «Sobre la construcción del socialismo»), criticaron efectivamente el análisis de Lenin sobre el capitalismo de Estado y sus implicaciones, introducción del sistema Taylor (ej.: el trabajo a destajo), y apoyo a los «capitanes de industria» (organizadores de trusts) así como más generalmente a todos los «especialistas» (técnicos, etc...).

Sobre las perspectivas económicas, Lenin no ocultaba, por lo demás, su adhesión a la socialdemocracia: «Recordad lo que escribían los socialistas de otros tiempos sobre la futura revolución socialista; es dudoso que se pueda pasar al socialismo sin ir a la escuela de los organizadores de trusts, que se han ocupado de esta producción en gran escala» (idem). Hay que observar que la visión económica socialdemócrata *que se había realizado como programa capitalista en Alemania* (Bismarck), además de la influencia de Lasalle, había recurrido a temas de Marx mismo; temas equivocados que después de la Comuna no había tenido tiempo de corregir (su «crítica del proyecto de programa de Gotha» es demasiado insuficiente a este respecto) y que sus discípulos, en primer lugar Engels, recuperaron tal cual vistiéndolos ridículamente con la etiqueta del ¡«marxismo»! Todo lo que Marx debía escribir aún sobre el Capital, particularmente sobre el mercado mundial (ver el plan inicial del estudio sobre la Economía en «Marx, crítica del marxismo» de M. Rubel en las ed. Payot), y el trabajo inmenso que había proyectado realizar sobre el Estado, no vieron la luz. Únicamente Rosa Luxemburgo iba a hacer un trabajo de profundización *teórica* que sobre la base

del método de Marx, representaría no sólo una condena de las tesis socialdemócratas (revisionistas y «ortodoxas») sino también una crítica y una superación de las «viejas ideas» de Marx en lo que concierne esencialmente a las raíces económicas de la crisis del capitalismo a partir del análisis del imperialismo (ver la Acumulación del Capital) y la cuestión nacional. (*)

En consecuencia, *Lenin no temía en absoluto los acuerdos económicos y comerciales con los Estados capitalistas*: a sus ojos, el poder de los soviets estaba protegido por el monopolio del Estado (llamado proletario) sobre el comercio exterior. *No temía más las relaciones diplomáticas*. Muy al contrario, deseaba todo lo que podía afirmar «la marcha hacia el socialismo». Contra las acusaciones de traición al internacionalismo proletario que le eran lanzadas por las izquierdas, ponía un ejemplo: «Los obreros que en el transcurso de una huelga aceptan las condiciones de reanudación del trabajo desventajosas para ellos y ventajosas para los capitalistas no traicionan el socialismo. No lo traicionan sino aquéllos que truecan las ventajas de una parte de los obreros por las de los capitalistas, y no hay más que semejantes transacciones que sean en principio inadmisibles» (Ver el resumen de las «21 tesis sobre la paz» en «el Año I de la revolución rusa» de V. Serge, tomo I, p. 175). Su comparación entre la lucha en el curso de una huelga y la lucha por el socialismo es completamente falsa pues procede de una visión de la huelga considerada desde el punto de vista estrictamente económico (hay que recordar que Lenin, en «¿Qué hacer?» en 1902, decía que ¡el proletariado no podía tener espontáneamente -----

*Ver el capítulo a este respecto en el *cuaderno Spartacus* «Rosa Luxemburgo y su doctrina».

más que una conciencia «trade-unionista» y que la conciencia «socialista» era introducida en su seno desde el exterior por los revolucionarios!) y deja traslucir una visión del socialismo considerado como un proceso gradual que se establece en el interior del sistema capitalista. Para un movimiento proletario en la época imperialista, ninguna «transacción» o compromiso es posible pues su fin no es conseguir un arreglo más o menos ventajoso en el interior del sistema, ya sea por la huelga o por cualquier otro medio, *sino ir en el sentido de la destrucción del capitalismo y, por consiguiente, desarrollar la conciencia comunista*. Hoy, las consecuencias de un compromiso no son simplemente el mantenimiento o la agravación de las condiciones de trabajo y de salario, conllevan la consolidación de la dictadura del capital contra el movimiento comunista, que puede tomar la forma, más allá de la represión, de una masacre generalizada del proletariado.

Además de su análisis económico, que iba a revelarse el argumento fundamental *y que en nuestra época hay que subrayar sin reservas como tal*, Lenin hacía valer un cierto número de otros argumentos «tácticos» para apuntalar su tesis de la tregua. Éstos se basaban en los hechos evidentes siguientes: después de tres años de guerra imperialista, el agotamiento era grande entre todas las capas de la población; después de haber recuperado sus tierras (el reparto de las propiedades de la tierra figuraba en el programa del partido bolchevique y había sido valorizado ¡por las «tesis de abril»!), los campesinos no tenían ningún interés en ver más lejos y podían oponerse a los objetivos proletarios; finalmente, el ejército tradicional, heredado del zar y de Kerensky, no era utilizable para oponer una resistencia obrera al imperialismo alemán y para llevar la guerra revolucionaria contra todos los imperialismos. Pero ¿qué revolucionario no hacía estas

simples «constataciones» y no tenía en cuenta los elementos desfavorables para el proceso proletario? Lenin no se elevaba hasta un análisis radical de este proceso: así no comprendía que el proletariado en armas (coordinación de las milicias obreras bajo el control directo de los soviets) significaba *una ruptura total* con el concepto mismo de ejército y de «democracia». Él decía: «Sería intentar una aventura querer, ante la democratización completa del ejército, hacer la guerra contra la voluntad de la mayoría de los soldados» (!) En cuanto al problema de la actitud de las otras capas de la población frente a la revolución proletaria, como por ejemplo, los campesinos, no podía ser resuelto por una capitulación de la clase obrera para mejor incorporarlos a ella (el reparto de las tierras era una consigna «pequeñoburguesa», como dijo Rosa Luxemburgo en su texto «la revolución rusa») ante su incapacidad, si no su hostilidad, a seguir el cambio histórico. Aquél estaba completamente ligado al establecimiento de la dictadura del proletariado en las relaciones sociales, que es el único medio de separar estas capas «medias» de la influencia del capitalismo.

El más serio de los argumentos seguía siendo de hecho la ausencia de ligazón entre una guerra revolucionaria conducida por el poder de los soviets y la acción subversiva del movimiento proletario en Europa occidental. *En ausencia de este último, la guerra revolucionaria no puede consistir en exportar el comunismo «a punta de bayoneta»* como, por otro lado, intentará hacerlo el ejército «rojo» en Polonia (1920) bajo el impulso de Lenin, que adoptará en ese momento una posición perfectamente contradictoria en relación a la de Brest-Litovsk. Sin embargo, si en enero del 18 el movimiento proletario en Europa occidental no revestía aún un carácter totalmente revolucionario, tampoco estaba ausente:

así, como lo hemos subrayado anteriormente, ¡huelgas considerables con formación de soviets estallaron aquel mes en Alemania y Austria! El abandono de las negociaciones y la resistencia armada del poder de los soviets al imperialismo alemán habrían podido cebar el comienzo de ligazón necesaria con el proceso de lucha de clase a escala europea. La prosecución de la guerra en el oeste habría sido contrariada: *la guerra revolucionaria se habría impuesto en todos los países en lugar de la guerra imperialista*. La secuencia de los acontecimientos iba a confirmar las tendencias profundas a la explosión proletaria en Europa a partir de noviembre del 18 en Alemania.

A causa de la debilidad o de la falsedad de sus argumentos, la tesis de Lenin iba, pues, a ser puesta en minoría en todas las organizaciones proletarias (soviets, comités de fábrica, partido...) y durante prácticamente dos meses. Será necesaria la demoralización ante el avance alemán, ante la pasividad campesina, las ilusiones de la propaganda a través de las conversaciones, la adhesión de Trotsky por medio de su abstención, para que obtenga al fin la mayoría y rija la política de los soviets y del partido. Las confusiones entre «ejército de Estado» y «coordinación de las milicias proletarias», entre «dictadura democrática de los obreros y de los campesinos» y «dictadura del proletariado», entre «capitalismo de Estado» y «socialismo», habían inaugurado esta política que, a continuación de la militarización del trabajo en Cronstadt, iba a ser *el factor activo de la contrarrevolución*.

-La tesis de Trotsky

Aun concibiendo la necesidad de una tregua y la imposibilidad de hacer la guerra revolucionaria sin alianzas, colo

cándose de golpe, pues, en el mismo terreno que Lenin, Trotsky, que entonces era comisario del pueblo para asuntos exteriores, quería conseguir esta tregua de una manera diferente. A sus ojos, no firmar inmediatamente sino hacer alargarse las conversaciones para revelar las amenazas y las presiones del imperialismo alemán, debía tender a mostrar ante el proletariado europeo que el poder de los soviets no capitulaba por su propia voluntad *sino por la fuerza*. En efecto, él se cuidaba de disipar los rumores de colaboración entre Rusia y Alemania y de combatir la propaganda imperialista de la Entente que intentaba presentar Brest-Litovsk como una come-dia representada de antemano: por esto su proceder en la conducción de la política de paz lo opuso a Lenin, que quería firmar lo más pronto posible. Trotsky basaba su argumentación en la esperanza de que se desencadenasen movimientos importantes de la clase obrera durante las conversaciones de paz, por lo que toda obtención de una prolongación de la duración de estas conversaciones era bienvenida. Finalmente temía que la firma inmediata de la paz conllevase inevitablemente una escisión de las izquierdas y como consecuencia, un reforzamiento de los elementos «derechistas», oportunistas, en el seno del partido. Su miedo estaba alimentado por la dimisión de los principales comunistas de izquierda de todas sus responsabilidades organizativas.

Una parte de la apuesta de Trotsky reposaba también en el cálculo siguiente: más allá de las amenazas y de las presiones consideraba, basándose en el análisis concreto de la situación de los Imperios Centrales, que la ofensiva militar de Alemania contra los soviets no era tan segura { ver las dificultades económicas y sociales en los dos imperios; la tentación de Austria-Hungría- particularmente agotada por los tres años de guerra- de parar ésta; las disensiones en el seno de los di-

rigentes alemanes entre el Kaiser Guillermo II y su alto estado mayor (Hindenburg, Ludendorff, Hoffmann)...}. Trotsky llegaba incluso muy lejos en su cálculo diciendo: «Aunque no hubiese más que veinticinco posibilidades entre cien de que el Hohenzollern no se decida a hacernos la guerra, o no lo pueda, nosotros debemos arriesgar» (Ver «Sobre Lenin»). Sin embargo, a Lenin le era fácil replicar: «Demasiado arriesgado. Nada es actualmente más precioso que nuestra revolución. Es necesario ponerla fuera de peligro a toda costa», pues Trotsky era inconsecuente con la base misma de su tesis que le hacía admitir la imposibilidad de la guerra revolucionaria. Éste último jugaba efectivamente en cierta manera con el fuego, pues aun mofándose del imperialismo alemán con su intransigencia verbal, no hacía sino mostrar a lo largo de los días *la debilidad real de un poder de los soviets que renunciaba a poner todos los medios para la extensión de la revolución.*

El estado mayor pudo con el emperador: la ofensiva alemana tuvo lugar, el avance fue fulminante. Entonces, entre su primer voto favorable a Lenin en el seno del Comité Central y su dimisión del puesto de comisario de asuntos exteriores antes de la firma efectiva de la paz (3 de marzo de 1918), Trotsky consideró brutalmente la solución de la guerra *pero con la ayuda de las potencias de la Entente* (Francia e Inglaterra). Con el mismo título que con la tesis de la paz, la independencia política del poder de los soviets era arrojada a la papelera pues para luchar contra un imperialismo, Trotsky no dudaba ante la perspectiva de una alianza con otros imperialismos. Lenin abundaba en este sentido y el Comité Central también por una votación de 6 votos contra 5. Pero un nuevo ultimatum alemán y la irrupción de las tropas de Ludendorff provocó el regreso a la tesis de la paz inmediata.

En un mundo presa de la barbarie imperialista, la táctica «ni guerra ni paz», que se situaba en la misma lógica fundamental que la tesis de la paz por su abandono de la preparación de una verdadera guerra revolucionaria, *no podía llevar a Trotsky más que a «alinearse» irremediabilmente detrás de Lenin*. Rechazando definitivamente toda «mala conciencia» y todo sobresalto «donquijotesco» como cuando las negociaciones de Brest-Litovsk, Trotsky aceptaba, pues, asumir el conjunto de las implicaciones de la capitulación del poder de los soviets ante el imperialismo alemán, y en primer lugar ¡la del frenazo dado al proceso proletario mundial!

En adelante, en tanto que comisario del pueblo para la guerra, después, de transportes, iba a ser, sucesiva o simultáneamente, el organizador de un ejército de Estado llamado «rojo», el teórico del substitutismo del partido en lugar de los soviets, del terror, de la militarización del trabajo (Ver el libro «Terrorismo y Comunismo»), el verdugo del proletariado (represión de Cronstadt). ¡Fue una bonita trayectoria de *jacobino!* Después de su derrota política ante Stalin para conseguir la dirección del partido bolchevique, continuó en el exilio defendiendo la tesis de la «U.R.S.S.» y se hizo así con sus discípulos de la IV Internacional, *con el mismo título que la burocracia del Kremlin*, el sepulturero de las perspectivas internacionales del proletariado.

Este pasaje extraído de «Terrorismo y Comunismo» ilustra el acuerdo perfecto de Trotsky con Lenin sobre la visión económica del socialismo. Esto explica la relativa facilidad con la que Trotsky aceptó todas las consecuencias de la tesis de la paz y fue su ardiente defensor.

«Los salarios, tanto en dinero como en especie, deben ser puestos en concordancia lo más exactamente posible con la productividad del trabajo individual. Bajo el régimen capi-

talista, el trabajo por piezas y a destajo, la puesta en vigor del sistema Taylor, etc... tenían por fin aumentar la explotación de los obreros y arrancarles la plusvalía. Como consecuencia de la socialización de la producción, el trabajo por piezas, a destajo, etc... tiene por fin un crecimiento de la producción socialista y, por consiguiente, un aumento del bienestar común. Los trabajadores que concurren más que los otros al bienestar común adquieren el derecho a recibir una parte más grande del producto social que los holgazanes, los indolentes y los desorganizadores» (U.G.E., col. 10/18, p. 225, cap. 8: «las cuestiones de organización del trabajo»).

-La tesis de las izquierdas

Desde enero de 1918, las críticas de izquierda respecto a las perspectivas sobre la firma de la paz con los Imperios Centrales *comienzan a sacudir al partido bolchevique*. Si el armisticio y las conversaciones entabladas en la fortaleza de Brest-Litovsk habían sido admitidos por la mayoría de los militantes, era ante todo con el fin de ganar tiempo *únicamente en el plano militar*. Por lo demás, desde diciembre de 1917, en el momento de la apertura de las negociaciones, se habían tomado medidas en el partido para incitar al poder de los soviets a prepararse rápidamente para asumir la guerra revolucionaria. Sin embargo, hay que subrayar también que había habido incluso, en aquel momento, fuertes reticencias sobre el hecho de sentarse con los representantes del capital y discutir con ellos. Cuando se hizo patente que para Lenin, más allá de la táctica estrictamente militar (¡las medidas decididas para la preparación a la guerra revolucionaria no habían sido aplicadas o habían sido progresivamente limitadas!), el poder de los soviets podía aceptar la paz dictada por

Alema-

nia, esto levantó una verdadera tempestad de protestas. Para las izquierdas, no se trataba de conseguir una tregua *al precio de una serie de compromisos económicos y políticos que inauguraría la firma de la paz*. Dirigieron una serie de declaraciones al Comité Central del P.O.S.D.R. por intermedio de los organismos de este partido en que eran mayoritarios; la que sigue es un ejemplo típico de ellas: «Petrogrado, 15 de enero de 1918. La comisión ejecutiva, en pleno acuerdo con las resoluciones del Comité de Petrogrado sobre la política de paz, declara lo que sigue. La línea política que sigue actualmente el Comité Central y que, si se juzga según la resolución de la fracción bolchevique del congreso, se encamina hacia la conclusión de una sedicente «paz infame», lo que significa en la hora actual abdicar de nuestras posiciones ante la revolución internacional que despunta y la pérdida indiscutible de nuestro partido como vanguardia de esta revolución (nota del traductor [francés]: el texto ruso de esta frase no conlleva proposición principal). Considerando que esta política del Comité Central está en contradicción con las resoluciones y los decretos de la conferencia de abril del II Congreso del partido, la comisión ejecutiva, en nombre de la organización de Petersburgo, protesta resueltamente tanto contra la línea fundamental cuyos rasgos generales se han precisado ya como contra esa política de silencio y de medias palabras que es actualmente practicada en nuestra política exterior incluso con respecto a los órganos responsables de las más grandes organizaciones de nuestro partido. Nosotros estamos plenamente autorizados para afirmar que la firma de una paz «infame» es contraria a la opinión de la mayoría del partido. Esto ha sido demostrado de modo evidente en la conferencia del 8 de enero, en la que una mayoría aplastante se ha declarado contra el punto de vista del camarada Lenin, así como por el

hecho de que las organizaciones más importantes de nuestro partido -las organizaciones de las regiones de Petersburgo y de Moscú- se declaren de modo decisivo contra una paz anexionista con Alemania. La continuación de la política de paz en el espíritu que se diseña hoy y que se había manifestado de modo extremadamente claro en la resolución del congreso, hace planear sobre nuestro partido la amenaza de una escisión. Teniendo en cuenta todo lo que se ha dicho, la comisión ejecutiva exige, en nombre de la organización de Petersburgo, la convocatoria inmediata para la semana próxima de una conferencia extraordinaria del partido que sería la única habilitada a zanjar, en las circunstancias actuales, la cuestión de nuestra política de paz. Al mismo tiempo, la comisión ejecutiva declara que vamos a someter la cuestión de la guerra y la paz a las instancias superiores de nuestra organización de Petersburgo así como a las organizaciones de distrito del partido. La comisión ejecutiva del Comité de Petersburgo. S. Kossior, G. Boki, J. Fenigstein, A. Plujnikov, C. Ravitch» (Los bolcheviques y la revolución de octubre. Actas del Comité Central del partido bolchevique, agosto de 1917/febrero de 1918. Ed. Maspéro, p. 252-53).

Más allá de las denuncias de las maniobras de Lenin para hacer pasar su política contra la mayoría del partido y de la petición, consiguientemente, de una conferencia extraordinaria, este texto muestra que para las izquierdas *el rechazo a firmar la paz era una cuestión de principio*. ¡Ellos no aceptaban ponerla, como Lenin, en el mismo plano que el armisticio y las conversaciones con miras a ganar tiempo, es decir, en el plano táctico! Además, contrariamente a Trotsky, el plazo conseguido por las negociaciones no debía ser utilizado para hacer discursos y esperar pasivamente la revolución internacional creyendo que los Imperios Centrales se contenta-

rían con sus primeras condiciones de paz. Al tomar posesión de su cargo de comisario para asuntos exteriores y antes de partir para Brest-Litovsk, Trotsky había dicho: «Voy a hacer públicas algunas proclamas revolucionarias y no tendré más que cerrar la tienda». Las izquierdas no concebían el plazo más que para aprovecharlo en la preparación de la guerra revolucionaria y asumir una política exterior destinada a contribuir al proceso revolucionario mundial.

Después de la ruptura de las negociaciones por Trotsky que abrió la vía a la ofensiva alemana, la prueba de fuerza entre las tres tesis, a pesar de las presiones incesantes de diversos comités para la celebración de una conferencia extraordinaria del partido antes del congreso previsto, se concentró en el seno del Comité Central. Las reuniones del 22, 23 y 24 de febrero de éste iban a ser decisivas en cuanto a la firma de la paz.

El 22, Trotsky -con el apoyo del famoso telegrama de Lenin ausente de la reunión- propuso, para parar el avance alemán, comprometerse en la guerra «revolucionaria» en alianza con los imperialismos francés e inglés. *Las izquierdas se opusieron*. Bujarin, particularmente contrariado, redactó esta frase: «Declaro por la presente que dejo el Comité Central así como que renuncio a mi título de redactor de la Prvda», y añadió oralmente: ¡«Hacemos del partido un estercolero»! Es al acabar esta reunión cuando se sitúa igualmente la declaración del grupo de las izquierdas (con Bujarin) que hemos citado al principio de la «puesta a punto».

El 23, Lenin pidió la firma de la paz según las condiciones alemanas. Beneficiándose de la abstención de Trotsky, que renunció a su propuesta del día precedente, y de Krestinski, Joffé, Dzerjinski (éstos están contra la paz pero temen la escisión del partido) obtiene la mayoría. En seguida,

las izquierdas dimiten de sus responsabilidades (Trotsky abandonará también su puesto de comisario de asuntos exteriores). Por boca de Uritski dan sus explicaciones: «*En nombre de los miembros del Comité Central Bujarin, Lomov, Bubnov, en nombre del miembro candidato del Comité Central Jakobleva y en nombre de Piatakov y de Smirnov presentes en la reunión, así como en el mío propio, yo declaro que, no queriendo cargar con la responsabilidad de la decisión tomada anteriormente que consideramos profundamente errónea y perjudicial para la revolución rusa e internacional, tanto más cuanto que esta decisión ha sido tomada por la minoría del Comité Central dado que, como lo demuestra claramente su motivación, los cuatro que se han abstenido son de nuestra opinión, declaramos que dimitimos de todos los puestos responsables del partido y del gobierno, reservándonos la plena libertad de propaganda en el interior y fuera del partido en favor de la posición que consideramos ser la única posición justa*» (Ver ed. Maspéro, idem, p.292).

El 24, el Comité regional de Moscú -bastión de las izquierdas- votó una moción de censura contra el C.C. del partido bolchevique y rehusó someterse a las medidas que se derivaban del tratado de paz. Las izquierdas de esta ciudad, que se habían mostrado siempre los más radicales mucho antes de octubre de 1917, no faltaban a su reputación. Formularon claramente toda la dialéctica de su «rechazo de la paz». Los intereses de la revolución internacional debían primar sobre los de la revolución rusa y *si fuese necesario, ésta última debía sacrificarse por el éxito, a corto o a largo plazo, del proceso mundial*: «El buró regional de Moscú, considerando bastante probable la escisión del partido en un futuro próximo, se propone como meta agrupar a todos los

revolucionarios consecuentes, a todos los elementos comunistas en lucha contra los partidarios de la paz separada y contra los elementos moderados del movimiento comunista. Pensamos que estaría conforme con los intereses de la revolución internacional consentir en el sacrificio del poder de los soviets en trance de convertirse en un poder puramente formal. Como en el pasado, vemos nuestra tarea esencial en la extensión a todos los países de la revolución socialista y, en Rusia, en la aplicación enérgica de la dictadura y en la represión despiadada de la contrarrevolución burguesa» (Ver Victor Serge, tomo I, p. 227-28).

Después de la firma efectiva de la paz (3 de marzo) las izquierdas iban a continuar defendiendo su posición en el VII congreso del partido. Así Alexandra Kollontai declaró: *«Y si nuestra república soviética debe perecer, otros llevarán el estandarte adelante»!* Además, en la perspectiva del texto de Moscú, que rompía por primera vez con el miedo a la escisión alimentado por un chantaje permanente de Lenin, *ellos se organizaron en fracción que tenía su propio órgano, distinto de la Pravda, «El Comunista»*. Para darse cuenta de la importancia cualitativa de esta fracción, se puede uno remitir a la lista de los comunistas de izquierda publicada en anejo.

Aun haciéndose ilusiones, como Lenin, sobre el valor de las nacionalizaciones, las izquierdas tenían, sin embargo, perfectamente conciencia de que un poder proletario aislado no podía mantenerse en ausencia de medidas económicas radicales (destrucción de las relaciones de producción capitalistas) a escala internacional o al menos en varios países representativos por su peso en el mercado. A sus ojos, la extensión de este poder político por la destrucción del Estado y el establecimiento de la dictadura del proletariado en el ex -

terior del territorio ruso *era, pues, primordial*. Si esto se revelaba imposible, valía más que el poder aislado sucumbiese combatiendo antes que mantenerse a toda costa, pues si no, corría el peligro *de cambiar de naturaleza*, es decir, convertirse rápidamente en un órgano contrarrevolucionario y de integración en el capitalismo tanto en el plano exterior como interior. Así, en el nº 1 del «Comunista», las izquierdas explicaban las consecuencias de un mantenimiento forzado: *«En este caso, todos los esfuerzos tenderán a reforzar y a desarrollar la capacidad de producción... En política exterior, se substituirá la táctica dinámica consistente en desenmascarar las potencias imperialistas por una política de maniobras diplomáticas del Estado ruso entre estas potencias. La república soviética no se contentará con concluir con ellas acuerdos comerciales sino que se esforzará en establecer con ellas lazos orgánicos en el plano económico y político, utilizará su ayuda militar y política y contratará préstamos. En fin, para completar la política consistente en administrar las empresas según el principio de una participación importante de los capitalistas y de la centralización burocrática, se instaurará muy naturalmente una política del trabajo que buscará restablecer la disciplina de los obreros bajo el pretexto de una pretendida disciplina voluntaria, y se introducirá la movilización de los obreros... La forma del gobierno evolucionará entonces hacia la centralización burocrática, la dominación de toda clase de comisarios, la pérdida de la independencia para los obreros locales y, en la práctica, el abandono del gobierno por abajo»* (Ver Shapiro, p. 124). Con Rapallo y todo lo que siguió, ¿se puede calibrar cuán *premonitorio* para la evolución de la U.R.S.S. era este texto de 1918!

Comprendiendo que, a diferencia del proceso de una

revolución burguesa, *el factor de la conciencia de clase para el curso de una revolución proletaria era mucho más importante que la conservación del poder a toda costa*, las izquierdas rusas -como Rosa Luxemburgo- percibían toda la influencia ideológica nefasta que tendría para el porvenir la transformación del poder de los soviets en un órgano contrarrevolucionario. Continuando en el nº 1 del «Comunista», es Radek quien, no siendo aún el personaje dedicado al capitalismo de Estado cuyas sucias tareas hemos subrayado anteriormente, escribía: *«Si la revolución rusa fuese derrocada por la violencia de la contrarrevolución burguesa, ella renacerá de sus cenizas como el ave Fénix; pero si perdiese su carácter socialista y engañase así a los trabajadores, este golpe tendría consecuencias diez veces más terribles para el porvenir de la revolución rusa e internacional»* (Ver Brinton, p. 110).

III

BREST-LITOVSK: AYER Y HOY

-El carácter decisivo del tratado de Brest-Litovsk

En el artículo de la «Pravda» aparecido el 25 de febrero de 1918 y titulado «una lección dura pero necesaria», Lenin escribía: «*La semana del 18 al 24 de febrero de 1918 entrará en la historia de la revolución rusa como uno de los grandes giros históricos*» (Ver tomo 27, p. 57, Obras completas). Fue en el transcurso de aquella semana cuando volcó la situación a su favor, obteniendo la mayoría en el seno del Comité Central del partido bolchevique gracias a la amenaza del avance alemán. La política de paz a toda costa que pregonaba pasó a los hechos unos días más tarde en Brest-Litovsk a expensas de la extensión de la revolución.

Lenin tenía razón al insistir en el carácter *decisivo* de la orientación tomada en aquella época *para la evolución ulterior del proceso revolucionario ruso e internacional*. Y sin embargo, en toda la literatura histórica y política que existe sobre el período en cuestión, los hechos que condujeron a Brest-Litovsk y el tratado mismo son lo más frecuentemente analizados *como una simple fase del proceso entre otras*: Muy pocos autores cuyos estudios son dignos de interés (Ver bibliografía) subrayan *su importancia particular*. Si algunos comprenden las implicaciones radicales de los debates que

sacudieron a los soviets y al partido bolchevique a este respecto (Victor Serge, por ejemplo, le consagra una cincuentena de páginas en el tomo 1 de su libro «El año I de la revolución rusa»), es para adoptar la posición de Lenin y valorizarla como la única sanción «realista» de los hechos. Sin embargo, alguno como E. H. Carr pone en evidencia la contradicción fundamental que existe en la política exterior del poder soviético a partir de Brest-Litovsk: él percibe la defensa del Estado ruso como *un obstáculo* al apoyo de la revolución internacional (es lo que él llama ¡«la doble política» en el tomo III de su «revolución bolchevique»!).

Nuestra posición, afirmada muchas veces con claridad desde el principio es que Brest-Litovsk ha significado que la defensa del Estado ruso no era simplemente un obstáculo, *sino un callejón sin salida*: con la firma del tratado de paz, iba el entierro de toda posibilidad de extensión de la revolución y la continuación de la política exterior de los bolcheviques *no fue «doble» sino enteramente orientada por la defensa de los intereses del Estado nacional, a la vez su reconstrucción y su expansión*. Toda la fraseología «revolucionaria» del partido consistió en arrojar polvo a los ojos de los grupos comunistas radicales de los otros países para compensar el efecto negativo de los compromisos con el capitalismo. Así no hubo más que una distinción *formal* entre Tchitcherin, el comisario de asuntos exteriores, y Zinoviev, el primer presidente de la III Internacional, pues desde su fundación, esta última no fue concebida sino para recuperar el movimiento comunista en ruptura con la socialdemocracia y la II Internacional a fin de ponerlo al servicio de un capitalismo de Estado en gestación. Cuando la influencia sobre el movimiento mundial naciente estuvo casi asegurada, las tácticas y los compromisos fueron erigidos en política «revolucio-

naria» y oficialmente teorizados: ¡los bolcheviques no conservaron la fraseología precedente más que para las «grandes ocasiones» (aniversarios, desfiles, etc...)!

-Una indispensable reflexión teórica a este propósito

Entre las tentativas de reflexión teórica sobre las causas primeras de la contrarrevolución, que iba a durar hasta finales de los años 60, raras son las que ponen en evidencia *tan claramente como el texto extraído de «L'Internationale» redactada en 1037* (Ver anejo IV) el peso de la política exterior fundamentalmente equivocada de los bolcheviques -y esto desde la época de Lenin- sobre la evolución del proceso revolucionario mundial. La mayor parte de los textos escritos por la corriente de ultraizquierda antes de la 2ª guerra imperialista se quedan cortos respecto a este análisis. Para unos, como la corriente bordiguista, el período leninista sigue siendo una materia prácticamente *tabú* y la presencia en la III Internacional no sólo no se discute hoy sino que es justificada hasta 1926. Aún hoy, algunos se esfuerzan de manera más o menos crítica en «redorar el blasón» de esta tesis bordiguista y para explicar la necesidad de firmar la paz, así como hacer otros compromisos, como por ejemplo con el campesinado, *inventan el concepto aberrante de un Estado transitorio exterior a la dictadura del proletariado*. Para otros, como la corriente consejista, la revolución rusa es asimilada pura y simplemente a *una revolución burguesa* pues la separa del conjunto del movimiento proletario salido, con sus fuerzas pero también con sus debilidades, de la crisis mundial del sistema sancionada por 1914, y de la ruptura respecto del antiguo movimiento pasado con armas y bagajes al lado del capital. No tiene en cuenta más que el peso del atraso económico de Rusia.

Así, el razonamiento primario de esta corriente, que conduce a negar todo el carácter proletario de la revolución rusa, no le permite comprender *las causas* de la subsistencia, y después, del dominio definitivo de las tendencias capitalistas en la política bolchevique y sobre el proletariado ruso, y después, internacional. Muy al contrario, llega a colocar las causas del curso burgués casi exclusivamente en los manejos maquiavélicos de los bolcheviques que llegan a ser, por ahí mismo, ¡verdaderos demiurgos que ordenan los acontecimientos objetivos según su voluntad! En definitiva, puesto que no ha habido revolución proletaria en Rusia, para los consejistas, la contrarrevolución no existe y la única lección a sacar es la de que todo partido es completamente burgués (es divertido subrayar, por otro lado, que en esta tesis la existencia de los soviets rusos ¡jamás es percibida *como una contradicción* con la afirmación del carácter burgués de la revolución!).

Nuestra reflexión sobre Brest-Litovsk no pretende ser ni la exégesis histórica ni un ejercicio de estilo, intenta situarse en el marco de un trabajo de profundización teórica y práctica sobre los problemas del período del paso al comunismo *que se plantearán mañana y que se preparan hoy*: destrucción del Estado, extensión de la revolución, utilización de la violencia, abolición del salariado y de la economía mercantil... En nombre de un «rechazo de la política» tan simplista y peligroso como el de los anarquistas después de la I Internacional, no se trata de considerar una parte de estos problemas como sin importancia y caer en toda clase de elucubraciones sobre el comunismo *integral*. El economismo del texto de la izquierda holandesa titulado «los principios de la producción y de la distribución comunistas» (Ver extractos o resúmenes en el suplemento a ICO nº 101, o en los Cuadernos del Comunismo de Consejos números 11 y 12) ilustra el ca-

llejón sin salida al que puede conducir un salto teórico en el futuro sin haber examinado completamente las condiciones del paso a éste. A pesar de todo el valor de la tentativa de acometer los problemas económicos del período de transición tras las glosas marginales de Marx al programa de Gotha, el lado positivo de este texto sigue siendo esencialmente la explicación de las razones por las cuales la estatización o nacionalización no tiene nada que ver con la socialización. Las teorizaciones a partir del tiempo de trabajo social medio como base de una producción y de una repartición comunistas y sus proyecciones prácticas (ej.: los bonos de trabajo) no representan, en cambio, una solución de ruptura con la ley del valor. Incluso si actualmente las condiciones están más maduras que en la época de Marx, no nos permiten por ahora encarar *de modo pragmático* la organización económica y social del comunismo inferior (período de transición), y con mayor razón, del comunismo superior; nos ayudan, *ante todo*, a delimitar mejor las posibilidades de destrucción del sistema capitalista que, a pesar de su decadencia y de su crisis, no se hundirá por sí solo para ceder el lugar al comunismo, ¡quedando la 3ª guerra mundial para él, en último término, como otra manera de continuar su política económica y de perpetuar la explotación! ¿Hay que recordar que Marx, más allá de sus trabajos sobre la economía (acabamiento del «Capital») se había propuesto como objetivo esencial un estudio sobre «la lucha por la abolición del Estado y de la sociedad burguesa»? (Ver M. Rubel, «Marx, crítica del marxismo», ed. Payot, p.398).

-El mito de la «colusión germano-bolchevique»

La explicación burguesa de la historia coloca en la raíz

de los hechos *la voluntad maquiavélica* de los individuos y de los grupos o *la manipulación* de éstos con la ayuda de sumas de dinero, incluso de otros expedientes. Es la manera a la que se acerca un autor como David Shub, ex-bolchevique que participó en la revolución de 1905 y que, condenado a la deportación en Siberia, consiguió escapar y se instaló en los Estados Unidos. En su libro «Lenin» (Ver ed. Gallimard, col. Ideas, n° 269, p. 257-59), escribe, por ejemplo: «las grandes razones ideológicas que han llevado a Lenin a concluir el tratado de paz son conocidas desde 1918. Y todo conduce a pensar que Alemania habría vencido de todos modos dada su superioridad militar. Sin embargo, no es sino desde hace unas decenas de años que los historiadores se encuentran en condiciones de medir la importancia de las presiones de orden no militar que Alemania supo ejercer sobre Lenin en 1917-18. En efecto, a finales de los años 1950, los investigadores han podido tener acceso a los archivos, y por tanto a los documentos secretos, de los imperios de Alemania y de Austria-Hungría (*Shub suministra en una nota la lista de los documentos accesibles*). Estos documentos confirman, en cuanto a lo esencial, las acusaciones del Gobierno provisional según las cuales los bolcheviques habían recibido dinero del enemigo para desmoralizar el ejército, derrocar el Gobierno provisional y concluir una paz separada. El punto de partida de estas maniobras fue el subsidio de 5.700 dólares desembolsado al «Sotsialdemocrat» de Lenin por la «Unión para la liberación de Ucrania», asociación que patrocinaba el gobierno austríaco. La cresta de la ola fue marcada por las actividades del «instituto científico», que Parvus dirigía en Copenhague, de Ganetski y de diversos diplomáticos germánicos durante el período turbulento que se extiende desde la caída de los Romanov hasta el golpe de estado de octubre de 1917. Sin

embargo, la toma del poder no acaba con las subvenciones alemanas. Así, el 28 de noviembre de 1917, el Subsecretario de Estado alemán telegrafiaba a su embajador en Berna: «Según ciertas informaciones, el gobierno de Petrogrado se encuentra enfrentado a graves dificultades financieras. Sería bueno, por consiguiente, enviarle dinero». Unos días después, el secretario de Estado von Kühlmann enviaba un cable a su oficial de contacto junto al GCG: «No es sino a partir del momento en que hemos vertido regularmente, por diversas ramificaciones, fuertes sumas a los bolcheviques que éstos han podido verdaderamente lanzar su principal órgano, «la Pravda», realizar una propaganda vigorosa y extender notablemente la base de su partido, tan estrecha inicialmente. Hoy, los Bolcheviques están en el poder; nadie puede prever cuánto tiempo lo conservarán. Ellos necesitan la paz para consolidar su posición; por otro lado, nosotros tenemos un interés evidente en que exploten el período durante el cual se encuentren en el poder, el cual será quizá muy breve, con el fin, muy en primer lugar, de concluir un armisticio y en seguida, si es posible, la paz». Incluso después de la conclusión del tratado de Brest-Litovsk, los diplomáticos de la Alemania imperial continuaron sosteniendo al régimen leninista...». Después de haber dado nuevas pruebas de subvenciones alemanas, este autor concluye diciendo: «Es inconcebible que Lenin no haya estado al corriente de la ayuda oportuna y substancial acordada a su partido por el gobierno del Kaiser. Seguramente, estas subvenciones no cambiaron nada sus puntos de vista; muy al contrario, es en razón misma de sus puntos de vista que él era su destinatario ideal» (p. 259-60). *Con este género de trámites, es fácil igualmente volver a la leyenda del «vagón precintado» (ver nota precedente a este propósito) y extraer las mismas ideas de manipulación*



Recepción de Trotsky y de la delegación rusa por los oficiales alemanes el 7 de enero de 1918- De cara, Kamenev y Joffé, a derecha, Trotsky.

alemana. Es lo que explica Renata Bounazel en «Rapallo, nacimiento de un mito» (Ver ya citado, p. 118-19): «Del encuentro de la Prusia pangermanista con el paneslavismo moscovita -por medio de Hegel y de Marx- la peor consecuencia a presentarse será el bloque de su alianza: una alianza monstruosamente fuerte. Pues a la técnica alemana, unida a la masa rusa, ¿quién, pues, en el viejo continente, podría esperar resistir?» La profecía de Michelet parece realizarse en 1917 cuando Lenin y sus compañeros vuelven a Rusia atravesando Alemania, con el acuerdo tácito del estado mayor y del gobierno alemanes que ponen a su disposición el famoso «vagón precintado». Este episodio, al fin y al cabo secundario, de la revolución rusa va a tener por consecuencia hacer aparecer a Lenin como un aliado de las potencias centrales, incluso como un agente a sueldo del gobierno alemán, encargado de derrocar el poder zarista en provecho de la Alemania imperial, y esta idea influirá de un modo duradero sobre la imagen que se hará en Occidente de los Bolcheviques». Y ella indica unas líneas después *cómo todo esto culmina en Brest-Litovsk*: «La paz de Brest-Litovsk, a pesar de su carácter extremadamente humillante para el poder soviético y las condiciones muy duras que le impone, simboliza así para los franceses la ‘traición’ de la nueva Rusia en uno de los momentos más cruciales de la guerra y lejos de ser sensibles a las sutilezas de la diplomacia soviética y en particular, de Trotsky, que por la fórmula ‘ni paz ni guerra’ quiere dar la prueba de que los Bolcheviques no son cómplices de la Alemania imperial, ven en ello, por el contrario, la manifestación clamorosa de una conspiración entre dirigentes soviéticos y alemanes. Así nace en Francia el mito de la ‘colusión germanobolchevique’ que marcará tan profundamente la política francesa de la postguerra».

-La ruptura de 1914 y el peso ideológico del pasado.

Ciertamente Lenin utilizó en abundancia las contradicciones interimperialistas y primero *a un nivel militante* para él y para el partido bolchevique (travesía de Alemania en el «vagón», percepción de diversas sumas de dinero...). A continuación, *erigió estas prácticas en táctica* «revolucionaria» que aplicó en nombre del proletariado en el momento de Brest-Litovsk. ¡Pero en las raíces de esta utilización no había ni maquiavelismo ni manipulación por interés al servicio de tal o cual imperialismo! Es ahí donde hay que ser claro en relación a la explicación burguesa de la historia.

Si Lenin subestimó el peso de las presiones del sistema capitalista y su papel en la recuperación eventual de un proceso revolucionario por el rodeo de los compromisos, *es porque sus objetivos y el programa del partido bolchevique (incluso después de las tesis de Abril) hacían sobrevivir y coexistir antiguas posiciones al lado de las nuevas impuestas por la crisis y el movimiento revolucionario*. Jamás hubo abandono de la separación socialdemócrata entre programa mínimo y programa máximo. Una vez en el poder, los bolcheviques privilegiaron las presiones del sistema a expensas de las presiones de las masas, impusieron cada vez más las antiguas posiciones en relación a las nuevas (a imagen de la socialdemocracia alemana, ¡el programa mínimo pudo más que el programa máximo que no sirvió más que de cobertura ideológica, como en Kautsky!). Se convirtieron así en los factores activos de una reestructuración del sistema bajo la forma correspondiente a su fase de decadencia: el capitalismo de Estado.

A pesar de su ruptura objetiva con el antiguo movimiento obrero en 1914, los bolcheviques y Lenin *-como, por*

otro lado, el conjunto de las corrientes que se encontraron en Zimmerwald y en Kienthal- estaban lejos de captar todas las implicaciones teóricas y prácticas de esta ruptura, y en particular sobre el proceso de paso al comunismo. Aun comprendiendo que se había abierto un nuevo período, no se desembarazaron totalmente de los datos subjetivos propios del antiguo movimiento. Es, pues, en las insuficiencias de profundización política de la ruptura de 1914 donde hay que buscar las razones de las diversas fluctuaciones de Lenin, de la persistencia y del mantenimiento de las posiciones socialdemócratas y, después, de su dominio en el partido bolchevique con el tratado de Brest-Litovsk.

Así se esclarece la evolución de Lenin, que le lleva de las consignas «derrotismo revolucionario» y «transformación de la guerra imperialista en guerra civil» (1915-16) a la de «paz democrática» (abril de 1917) y finalmente a las de «paz sin condiciones» y de «defensa de la patria» (nov. 17-feb.18). En el extracto siguiente están concentradas todas las justificaciones de una pseudo «nueva política» salida de las insuficiencias de la ruptura de 1914: «Después del 25 de octubre de 1917, nosotros somos partidarios de la defensa nacional; desde este día, nosotros estamos por la defensa de la patria. Pues hemos probado en los hechos que hemos roto con el imperialismo. Hemos denunciado y divulgado los acuerdos-complots infames y sangrientos de los imperialismos. Hemos derrocado nuestra burguesía. Hemos dado la libertad a los pueblos que oprimíamos. Hemos dado la tierra al pueblo e instaurado el control obrero. Estamos por la defensa de la República socialista soviética de Rusia. Pero es justamente porque estamos por la defensa de la patria por lo que reclamamos una actitud seria cuando se trata de la capacidad de defensa y de la preparación militar del

país. Declaramos una guerra sin piedad a la fraseología revolucionaria sobre la guerra revolucionaria . Esta debe ser preparada largamente, de modo serio, comenzando por la reconstrucción económica del país, por el arreglo de los ferrocarriles (sin los cuales la guerra moderna no es más que una frase sin sentido), por el restablecimiento a todos los niveles de la más estricta disciplina y del dominio propio revolucionarios» (Ver Lenin, «Una lección dura pero necesaria», ya citado, p. 59).

La lista de las posiciones políticas del pasado *reintroducidas en el nuevo movimiento* era, pues, muy importante: substitutismo del partido en lugar del proletariado, derecho de los pueblos a disponer de sí mismos, tierra a los campesinos, nacionalizaciones y control obrero... A propósito del capitalismo de Estado considerado como «paso adelante», «antesala del socialismo», Anton Pannekoek había mostrado desde 1916 en «Vorbote» (el precursor) -órgano en lengua alemana de los zimmerwaldianos de izquierda de los que formaban parte los tribunistas holandeses- *que la nacionalización llamada socialista no era de hecho más que un medio de acondicionamiento del capitalismo con miras a reforzar la explotación del proletariado: «La experiencia hecha durante la guerra, del control del Estado sobre la organización de la industria y del comercio ha hecho madurar, en muchos espíritus burgueses, la idea del ‘socialismo’ de Estado. Las ventajas de una producción con dirección unificada en relación a la economía privada son hoy notorias... Este socialismo de Estado no puede sino agravar la condición proletaria, reforzar la opresión. A pesar de esto, es de prever que una gran parte de la socialdemocracia no se opondrá a él e incluso lo apoyará. Su vieja ideología ligará en efecto la socialdemocracia al*

nuevo sistema de explotación estatal...» (Ver «Pannekoek y los Consejos Obreros» de Serge Bricianer, E.D.I., p. 126-27)

La izquierda germano-holandesa y la izquierda polaca fueron mucho más conscientes que los bolcheviques de las posiciones erróneas que no había que repetir sino criticar y desechiar para estar a la altura política del nuevo período abierto en 1914: «El hundimiento de la Internacional no marca sólo el triunfo del nacionalismo sobre el internacionalismo, sino también el fracaso de la táctica que había adoptado(...). La catástrofe presente no significa simplemente que el proletariado se ha revelado demasiado débil para impedir la guerra. Significa igualmente que los métodos del tiempo de la II Internacional son incapaces de levantar la fuerza material y espiritual al nivel necesario para romper la potencia de la clase dominante. Por lo que la guerra mundial debe constituir un giro decisivo en la historia del movimiento obrero (...). Esta fase nueva de la lucha exige una nueva orientación espiritual, un esfuerzo de clarificación. Pues el proletariado, actuando en condiciones jamás vistas, no puede confiar en normas de conducta y en ideas antiguas; de ahí la necesidad absoluta de una ruptura organizativa con los que han transformado «la socialdemocracia en instrumento del imperialismo». He ahí lo que escribía A. Pannekoek en la introducción al nº 1 de «Vorbote» (Siempre según Bricianer, p. 121-22).

Y sin embargo, estas izquierdas siguieron siendo hasta 1920 apoyos, incluso críticos, de los bolcheviques y del régimen ruso. Para la izquierda polaca, esto fue facilitado gracias a los ataques contra L. Jogiches y a la escisión orquestada por Radek: llegó incluso a renegar de todas sus posiciones

avanzadas, en particular sobre la cuestión nacional, y acabó por fundirse en el bolchevismo. Para la izquierda germano-holandesa, esto provino de su análisis que teorizaba una *separación* entre las condiciones objetivas de Rusia y las de Europa occidental que la conducía a aceptar la coexistencia de dos tácticas diferentes pero válidas para ir al comunismo (Ver la «*Respuesta a Lenin*» de H. Corter). *Es únicamente con la constitución del K.A.P.D. que se realizará la más grande clarificación desde 1914 gracias a la superación realizada respecto a la socialdemocracia y al bolchevismo.*

-Las mistificaciones democráticas y nacionales contra la revolución proletaria mundial

En su artículo «A propósito del Folleto de Junius» (julio de 1916), Lenin había reprochado a Rosa Luxemburgo el concebir una «defensa de la patria» en el caso en que la socialdemocracia hubiese asumido el programa de Marx, Engels y Lasalle de 1848: ¡«La consigna de República alemana grande e indivisible»!

«El otro error de juicio de Junius concierne a la defensa de la patria. Es la cuestión política capital en el curso de una guerra imperialista. Y Junius nos ha confirmado en la convicción de que nuestro Partido ha dado la única respuesta justa: el proletariado está contra la defensa de la patria en esta guerra imperialista dada la posibilidad y la necesidad de oponerle la guerra civil por el socialismo (y hacer todo lo posible por transformarla en una guerra civil). Junius, por su parte, ha evidenciado excelentemente el carácter imperialista de la guerra actual, lo que la distingue de una guerra nacional, pero al

mismo tiempo ha caído en un error muy extraño al querer acomodar a toda costa un programa nacional a la guerra actual, que no es nacional. Es casi increíble, pero es así». (Ver ed. la Taupe, p. 240).

Rosa Luxemburgo sabrá superar este «error muy extraño» definiendo la única alternativa posible al imperialismo en su discurso-programa de la Liga Spartacus: ¡la revolución proletaria internacional! La marcha de Lenin será inversa puesto que es él quien lo cometerá. Al firmar la paz de Brest-Litovsk, hará aplicar un programa nacional a expensas de la extensión de la revolución. Lo que diferencia este programa nacional del de 1848 es simplemente su etiqueta «socialista» que substituye la de «republicana». En efecto, el Estado capitalista derrocado y bautizado como «proletario», con los bolcheviques a su cabeza, y las medidas económicas tendentes a reforzar el capitalismo de Estado, no tenían nada que ver con el socialismo, pero además eran los mejores obstáculos en la vía que conduce a él. Evidentemente, Lenin pensaba lo contrario, y por esto consideraba «en ciertas condiciones particulares, la guerra eventual para la defensa del ‘Estado socialista’ contra los Estados burgueses» (subrayado por nosotros; ver «A propósito del Folleto de Junius», p. 244). Esto debe unirse a su error sobre la cuestión nacional: después de 1914 creía todavía posible, a pesar de su comprensión del marco imperialista como determinante, la transformación de la guerra imperialista en guerras nacionales a algunas de las cuales atribuía un carácter progresista en tanto que antiimperialista:

«Una guerra nacional puede transformarse en guerra imperialista, pero lo contrario también es cierto. Ejemplo: las guerras de la gran revolución francesa han comenzado como guerras nacionales y efectivamente lo

eran. Eran revolucionarias pues tenían como objetivo la defensa de la gran revolución contra la coalición de las monarquías contrarrevolucionarias. Pero cuando Napoleón hubo fundado el Imperio francés sometiendo toda una serie de Estados nacionales de Europa, importantes, viables, y constituidos desde hacía mucho tiempo, entonces las guerras nacionales francesas se convirtieron en guerras imperialistas, que engendraron a su vez guerras de liberación nacional contra el imperialismo de Napoleón». (Ver idem, p.234-350).

Al no hacer diferencia fundamental entre el proceso de una revolución burguesa y el de una revolución proletaria, Lenin concebía la posibilidad para la guerra civil de debutar y de marcar un paro provisional en el plano nacional. Incluso con su tesis de la «revolución permanente», Trotsky se equivocaba igualmente: no puede haber crecimiento de un curso democrático hasta convertirse en un curso socialista aun pasando de la escala nacional a la escala internacional pues esto significaría que en la época imperialista, como en el siglo XIX, la democracia tendría aún un papel progresista para el proletariado.

La gran lección de Brest-Litovsk es mostrar que la revolución proletaria surge y se desarrolla enteramente en el plano internacional, por tanto, de manera autónoma respecto a todas las mistificaciones democráticas y nacionales que son producidas por el Capital decadente. Para un dictadura del proletariado establecida en cualquier zona geográfica del mundo, la condición indispensables para conservar su carácter revolucionario es la extensión de la revolución.

Frente a la crisis mundial actual del sistema capitalista, el proletariado que ha comenzado a salir de la contrarrevolu

ción de 50 años deberá volver a aprenderse *esta lección y muchas otras* si quiere liberarse, y por ahí mismo arrastrar a la humanidad hacia el comunismo y no hundirse con ella en una barbarie más acrecentada.

Como dice Rosa Luxemburgo en «el Folleto de Junius»:

«El proletariado moderno se comporta de manera muy distinta al salir de las grandes pruebas de la historia. Sus errores son tan gigantescos como sus tareas. No hay esquema previo, válido de una vez por todas, no hay guía infalible para mostrarle el camino a recorrer. No hay más maestro que la experiencia histórica. El camino penoso de su liberación no está cubierto sólo de sufrimientos sin límites, sino también de errores innumerables. Su fin, su liberación, la alcanzará si sabe sacar lecciones de sus propios errores. Para el movimiento proletario, la autocrítica, una autocrítica sin piedad, cruel, que vaya hasta el fondo de las cosas, es el aire, la luz, sin los que no puede vivir. En la guerra mundial actual, el proletariado ha caído más bajo que nunca. Eso es una desgracia para toda la humanidad. Pero sólo sería la perdición en el caso en que el proletariado internacional se negara a medir la profundidad de su caída y sacar las enseñanzas que ella comporta» (ya citado, p. 55-56).



IV

TEXTOS ANEJOS

I-Intervención de Eberlein (Albert), delegado del P.C. alemán al congreso de fundación de la III Internacional (3ª jornada, 4 de marzo de 1919):

«¡Camaradas! Nos hemos ocupado al principio de la conferencia, en el transcurso de largas discusiones, de la cuestión de saber si esta conferencia debía convertirse en un congreso en que sería fundada la III Internacional, o si primero debíamos preparar esta fundación. A propuesta de la delegación alemana, que estaba obligada por su mandato (1) a no -----

(1) Eberlein había recibido de la central del P. C. alemán *un mandato imperativo de votar contra una eventual fundación inmediata* y según Ernst Meyr, debía incluso abandonar la conferencia en el caso en que las objeciones del K.P.D. fuesen rechazadas. Hay que recordar que Rosa Luxemburgo y Leo Jogiches, a la luz de la experiencia polaca, desconfiaban de las voluntades hegemónicas de Lenin y de los bolcheviques. Además, Rosa Luxemburgo, a continuación del aislamiento del proceso ruso consecutivo a la paz de Brest-Litovsk, era perfectamente consciente de las deformaciones sufridas por el poder de los soviets y temía, mientras el movimiento internacional no hubiese desembocado en la victoria del proletariado en otros países, o al menos en la constitución de organizaciones comunistas verdaderas en estos países, que la nueva

decidir la fundación inmediata, nos habíamos puesto de acuerdo para que esta asamblea fuese una conferencia que preparase la fundación de la III Internacional, y que ésta fuese fundada sólo más tarde. Pero, dado que hoy, a pesar de la resolución adoptada, algunos delegados intentan hacer fundar desde ahora la III Internacional, me veo obligado, pienso, a indicaros brevemente las razones que nos llevan a desaconsejar esta fundación inmediata. Cuando se nos dice que la fundación de la III Internacional es una necesidad absoluta, nosotros osamos ponerlo en duda. Cuando se nos dice que el proletariado tiene necesidad en su lucha de un centro político, podemos decir que este centro existe ya y que todos los elementos que se sitúan en la base del sistema de los consejos han roto ya con los elementos de la clase obrera que se inclinan por la democracia burguesa: constatamos que la ruptura se prepara por todas partes y que está realizando.

Pero una III Internacional no debe ser solamente un centro político, una institución en la que los teóricos se hacen discursos calurosos los unos a los otros, debe ser el fundamento de una potencia de organización. Si queremos hacer de la III Internacional un instrumento eficaz de lucha, si queremos hacer de ella un medio de combate, entonces es necesario que existan igualmente estas condiciones previas. La cuestión, a nuestro parecer, no debe, pues, ser discutida y zan

Internacional fuese enfeudada a los bolcheviques y se convirtiese en un simple instrumento de defensa del Estado ruso. Eberlein, cuya intervención aquí arriba está lejos de reflejar todo el contenido del análisis y de los temores de Rosa Luxemburgo, *hizo caso omiso de su mandato y se contentó con abstenerse a la hora del voto que consagró la fundación inmediata de la III Internacional.*

jada desde un simple punto de vista intelectual, sino que es necesario que nos preguntemos concretamente si existen las bases de organización. Continúo teniendo la impresión de que los camaradas que empujan tan fuerte a la fundación se dejan influenciar enormemente por la evolución de la II Internacional y que quieren, después de la celebración de la conferencia de Berna (2), oponerle una empresa competidora. Esto nos parece menos importante, y cuando se dice que la clarificación es necesaria, si no los elementos indecisos se adherirán a la Internacional amarilla, yo digo que la fundación de la III Internacional no retendrá a los elementos que se incorporan a la II hoy y que, si a pesar de todo se van allí, es que allí está su lugar.

Pero la cuestión más importante en lo que concierne a la fundación de la III Internacional es saber primero lo que se quiere, sobre qué plataforma es posible agruparse. Los informes de los camaradas de los diferentes países muestran que las concepciones sobre la actividad, sobre las vías conducentes al fin, eran ignoradas y que los delegados llegados de diferentes países no podían haber venido con la intención de participar en la fundación de la III Internacional. Será su tarea informar a sus camaradas de partido en primer lugar, y la invitación lo indica ya, en la primera página:

«Todas estas circunstancias nos obligan a tomar la iniciativa de poner en la orden del día de la discusión la cuestión de la convocatoria de un congreso internacional

(2) A iniciativa de grupos tales como el partido laborista británico o los socialdemócratas independientes de Alemania (U.S. P.D.) se había abierto en Berna, en diciembre de 1918, una conferencia destinada a hacer renacer de sus cenizas la II Internacional.

de los partidos proletarios revolucionarios».

Se dice en la convocatoria que primero debemos examinar la cuestión de saber si es posible convocar a los camaradas a un congreso de fundación. El profundo desconocimiento de las vías y objetivos de los diferentes partidos, al menos mientras no hubo tenido lugar aquí la discusión, está demostrado por la carta de Longuet (3), un camarada activo en la vida política, que se adhirió al centro, pero que cree aún posible que participemos en las sesiones de la conferencia de Berna. En Alemania tampoco teníamos idea de las divergencias que existían entre los partidos, y cuando salí de ella esperaba divergencias y conflictos graves sobre las diferentes cuestiones. Puedo constatar que en realidad estamos de acuerdo en la mayor parte de las cuestiones, pero no lo sabíamos antes.

Si queremos emprender la fundación de la III Internacional, primero necesitamos decir al mundo lo que queremos, explicar el camino que hay ante nosotros, sobre qué queremos y podemos unirnos. Decir que la III Internacional había sido fundada ya en Zimmerwald es inexacto. Zimmerwald ha saltado en pedazos desde hace mucho tiempo y sólo una pequeña parte de la izquierda puede ser tenida en cuenta para un trabajo ulterior en común. Si todas estas consideraciones

(3) Jean Longuet, nieto de Karl Marx, miembro del partido socialista francés, acreditaba los intentos de restablecimiento de la II Internacional. Considerado por los bolcheviques como el prototipo del socialdemócrata amarillo, su exclusión será especialmente pedida en 1920 en el congreso de Tours del partido socialista por un telegrama de Zinoviev. Con la fundación del P.C. francés que saldrá de este congreso, acompañará a Blum y a los minoritarios.

nos hacen desaconsejar el emprender desde ahora la fundación de la III Internacional, son por lo demás, cuestiones organizativas las que nos disuaden de ello. ¿Cuál es, efectivamente, la situación en este dominio? No existen verdaderos partidos comunistas más que en pocos países; en la mayor parte, han sido creados en el curso de las últimas semanas; en varios países en los que hoy hay comunistas, éstos no tienen aún organización.

Yo estoy atónito al escuchar al representante de Suecia proponer la fundación de la III Internacional al tiempo que admite que en Suecia no hay organización puramente comunista, sino sólo un fuerte grupo comunista en el seno del partido socialdemócrata sueco. Sabemos que no existen en Suiza ni en otros países partidos comunistas propiamente dichos, y que éstos deben ser creados primero allí, de suerte que los camaradas no pueden hablar aquí más que en nombre de grupos. ¿Podemos decir verdaderamente quién se encuentra detrás de nosotros? Finlandia, Rusia, Suecia, Austria-Hungría, los Balcanes y aun no toda la unión pues los representantes de Grecia y de Serbia no consideran a Racovski (4) como su representante. Falta toda Europa occidental; Bélgica, Italia no están representadas; el representante suizo no puede hablar en nombre de un partido; faltan Francia, Inglate-

(4) Christian Racovski era considerado representar a la Federación socialdemócrata balcánica proclamada en 1915, pero ésta apenas tenía existencia real en marzo de 1919. De hecho, su actividad en Rusia desde mayo de 1917 lo había hecho un responsable bolchevique y su propuesta de fundar inmediatamente la III Internacional al tercer día del congreso tuvo un papel decisivo al acabar con las vacilaciones mantenidas por la oposición de Eberlein.

rra, España, Portugal; y América tampoco es capaz de decir qué partidos se encontrarían detrás de nosotros. Hay tan pocas organizaciones que participen en la fundación de la III Internacional que es difícil aparecer públicamente. Por consiguiente, es necesario, antes de emprender la fundación, dar a conocer nuestra plataforma al mundo entero e invitar a las organizaciones comunistas a declarar si están listas a fundar con nosotros la III Internacional.

Es necesario llamar a la formación de organizaciones comunistas, pues ya no es posible hacer causa común con los Kautsky y los Scheidemann. Os pido insistentemente no emprender desde hoy la fundación de la III Internacional y os ruego no actuar con precipitación, sino convocar a breve plazo un congreso que reagrupe efectivamente las fuerzas tras ella.

Tales son las objeciones que mi organización eleva contra la fundación inmediata de la III Internacional; os ruego reflexionéis con madurez para saber si sería sagaz fundar hoy la Internacional sobre una base tan débil».

(extracto del «primer congreso de la Internacional Comunista», E.D.I., p. 165-66-67).

II- Lista de los principales comunistas de izquierda en 1918:

| | |
|--|---------------------------|
| R. Abramovich | V. G. Miasnikov |
| N. Antonov (Lukin) | I. Minkov |
| Arkady (Krumin) | N. Muralov |
| V. Barichnikov | V. Osinsky (Obolensky) |
| K. Bela-Kun | I. Unchlikht (Unschlicht) |
| S. I. Bobinsky | M. Uritsky |
| D. Bogolepov | G. Ussevich |
| G. Boky | G. Piatakov |
| A. Bubnov | M. Pokrovsky |
| N.I. Bujarin | E. Preobrajensky |
| M. Bronsky | K. Radek |
| P. Chtenberg (Stenberg) | S. Ravich |
| Ia. Fenigchtein (Fenigstein o Doletsky) | G. Safarov |
| V. N. Iakovleva | T.Sapronov |
| Em. Iaroslavsky | M. Saveliev (I. Vetrov) |
| Inessa (Armand) | I. I. Skvortsov-Stepanov |
| Vladimir Ivanov | V. M. Smirnov |
| S. Kossior | A. Solts |
| A. Kollontai | VI. Sorin |
| L. Kristman | A. Spoundé (Spunde) |
| V. Kuibychev | In. Stukov |
| Iou. Lensky | I. Vardin- Mgueladse |
| A. Lomov | M. Vasiliev (Saratov) |
| N. Lukina (Bujarina) | A. Vybogskaia |
| | B. G. Zul |

**Serie extraída de los anejos del libro de L. Shapiro «Los bolcheviques y la oposición», ed. les Iles d'or, p. 352*

III-Extracto del artículo de N. Osinski titulado «Sobre la construcción del socialismo» aparecido en «El Comunista» (números 1 y 2) en abril de 1918 como crítica del texto de Lenin «Las tareas inmediatas del poder de los soviets»:

«Estos últimos tiempos, en el seno de la mayoría de nuestro partido, se ha llegado a una «nueva orientación», a nuevas problemáticas. No hablamos de política exterior sino de política interior y más especialmente, de política económica.

Esta nueva orientación, que proviene del camarada Lenin, es la siguiente: Aproximadamente hacia finales de enero de 1918 hemos atravesado un duro período de guerra civil, una época de hundimiento repentino de las fuerzas y de las órdenes políticas y económicas que éstas defendían. Ahora ha pasado el tiempo y ha empezado el de un trabajo concreto y positivo para la «construcción orgánica» de una nueva sociedad. Por un lado, debemos construir el socialismo. Por otro, debemos ante todo y en primer lugar crear el orden que todo el mundo reclama, y debemos acabar con la descomposición, la indisciplina y la podredumbre. Puesto que hoy somos fuertes, puesto que nuestros enemigos han sido aniquilados, no debemos temer el utilizar las fuerzas sociales que antes se nos habían opuesto. Debemos, pues, dejar trabajar para nosotros «la inteligencia» que nos sabotaba anteriormente. Ella servía al capital por dinero. Nosotros también la compraremos con dinero. En la inteligencia se encuentran para nosotros esos organizadores de la producción, esos «capitanes de industria» que organizaban la economía para el capital, y los hay en gran número. Así, de la misma manera que obligaremos a los comandantes zaristas a ayudarnos a construir el ejército rojo, de la misma manera obligaremos a los organiza

dores de trusts a comprar a un precio conveniente la organización del socialismo.

«Enseñar la organización del socialismo a los organizadores de trusts», tal es una máxima del camarada Lenin. Otra dice: «Abandono de la negligencia». La negligencia, el abandono, el robo, todo lo que florecía en nuestro suelo nacional, están a la orden del día, de arriba abajo, en las organizaciones que dirigen las diversas ramas de la economía. «No saquear, no ser perezoso, ante todo llevar bien las cuentas», estas simples peticiones pequeñoburguesas deben ser nuestros principios más importantes. Se debe hacer comprender a todo el mundo (empleados, trabajadores, chupatintas) que no sólo hay que consumir, sino también trabajar correctamente. Para esto, la autodisciplina y la camaradería son necesarias, pero también el reforzamiento del poder dictatorial de los comisarios que han sido elegidos por los soviets y, en una palabra, ocuparse no de charlatanear sino de trabajar. La productividad del trabajo debe ser aumentada en las fábricas por medio de la introducción del salario a destajo y primas a la producción, igual que en el ferrocarril, etc... También se debe adoptar el sistema americano Taylor, que combina el salario por horas y por piezas: así, se paga no sólo la cantidad de lo que se ha realizado, sino también en función de un tiempo más corto de realización.

Los responsables de esta «nueva organización» afirman que todo esto lleva rápidamente a la construcción del socialismo y que su nueva concepción de los problemas políticos está únicamente determinada por la existencia en el interior del país de un nuevo período orgánico. *Sin embargo, todas estas nuevas organizaciones aparecen, de modo sorprendente, justo en el momento de la firma del tratado de paz, con este retroceso ante el capital mundial que era acepta-*

do como base de la paz impuesta, con sus grandes concesiones al imperialismo extranjero que emanan de él. La guerra ha tenido lugar no sólo para la conquista del país, del territorio; sino también para llevar económicamente este territorio bajo los tentáculos del capital. Los imperialismos aseguran su dominio con estas paz-conquistas para sacar provecho de la economía del país vencido. Y a pesar de esto, este nuevo período orgánico «socialista», según el camarada Lenin mismo, puede iniciarse gracias a la alianza y el establecimiento de relaciones con el capital extranjero, del cual quiere obtener dinero, ingenieros, armas, expertos militares y aun apoyos militares. Puede debutar con la construcción de un ejército apropiado, llamado «ejército rojo», y que sin embargo se constituye en un estrecho (excesivamente estrecho y peligroso) colaboracionismo con los oficiales y los generales zaristas» (subrayado por nosotros).

Nota: habría sido interesante publicar un extracto *más amplio* del artículo de Osinski, incluso su totalidad. Pero como nuestra traducción está hecha a partir de una traducción española, que a su vez viene del alemán (Ver «Democracia de trabajadores o dictadura de partido», Editora Zero, S. A., p. 81-83), hemos preferido limitar los riesgos de mala interpretación de las ideas expresadas.

Además, en la continuación de este pasaje Osinski polemiza contra Lenin esencialmente desde el punto de vista de la economía rusa. Y las críticas que hace *no vinculan tan directamente como aquí arriba las raíces de la política de Lenin a la firma del tratado de Brest-Litovsk*. Aun cuando muchas son justas, desembocan en propuestas que encierran todas las ilusiones de los comunistas de izquierda sobre las nacionalizaciones integrales y la gestión obrera por abajo que

IV-La política exterior de la U.R.S.S. (artículo extraído de «l'Internationale», revista del grupo Union Communiste - ver nota al final - nº 33, 10 de dic. de 1937):

Esta política comprende a la vez las relaciones con los Estados capitalistas y la presión hecha sobre estos Estados por intermedio de las organizaciones dependientes de la III Internacional. Las dos cosas están extremadamente ligadas y la U.R.R.S. ha sometido cada vez más el segundo factor al primero.

Diplomacia soviética

La diplomacia de la U.R.S.S., como la de todos los países en esta época, dependió de su situación de hecho frente a los triunfadores de Versalles y de la Sociedad de Naciones.

La U.R.S.S., bien entendido, no formaba parte de los beneficiarios del Tratado de Versalles, y después de Brest-Litovsk fue separada de la Entente y de las negociaciones de la S. D. N. En este plano se emparentaba con Alemania, principal víctima de Versalles.

Los Estados Unidos, fuera del campo de la S. D. N., venían después a añadirse a estos dos países, en los que se aprestaban a invertir sus capitales. Remarquemos además que para América, la Unión Soviética aparecía como un perro guardián muy vigilante cerca de Japón.

La simple diplomacia burguesa que los bolcheviques adoptaban a su vez ordenaba, pues, que los primeros acuerdos sovieto-imperialistas se encuadrasen en esta especie de bloque anti-entente. Son, pues, los lazos con los Estados Unidos y el Tratado de Rapallo en 1922 con Alemania los

ya hemos señalado.

que ilustraron este estado de cosas.

La fórmula «utilizar las contradicciones inter-imperialistas» a la que los bolcheviques querían dar un giro revolucionario y por la que se disponían a justificarlo todo en nombre del marxismo, no constituía en realidad sino la definición misma de la diplomacia burguesa. Cuando un Estado burgués entra en un bloque imperialista es para utilizar las contradicciones que existen entre los países a los que se alía y los países del bloque opuesto.

La Unión Soviética, al oponerse a Francia, a Inglaterra, a la Sociedad de Naciones, quiso justificar políticamente a los ojos de los obreros su actitud, más exactamente la U.R.S.S. quería hacer apoyar su diplomacia por las organizaciones comunistas, haciendo de esta diplomacia un capítulo del programa de la III Internacional.

La Entente y la S.D.N. fueron mostradas como una coalición especialmente contrarrevolucionaria dirigida contra el régimen interior de la U.R.S.S.; en realidad, Alemania y los Estados Unidos no eran menos enemigos de la Revolución de octubre que los Estados de la S.D.N. Ésta fue calificada con un horror muy especial como «guarida de bandidos imperialistas»; pero la conferencia de Génova en 1922 constituía una reunión de estos bandidos y sin embargo Tchitcherin fue enviado a ella y en ella soltó un discurso lleno de amabilidad y de bajeza. Por otro lado, la U.R.S.S. respondió a varias convocatorias de esta «guarida de bandidos imperialistas» (Conferencia Naval de 1923, Conferencia del Desarme en 1927).

Cuando la Unión Soviética firme el Tratado de Rapallo, la Internacional Comunista ocultará su carácter capitalista detrás de una teoría de defensa de los vencidos; los obreros de todos los países serán invitados a compadecer a la burgue-

sía alemana desvalijada y aplastada por las deudas.

Durante todo este período del poder leninista, los Estados estuvieron ocupados en restaurar su economía dislocada por la guerra; pero todos sus actos fueron ocultados tras una falsa actividad pacifista. A pesar de la propaganda de la III Internacional, la U.R.S.S. no pudo resistir el deseo de participar en este concierto de engaño pacifista. Muy en primer lugar en 1922, en abril en Génova, en julio en La Haya, después en 1923 en la Conferencia Naval de 1923, en la Conferencia del Desarme en 1927.

Desde 1921 comenzaron otras manifestaciones diplomáticas: los pactos de no-agresión que han proseguido hasta nuestros días. Es así como se firmaron pactos de amistad con Persia, Afganistán, China, etc... Como más tarde el pacto de amistad con Italia y casi todos los países imperialistas. Los bolcheviques, que al principio rehusaban a los países de la Entente la promesa de no tolerar actividad revolucionaria contra ellos, daban, por el contrario, estas garantías políticas a Afganistán y Persia:

«Las partes contratantes no permitirán e impedirán en su territorio la organización y la actividad de grupos, así como la de personas aisladas, que dañen a la otra parte contratante preparando el derrocamiento del régimen de Estado»(1936).

Esta ojeda rápida de la política exterior, en el período leninista de la U.R.S.S., muestra que no se podía encontrar un corte neto con la política estalinista; en este dominio, como en los otros, los bolcheviques han preparado, bajo pretexto de necesidad, el camino del estalinismo.

La entrada de Stalin en la S.D.N., por ejemplo, no constituía en realidad una traición especial, sino solamente una contradicción con la propaganda política que la III Internacional había desarrollado precedentemente con el fin de apo-

yar la posición económica de la U.R.S.S. contra la Entente.

Un tratado como el de Rapallo de 1922 constituía un compromiso tan peligroso y tanto más nefasto cuanto que los bolcheviques lo hacían pasar por un modelo de trabajo revolucionario. El 18 de mayo de 1922, el Comité Central Ejecutivo de la U.R.S.S. «expresaba su satisfacción por el tratado rusoalemán concluido en Rapallo, considerándolo como la única salida justificable que permite salir de las dificultades, del caos y de los peligros de guerra».

El gobierno de Lenin reculaba, pues, ante la presión del imperialismo y encontraba en la capitulación la «única salida justificable» contra la ofensiva imperialista, que él llamaba «dificultades, caos, peligro de guerra». La lucha revolucionaria del proletariado ruso estaba representada, pues, por los tratos diplomáticos pero, en relación a la Revolución de octubre, Rapallo significaba derrota en el plano internacional y es sobre un conjunto de derrotas de este género sobre el que crecía el estalinismo, es decir, la derrota interior.

La diplomacia estalinista que sucederá, tomará un carácter contrarrevolucionario cuando la maduración de la clase explotadora permita a la U.R.S.S. pronunciarse categóricamente frente a la situación internacional nueva: en efecto, al período de pacifismo imperialista sucederá el período de preparación intensiva de una nueva guerra imperialista.

Stalin, después de haber cambiado de campo, haber entrado en la S.D.N., haber firmado el acuerdo francosoviético, aprobará y alentará el superrearme del capitalismo francés: la U.R.S.S. trabajará para realizar la Unión Sagrada en todos los países que pueden ser sus aliados; en los conflictos guerreros que estallarán como preludio al conflicto mundial, la U.R.S.S. se unirá a los trapicheos repugnantes de la S.D.N. (en particular, para Etiopía), del Comité de No-intervención

para España, y del Comité de Bruselas (para China). Todo lo que sea un obstáculo para esta preparación de la guerra será combatido y aplastado: la U.R.S.S. jugará el papel de vanguardia de la contrarrevolución.

Toda la diplomacia estalinista, así como el régimen interior soviético, prohíbe en adelante hablar de oposición de clase entre la U.R.S.S. y los otros países capitalistas. La U.R.S.S. será un objeto de agresión con el mismo título que cualquier otro país; a los ojos de las otras naciones, no es más que un gran competidor en el mercado mundial. Y los países opuestos a la U.R.S.S. están resentidos contra sus posiciones económicas, y no contra su régimen, que se parece más al de los estados fascistas, sus «enemigos», que al de los países democráticos, sus «aliados».

No es la democracia proletaria lo que defiende la burocracia soviética, pues la ha suprimido; no es el bienestar de las masas obreras, puesto que las explota; no es el poder de los soviets y de los sindicatos, pues ya no tienen.

Lo que defiende el estalinismo (y que el proletariado no tiene que defender) son los mercados necesarios a sus ingresos comerciales, y el territorio ruso en que «posee» riquezas inmensas y millones de obreros para explotar.

La III Internacional Instrumento del Estado ruso

Al decir que el Estado obrero no podía subsistir más que con la ayuda del movimiento revolucionario internacional, los comunistas querían expresar que la U.R.S.S., gracias a las dificultades interiores creadas a los gobiernos burgueses, podía esperar un tiempo la llegada al poder del proletariado en un número de países suficiente para constituir un bloque inque-

brantable. La acción de los obreros de todos los países constituía, pues, a la vez un obstáculo a la intervención imperialista en la U.R.S.S. y la marcha hacia la formación de un nuevo poder revolucionario.

Pero el retroceso del movimiento obrero en todos los países empujó al gobierno bolchevique no ya a esperar y facilitar la marcha de una revolución nueva, sino simplemente a servirse de la agitación obrera como medio de presión en las transacciones con los países capitalistas.

Una oposición comunista en una nación burguesa reforzaba la posición diplomática y económica de la U.R.S.S., pero el estallido de una revolución no podía, por contra, más que molestar las conversaciones de los embajadores soviéticos y crear dificultades a la U.R.S.S.

En este orden de ideas, el tratado de Rapallo tuvo ciertamente una gran influencia sobre la política de la III Internacional: la «negligencia» de los dirigentes rusos del Komintern respecto del movimiento revolucionario de 1923 en Alemania puede ser explicada fácilmente por el deseo de no comprometer los apoyos económicos de la U.R.S.S. en Alemania, en un movimiento revolucionario que podía fracasar.

Más tarde, la decisión de Stalin en China en 1927 de entregar el proletariado a Chang Kai Chek debe ser explicada por las mismas razones. En fin, toda la política nefasta de la III Internacional, toda su sumisión al Estado ruso desde el principio, debería ser recogida con semejantes consideraciones.

Hoy, la U.R.S.S. ha dado, como en todos los dominios, un carácter abiertamente contrarrevolucionario a las directrices que envía a las organizaciones comunistas extranjeras. La reconciliación con la socialdemocracia, la política del Frente Popular, la reconciliación de los obreros con «la Mar-

selles», la bandera tricolor y el ejército son extremadamente edificantes.

Finalmente, en España dió la U.R.S.S., con sus municiones y su oro, tal potencia al P.S.U.C. que éste puede aplastar en sangre a los obreros revolucionarios anarquistas y poumistas y restablecer la dominación de la burguesía democrática.

Las organizaciones comunistas, bajo el control de la U.R.S.S., trabajan hoy para la preparación de la nueva carnicería imperialista y serán los agentes de la burguesía para la denuncia y la represión de los derrotistas revolucionarios.

Conclusión

Para concluir, nos es necesario muy en primer lugar eliminar para siempre las expresiones de la oposición caducadas, como las que tienden a hacer creer que Stalin comete errores, que defiende mal las conquistas de la Revolución de octubre y que sus faltas provienen de la teoría del «socialismo en un solo país». No, Stalin hace la política de una nueva clase basada en la explotación de los obreros; todo lo que queda en Rusia de la Revolución de octubre ha sido transformado en instrumento contrarrevolucionario. El monopolio del comercio exterior, los planes, la gran industrialización acercan a la U.R.S.S. no al socialismo, sino al capitalismo moderno, al fascismo. El proletariado ya no tiene el poder en la U.R.S.S. más que en la cámara de Diputados en Francia o en las corporaciones en Italia. La U.R.S.S. se apoya en el mundo en los Estados imperialistas y organiza por todas partes la contrarrevolución sangrienta. Luchar por la defensa de la U.R.S.S. es levantarse contra la emancipación del proletariado ruso, al mismo tiempo que favorecer la unión sagrada en todos los países.

Hemos intentado en este artículo situar la discusión so-

bre la U.R.S.S. en un terreno nuevo, es decir, desembarazado lo más posible de prejuicios, de las fórmulas sacrosantas que han ahogado la comprensión y la discusión marxistas desde hace decenas de años.

Los errores que los bolcheviques han sido empujados a cometer por una situación internacional desfavorable, nosotros no queremos aceptarlos como dogma y como directriz para otro período revolucionario futuro.

El proletariado internacional, y especialmente en el campo de batalla ruso, ha sido batido: las formas que la derrota ha tomado son, en el exterior, las capitulaciones diplomáticas en el curso de las dificultades económicas; en el interior, la estructura burocrática dictatorial del Estado en las manos de una fracción política. Que la burguesía estalinista se haya desarrollado sobre este retroceso ante el imperialismo y sobre la reconciliación con él, he ahí un fenómeno histórico tan normal como el desarrollo del capitalismo sobre el progreso industrial.

Que el régimen dictatorial creado por la fracción de Lenin, frente a la ofensiva imperialista, sea una consecuencia de la inmadurez de la situación, y finalmente una victoria del imperialismo, lo puede uno afirmar netamente hoy; ¿cómo asombrarse entonces de que este régimen de absolutismo haya constituido precisamente la base del poder de la nueva burguesía?

En resumen, la experiencia rusa muy rica en enseñanzas debe sobre todo empujarnos a destruir las malas hierbas desarrolladas sobre una situación interior e internacional desfavorable; debe también incitarnos a pensar de antemano en lo que el poder proletario debe ser en una situación más madura, en países en que el desarrollo económico ha realizado las condiciones mismas de la organización socialista. Lo que fal-

(continuación de la nota de la página anterior)

Todos los números de «L'Internationale» pueden ser consultados en la Bibliothèque Nationale. Observemos que la revista «Jeune Taupe» (NDT.: «Joven Topo») del grupo «Pour une intervention Communiste» (NDT.: «Por una intervención Comunista») (47, rue St Honoré, 75001, Paris) ha publicado y publicará artículos extraídos de «L'Internationale», octavillas redactadas por l'Union Communiste.

V-Política exterior o solidaridad obrera. Simon Rubak

Un Estado es una forma estructural de una nación; debe tener, tanto en el exterior como en el interior, una política pronacional. En el exterior, si no la tiene, acaba por ser absorbido o tutelado por uno u otros Estados; está igualmente llamada a desaparecer si, en el interior, la nación se desagrega. Ahora bien, las naciones contienen categorías sociales distintas. Entre ellas, la de los capitalistas industriales y la de los obreros pertenecen cada una a una clase social que se extiende por todo el mundo pero se encuentra seccionada por las fronteras de los Estados. Estos últimos están obligados, pues, so pena de desaparición, a llamar al patriotismo, al nacionalismo o al chovinismo para aglomerar, en el interior de sus fronteras, las categorías sociales dispares y, en particular, las secciones nacionales antagonistas de la clase capitalista industrial y de la clase obrera.

Pero los límites nacionales no convienen al capitalismo porque es un sistema económico que necesita la «libre circulación de bienes» y la universalidad de los intercambios: los capitalistas han hecho abolir las fronteras, aduanas, disparidades monetarias feudales en la época de las diligencias y, en el tiempo de los aviones supersónicos, cada vez soportan peor las disparidades monetarias, aduanas y fronteras de los Estados. No dejan a éstos, por ejemplo, controlar verdaderamente el movimiento internacional de los capitales privados.

Las estructuras estatales no constituyen, en efecto, una necesidad absoluta para el sistema económico capitalista, en el cual se sitúan, en polos opuestos, el empresariado y los obreros; sin embargo, en la amplia medida y en todo lugar donde pueden, los capitalistas y, sobre todo, los grupos capi-

talistas muy poderosos utilizan para sus intereses económicos la autoridad de los Estados ejerciendo, en los pasillos del poder, *presiones* sobre la política de los gobernantes. Estos últimos conservan, en las relaciones de Estado a Estado, ciertos poderes soberanos, por ejemplo, en lo que concierne al protocolo, las visitas oficiales, los intercambios culturales, la diplomacia, los acuerdos o amenazas militares, la firma del desencadenamiento o del paro de hostilidades. Pero en cada país, los grupos capitalistas más poderosos usan su *influencia* para que sus intereses económicos, por lo demás, raramente convergentes, sean puestos por delante. De este modo llegan a hacer negocios *a favor* de la política exterior de sus gobiernos respectivos, pero también los hacen, a escala internacional, entre ellos, a título privado, sin la intermediación de los gobiernos. Los capitalistas mantienen de este modo las relaciones internacionales de su clase social, y por tanto su cohesión, aun cuando se produzcan vuelcos de alianzas, rupturas diplomáticas o conflictos armados.

Por su parte, los obreros, por el hecho de que pertenecen a una clase dominada, económica y socialmente sometida a la condición de inferior, no tienen estas posibilidades: ¡no es, a buen seguro, por su influencia en organismos oficiales como la Oficina Internacional del Trabajo o tal subcomisión de la O.N.U., ni por esos intermediarios como se realiza la cohesión internacional de la clase obrera! Y no es sino en una medida completamente mínima como esta cohesión puede realizarse a pesar de las fronteras, las distancias, los obstáculos lingüísticos, por las relaciones entre los obreros o entre sus organizaciones de base, relaciones frecuentemente prohibidas y, en ese caso, de una ilegalidad terriblemente peligrosa. Cuando los obreros consiguen la posibilidad de organizarse es, en el mejor de los casos, en un marco nacional y

carecen de medios para intervenir en el juego político exterior, comprendido el de su propio país. Ante todo por falta de información. Las comunicaciones diplomáticas, por mínima que sea su importancia -¡cuando tienen!- son secretas o confidenciales; el público no tiene conocimiento más que de informaciones sin significado claro y verídico, pero las noticias sensacionales son difundidas cuando se trata de conmover a la opinión con fines no confesados. En la política exterior de los Estados, los obreros no tienen un papel a jugar, papel de masa de maniobra, papel de engañados, más que en circunstancias excepcionales, en situaciones históricas críticas; el resto del tiempo, no son consultados ni informados.

Hay que reconocer que si la información fuese completa tampoco se vería más claro: en cada uno de los «alrededor de ciento veinte o ciento treinta Estados del planeta, existe un ministerio de Asuntos Exteriores en donde los policías y los funcionarios están en relaciones continuas o intermitentes con sus homólogos de todos los otros Estados para toda clase de cuestiones, territoriales, militares, marítimas, comerciales, de prestigio... Y el personal político y administrativo de cada Estado ve en los otros Estados a rivales, enemigos, aliados, se esfuerza en hacer o deshacer coaliciones y soporta, en el interior como en el exterior, presiones dispares, divergentes, convergentes u opuestas.

En esta madeja completamente enmarañada, toda «línea general» que parece desprenderse queda en el dominio de las hipótesis, todo pronóstico es azaroso, los «responsables» consultan a las echadoras de cartas, pues los mismos que detentan profesionalmente algunos extremos de los hilos de intrigas no saben nunca muy bien hasta dónde conducen estos hilos, ni por dónde ni cuándo se van a romper. Cuando se presentan nudos inextricables, los expertos, no sabiendo

por dónde agarrarse a ellos, se apresuran a trasladar la responsabilidad de los desenlaces hacia las opiniones públicas de reacciones simplistas. Estos expertos tienen, por lo demás, una visión curiosamente alegórica y aun antropomórfica de los Estados y de los acontecimientos internacionales, visión que no pueden expresar más que en términos cuyo sentido literal es absurdo. Y llegan a pensar verdaderamente que, como dicen, «China» puede «despertarse de un largo sueño», que «Moscú» puede «ver con muy malos ojos un acercamiento entre Washington y Pekín», que, «para el Quai d'Orsay», «Francia debe estar presente en el Océano Índico», que «Alemania ha ayudado a Italia a recuperarse», que «América acentúa su presión sobre América Latina», etc., etc... Este lenguaje, que impone a quienquiera que se interese en la política internacional una concepción mitológica, no es inocente del todo: con mucha frecuencia conduce a pavorosas ineptitudes, pero sobre todo conduce a asimilar territorios y sus habitantes a Estados y sus dirigentes, conduce pues a implicar, a comprometer en el juego y las maquinaciones de sus dirigentes-ellos mismos manejados por «presiones» e «influencias» de toda clase- a poblaciones natural o artificialmente reunidas en naciones. Cada una de éstas es presentada en bloque, de suerte que no se puede distinguir en él la diversidad de las personas y de las categorías sociales, y menos aún el antagonismo de las secciones de la clase capitalista y de la clase obrera que en él se encuentran. Es una trampa.

Tomar parte, de una manera o de otra, en la *política exterior*; es indefectiblemente tomar partido y a ciegas, sin informaciones completas verídicas, por contra un Estado, o Estados o grupos de Estados; es, por la manera misma de pensar, aceptar la integración, en la amalgama nacional, de toda clase de categorías sociales y, entre ellas, las secciones

antagonistas de la clase capitalista industrial y de la clase obrera. Cuando los obreros aceptan esta integración, esta unión de las clases en la nación, pierden de golpe, al instante, conciencia de su internacionalidad que constituye, sin embargo, con el número y con el papel en la producción, la fuerza de los trabajadores explotados. Desde ese momento no forman parte sino de una masa de maniobra para las políticas exteriores «influidas» de los Estados de los que se han hecho agentes de ejecución, engañados y víctimas. Y al mismo tiempo que traicionan a su clase abandonando el internacionalismo, como el 2 de agosto de 1914, pagan esta traición con su sangre.



Es difícil imaginar, para las secciones nacionales de la clase obrera, una «política exterior» más imperativa que la coordinación a escala internacional de sus luchas contra la clase capitalista mundial. ¿Qué victoria puede ella esperar, dada la repartición geográfica de las industrias en el planeta, si los trabajadores no son internacionalmente solidarios por medio de actividades concertadas, concretas y eficaces? El nacionalismo incluye a los obreros en la política exterior de los Estados; por el internacionalismo se desembarazan de esta política estatal en el sentido que la rechazan, es decir, que rehúsan totalmente interesarse en este juego retorcido, entrar en él, ser sus muñecos y su apuesta.

Espontáneamente, las poblaciones se desinteresan en tiempo de paz de los «asuntos exteriores», saca de enredos de los que la mayor parte de las gentes reconocen no comprender nada; en lo que se muestran, al menos, tan inteligentes como los que pretenden ver claro en ellos; en todo caso, es honesto y sano. Desgraciadamente, esta indiferencia, completamente pasiva, representa menos un verdadero rechazo que una renuncia momentánea: desde el momento en que se manifiesta una tensión entre «el extranjero» y el Estado al que

pertenecen, las gentes se sienten concernidas, por tanto en situación de envite si se dejan meter en el juego y se convierten en sus juguetes. Por el contrario, aquellos obreros que tienen conciencia de su internacionalidad no pueden ser, ni convertirse en ningún caso, en extranjeros los unos para los otros. La indiferencia en materia de política exterior adquiere entonces el carácter de un rechazo formal, de una negación del nacionalismo por una afirmación del internacionalismo obrero.

Es cierto que esta indiferencia deja las manos libres a los gobiernos que, precisamente, se guardan mucho de informar a la población por temor a que se mezcle en sus tratos y moleste sus intrigas. Pero jamás ha podido nadie impedir que se tramem intrigas y ni siquiera es siempre útil estorbarlas cuando basta impedir sus efectos para hacerlas inútiles. Si, en política exterior, los tratos cuyo objeto es, lo más frecuentemente, irrisorio, revisten una importancia espantosa, es únicamente porque poblaciones enteras aceptan y ejecutan decisiones tomadas por los politicastos y funcionarios de sus Estados respectivos, a continuación de negociaciones llevadas estrictamente entre ellos. Sin la adhesión nacionalista de los pueblos, las maniobras de política exterior serían tan fútiles como las de los estrategas del Café del Comercio.

La situación política internacional, a menos que se haga de ella una descripción aparentemente realista en el estilo alegórico y antropomórfico de los especialistas, puede -¡he aquí al iconoclasta que va a hacer una imagen!- compararse a una especie de juego de ajedrez con ciento treinta jugadores que no disponen todos de las mismas piezas, en que cada pieza perdida causa la ruina, la miseria, el sufrimiento o la muerte de una multitud de gentes. ¿Cómo pueden estos últimos escapar a su suerte? Ciertamente no si se interesan en el juego, de



modo que ayuden a los jugadores, sino más bien tirando el tablero al suelo a fin de impedir el desarrollo de una partida tan monstruosa. ¿No se dice «una sola solución, la revolución»? La única política exterior verdaderamente eficaz de los obreros de cada país para realizar esta solución no es otra que la coordinación internacional de sus esfuerzos, con un estado de espíritu de solidaridad internacionalista, en una lucha de clase que se desarrolla esencialmente, se quiera o no, a escala mundial.

Simon RUBAK



LA TRAGEDIA RUSA

LA CAPITULACIÓN DE BREST-LITOVSK

Por Rosa LUXEMBURGO
(Septiembre de 1918)

Después de la paz de Brest-Litovsk, la revolución rusa está en una mala situación. La política que ha guiado a los bolcheviques es evidente: la paz a toda costa para tener un respiro, establecer y afirmar mientras tanto la dictadura proletaria en Rusia, realizar el mayor número posible de reformas en el sentido del socialismo y esperar así que estalle la revolución proletaria internacional, apresurar conjuntamente su advenimiento por el ejemplo ruso. Las masas populares rusas tenían más que suficiente de la guerra, el zarismo había dejado tras de sí un ejército desorganizado, la prosecución de la guerra parecía, pues, deber desembocar a buen seguro en una vana masacre de Rusia y no había otra salida posible que una conclusión rápida de la paz. Es así como Lenin y sus amigos hacían el balance.

Éste les era dictado por dos convicciones puramente revolucionarias: una fe inquebrantable en la revolución europea del proletariado, que constituía para ellos la única salida y la consecuencia inevitable de la guerra mundial y la decisión no menos inquebrantable defender hasta el final el poder que habían conquistado en Rusia a fin de servirse de él para realizar el más enérgico y radical de los cambios.

Pero era, en su mayor parte, un balance hecho a espaldas del propietario, en otros términos, sin el militarismo alemán al que Rusia se ha entregado atada de pies y manos por

la paz separada. De hecho, la paz de Brest no es sino una capitulación del proletariado revolucionario ruso ante el imperialismo alemán. Ciertamente, Lenin y sus amigos no se han engañado sobre los hechos, como tampoco han engañado a los otros. Han reconocido la capitulación sin rodeos. Desgraciadamente, se han extraviado en la esperanza de poder comprar un verdadero respiro al precio de esta capitulación, de poder escapar realmente del infierno de la guerra mundial por una paz separada. No han tenido en cuenta el hecho de que la capitulación de Rusia en Brest-Litovsk tendría como consecuencia un enorme fortalecimiento de la política imperialista pangermánica y debilitaría, por ahí mismo, las posibilidades de un levantamiento revolucionario en Alemania, no conduciría de ningún modo al fin de las hostilidades con Alemania sino que introduciría simplemente un nuevo capítulo de esta guerra.

En efecto, la «paz» de Brest-Litovsk es una quimera. La paz no ha reinado un solo instante entre Rusia y Alemania. Después de Brest-Litovsk y hasta hoy, la guerra ha continuado, una guerra particular, unilateral: avance alemán sistemático y repliegue silencioso de los bolcheviques, paso a paso. La ocupación de Ucrania, de Finlandia, de Livonia, de Crimea, del Cáucaso, de un número incesantemente creciente de territorios de Rusia del Sur, he ahí el resultado del «estado de paz» que reina después de Brest-Litovsk.

Y esto quería decir: primeramente, el aplastamiento de la revolución y la victoria de la contrarrevolución en todos los feudos revolucionarios de Rusia. Pues Finlandia, los países bálticos, Ucrania, el Cáucaso, los territorios del mar Negro, todo esto, es *Rusia*, es decir, el terreno de la *revolución rusa*, mal que les pese a los fraseólogos hueros y pequeñoburgueses que parlotean sobre «el derecho de las naciones a la autode-

terminación».

En segundo lugar, esto quiere decir que la parte gran-rusa del terreno revolucionario es cortada de las regiones con trigo, carbón, mineral, petróleo, es decir, de las fuentes de vida esenciales de la revolución.

En tercer lugar, todos los elementos contrarrevolucionarios del interior de Rusia encuentran ahí ánimo y refuerzo con miras a una resistencia encarnizada contra los bolcheviques y las medidas que toman.

En cuarto lugar, Alemania se ve asignar un papel de árbitro en las relaciones políticas y económicas de Rusia con sus propias provincias -Finlandia, Polonia, Lituania, Ucrania, Cáucaso- y con sus vecinos, Rumanía.

La consecuencia general de esta ingerencia ilimitada de Alemania en los asuntos de Rusia es muy evidentemente un monstruoso fortalecimiento de la posición del imperialismo alemán tanto en el interior como en el exterior, lo que calienta al rojo vivo la resistencia y la voluntad belicosa de los países de la Entente y significa por tanto la prolongación y el endurecimiento de la guerra mundial. Y más aún: la falta de resistencia por parte de Rusia que han revelado los progresos sin trabas de la ocupación alemana, debía muy naturalmente seducir a la Entente y a Japón con la posibilidad de una contraofensiva en territorio ruso a fin de evitar un desequilibrio considerable en favor de Alemania y satisfacer conjuntamente los apetitos imperialistas a expensas de un coloso sin defensa. En el presente, se le quita el Norte y el Este de la Rusia europea así como toda Siberia y se les arrebatada así a los bolcheviques sus últimas fuentes vitales.

Así, la revolución rusa, gracias en definitiva a la paz de Brest, está cercada, hambrienta, hostigada por todas partes.

Pero incluso en el interior, en el terreno que Alemania

ha tenido a bien dejarle a los bolcheviques, se ha obligado al poder y a la política de la revolución a desviarse del camino recto. *Los atentados contra Mirbach y Eichhorn (1) son una respuesta muy comprensible al régimen de terror que el imperialismo alemán hace reinar en Rusia.* Ciertamente, la socialdemocracia ha denunciado siempre el terror individual, pero únicamente porque le oponía un medio más eficaz, la lucha de masas y no porque prefería en su lugar la aceptación pasiva de la dictadura reaccionaria. *Pretender que los socialistas revolucionarios de izquierda han cometido estos atentados por instigación de la Entente o por cuenta de ésta, constituye a buen seguro una de las falsificaciones del W.T.B. (2).* O bien estos atentados debían dar la señal de un levantamiento de masas contra la hegemonía alemana, o bien se trataba de actos de venganza impulsivos, motivados por la desesperación y el odio al régimen sangriento que hace reinar Alemania. Cualesquiera hayan sido las intenciones subyacentes, eran portadores de un gran peligro para la causa de la revolución en Rusia, el de una escisión en el interior del reagrupamiento socialista establecido hasta el presente. *Han abierto una brecha entre los bolcheviques y los socialistas revolucionarios de izquierda o, más aún, han cavado el foso, han suscitado una enemistad a muerte entre las dos alas del ejército de la revolución.*

Ciertamente, las diferencias sociales -el contraste entre el campesinado pudiente y el proletariado rural, entre otras

(1) El asesinato del conde Mirbach, embajador de Alemania en Moscú, en julio de 1918, fue la señal del desencadenamiento de la insurrección de los S.R. de Izquierda (Ver nuestro cap.II,p.76 bajo epígrafe ‘Necesidad de la guerra rev.’).

(2) W.T.B.: Wolffs Telegraphisches Buro, Agencia de Prensa.

cosas- también habrían llevado tarde o temprano a la ruptura entre los bolcheviques y los socialistas revolucionarios de izquierda. Pero hasta el atentado contra Mirbach, no parecía que las cosas hubiesen llegado a eso. *En todo caso, es un hecho que los socialistas revolucionarios de izquierda daban su apoyo a los bolcheviques. La revolución de Noviembre que ha llevado a los bolcheviques al timón, la disolución de la Constituyente, las reformas que los bolcheviques han realizado hasta el presente, difícilmente habrían sido posibles sin la colaboración de los socialistas revolucionarios de izquierda. Brest-Litovsk y sus consecuencias han abierto la primera brecha entre las dos corrientes. El imperialismo alemán juega hoy el papel de árbitro en las relaciones de los bolcheviques con aquéllos que eran sus aliados en la revolución, lo mismo que arbitra sus relaciones con las provincias que bordean Rusia y los Estados vecinos. Todo esto, bien evidentemente, no hace sino acrecentar las oposiciones ya considerables al poder y al trabajo de reformas de los bolcheviques, no hace sino estrechar la base sobre la que reposa su poder. El conflicto interno y la escisión entre los elementos heterogéneos de la revolución rusa eran, sin duda, inevitables en sí, como son inevitables en todo proceso de radicalización de una revolución en marcha. Pero ahora el conflicto ha sobrevenido, de hecho, a propósito de la dictadura del sable que ejerce Alemania sobre la revolución rusa. El imperialismo alemán es el cuchillo que hurga en la herida de la revolución rusa.*

¡Pero ahí no paran todos los peligros! La argolla de bronce de la guerra mundial que parecía rota al Este, se vuelve a cerrar alrededor de Rusia y del mundo entero sin la menor fisura: la Entente avanza por el Norte y por el Este con los Checoslovacos y los Japoneses, consecuencia natural e

inevitable del avance de Alemania por el Oeste y el Sur. Las llamas de la guerra mundial lamen ya el suelo ruso y convergerán pronto sobre la revolución rusa. A fin de cuentas, se ha revelado imposible para Rusia parapetarse aisladamente de la guerra mundial, aunque fuese al precio de los más grandes sacrificios.

Y ahora, la peor de las amenazas acecha a los bolcheviques al término de su calvario: ¡se ve aproximarse el espectro siniestro de una alianza entre los bolcheviques y Alemania! Eso sería, sin ninguna duda, el último eslabón de la cadena fatal que la guerra mundial ha echado al cuello de la revolución rusa: primero el repliegue, después la capitulación y finalmente la alianza con el imperialismo alemán. Así, la guerra mundial a la que quería escapar a toda costa no haría más que precipitar la revolución rusa en las antípodas: del campo de la Entente bajo el zar, pasaría al campo de Alemania bajo los bolcheviques.

Que el primer gesto del proletariado revolucionario ruso después de la explosión de la revolución haya sido dejar el bando del imperialismo francoinglés, no permanece sino como un hecho de gloria. Pero, teniendo en cuenta la situación internacional, entrar en el bando del imperialismo alemán es aún mucho peor.

Trotsky habría declarado que si Rusia tuviese la elección entre la ocupación japonesa y la ocupación alemana, aquélla elegiría esta última porque Alemania está mucho más madura para la revolución que Japón. Esta especulación es manifiestamente rebuscada. Pues Japón no está solo en juego en tanto que adversario de Alemania, se trata también de Inglaterra y de Francia, y nadie puede decir si las condiciones internas son allí más o menos favorables a la revolución proletaria que en Alemania. El razonamiento de Trotsky es falso

a priori en la medida en que cada fortalecimiento y cada victoria del militarismo alemán quebranta las perspectivas y la eventualidad de una revolución en Alemania.

Pero además de estos argumentos pretendidamente realistas, hay otros que hay que tomar en consideración. Una alianza de los bolcheviques con el imperialismo alemán asestaría al socialismo internacional el golpe moral más terrible que aún pudiese serle infligido. Rusia era el último refugio donde el socialismo revolucionario, la pureza de los principios, los ideales aún tenían curso; los elementos auténticamente socialistas en Alemania y en toda Europa dirigían sus miradas hacia ella a fin de curarse del hastío que suscita la práctica del movimiento obrero de Europa occidental, a fin de armarse de valor para perseverar y creer aún en las obras ideales, en las palabras sagradas. Con el «emparejamiento» grotesco de Lenin y de Hindenburg se extinguiría en el Este la fuente de luz moral. Es muy evidente que los dirigentes alemanes ponen el cuchillo en la garganta del gobierno soviético y se aprovechan de su situación desesperada para imponerle esta alianza contra natura. Pero nosotros esperamos que Lenin y sus amigos no cederán a ningún precio, que serán categóricos en su respuesta a esta provocación: ¡hasta ahí y no más allá!

Una revolución socialista sentada sobre las bayonetas alemanas, una dictadura proletaria bajo la jurisdicción protectora del imperialismo alemán, he ahí lo que sería para nosotros un espectáculo de una monstruosidad inigualada. Y sería, por añadidura, *pura y simplemente una utopía*. Sin contar con que el prestigio de los bolcheviques en su propio país sería aniquilado; perderían toda libertad de acción, toda independencia, incluso interior, y al poco tiempo desaparecerían totalmente de la escena. Incluso un niño habría discernido desde hace tiempo que Alemania sólo duda, pero acecha la

ocasión que le permita, con ayuda de los Miliukov, de cualesquiera atamanes y de Dios sabe qué sombríos hombres de honor y de paja, poner término al poder bolchevique, obligar a Lenin y a sus amigos a estrangular este poder con sus propias manos, después de haberles hecho jugar, como a los Ucrrianos, a los Lubinski y consortes, el papel de caballo de Troya.

Es únicamente *entonces* cuando todos los sacrificios consentidos hasta el presente, el gran sacrificio de la paz de Brest, lo habrían sido en vano; pues, a fin de cuentas, la habrían comprado al precio de la bancarrota moral. Cualquier declive político de los bolcheviques en un combate leal contra fuerzas demasiado poderosas y la adversidad de la situación histórica sería preferible a esta decadencia moral.

Los bolcheviques han cometido ciertamente más de una falta en su política y todavía cometen, sin duda; ¡que nos ci-ten una revolución en que no se ha cometido ninguna falta! La idea de una política revolucionaria sin fallo es muy digna de un maestro de escuela alemán. Si en una situación excepcional, una simple votación en el Reichstag ya hace perder la «cabeza» a los «jefes» del socialismo alemán, mientras que les es claramente trazada la vía por el abc del socialismo, si entonces su corazón se les sale del pecho y si ahí pierden todo su socialismo como una lección mal aprendida, ¿cómo se quiere que un partido colocado en una situación histórica verdaderamente espinosa e inédita, en que quiere trazar nuevas vías para el mundo entero, cómo se quiere que no cometa faltas?

Sin embargo, la situación fatal en que se encuentran hoy los bolcheviques, así como la mayor parte de sus faltas son ellas mismas consecuencia del carácter fundamentalmente insoluble del problema al que les ha enfrentado el proletariado internacional y, sobre todo, el proletariado alemán. Estable-

cer una dictadura proletaria y realizar un cambio socialista en un solo país, cercado por la hegemonía esclerosa de la reacción imperialista y asaltado por una guerra mundial, la más sangrienta de la historia humana, es la cuadratura del círculo. *Todo* partido socialista estaba condenado a fracasar ante esta tarea y a perecer, tanto si está guiado en su política por la voluntad de vencer y la fe en el socialismo internacional, como por la renuncia a sí mismo.

Nos gustaría ver en acción a esos fofos llorones, los Axelrod, los Dan, los Grigoriant y compañía que, echando espumarajos por la boca, vituperan a los bolcheviques y propalan sus miserias en el extranjero, hallando en ello -¡y de qué manera!- almas compasivas, las de héroes tales como Ströbel, Bernstein y Kautsky, ¡nos gustaría mucho ver a estos Alemanes en el lugar de los bolcheviques! Toda su sabiduría sutil se limitaría a una alianza con los Miliukov en el interior, con la Entente en el exterior, renunciarían conscientemente a realizar la más pequeña reforma socialista o incluso a emprenderla, en virtud de esa célebre prudencia de castrado según la cual Rusia es un país agrario en que el capitalismo no está todavía a punto.

He aquí, ciertamente, la falsa lógica de la situación objetiva: *todo* partido socialista que acceda hoy al poder en Rusia está *condenado* a adoptar una falsa táctica mientras el grueso del ejército proletario internacional, del que forma parte, le falte al compromiso.

La responsabilidad de las faltas de los bolcheviques incumbe en primer lugar al proletariado internacional y sobre todo a la bajeza persistente y sin precedentes de la socialdemocracia alemana, partido que pretendía en tiempo de paz marchar a la cabeza del proletariado mundial, se atribuía el privilegio de adoctrinar y dirigir a todo el mundo, contaba en

el país al menos diez millones de partidarios de ambos sexos y que ahora crucifica al socialismo treinta y seis veces al día bajo órdenes de las clases dirigentes, como los lacayos venales de la Edad Media.

Las noticias que nos llegan hoy de Rusia y la situación de los bolcheviques son un llamamiento conmovedor a la última chispa de sentimiento del honor que dormita aún en las masas de obreros y de soldados alemanes. Ellos han permitido a sangre fría que la revolución rusa sea despedazada,cerca-da, matada de hambre. Ojalá que puedan a la duodécima hora salvarla al menos del colmo del horror: el suicidio moral, la alianza con el imperialismo alemán.

No hay más que una sola salida al drama que se ha trabado en Rusia: la insurrección cayendo sobre la retaguardia del imperialismo alemán, el levantamiento de las masas alemanas que darían la señal de una terminación revolucionaria internacional del genocidio. La salvación del honor de la revolución rusa coincide, en esta hora fatal, con la salvación del honor del proletariado alemán y del socialismo internacional.

Spartacusbriefe n° 11, septiembre
de 1918, pp. 181-186

(Los pasajes sobre los S.R. de izquierda están subrayados por nosotros).(NDT: por el autor de la obra)

BIBLIOGRAFÍA

- Los bolcheviques y la revolución de octubre*
(actas del C.C.del partido bolchevique,
agosto del 17-febrero del 18) ed. Maspéro, B.S. nº 4
- Primer congreso de la Internacional Comunista*
E.D.I. Paris
- Tomo 27 de las Obras completas de Lenin*
(febrero-julio de 1918) ed. Sociales
- El año I de la Revolución rusa (3 tomos)*
de Victor Serge ed. Maspéro, pequeña
col. nº 88-89-90
- Los bolcheviques y la oposición, orígenes
del absolutismo comunista, 1er estadio*
1917-22 de Léonard Schapiro ed. Les îles d'or
- El terror bajo Lenin, de Jacques Baynac*
ed. Sagittaire
- Los bolcheviques y el control obrero, 1917-1921-
El Estado y la contrarrevolución*
de Maurice Brinton cuadernos Autogestión
y socialismo, 24-25
- La revolución rusa de Rosa Luxemburgo*
ed. Spartacus, A.4

-*El Folleto de Junius* de Rosa Luxemburgo
ed. La Taupe

-*Cartas y octavillas de Spartacus, 1916-18-
Contra la guerra, por la revolución*
Rosa Luxemburgo ed. Spartacus, C

-*La revolución bolchevique (tomos 2y3),*
de E-H. Carr ed. de Minuit

-*Rapallo, nacimiento de un mito,*
de Rena Bourzanel ed. A. Colin, fundación
nacional de ciencias
políticas

-*La oposición obrera,*
de Alexandra Kollontai ed. Le Seuil

-*La vida de Lenin (tomo I),*
de Louis Fischer U.G.E. col. 10/18,
nº 558-9-60

-*Lenin,*
de David Shub ed. Gallimard,col. Idées
nº 269

-*Trotsky, el profeta armado (tomo2)*
de Isaac Deutscher U.G.E. col. 10/18, nº
688

-*Democracia de los trabajadores o dictadura
del partido, textos de comunistas de izquierda*

y de la oposición obrera (prefacio de Oskar Anweiler), en español. ed. Zero, s.a.

-La conciencia de la revolución,
de R.V. Daniels, en inglés. Harvard University
Press, 1960

-Historia de la revolución rusa,
de León Trotsky (2 tomos) ed. Le Seuil-Politique,
nº 11-12

-Terrorismo y comunismo, de León Trotsky
U.G.E., col. 10/18,
nº 128-29

-Las relaciones de producción en Rusia,
de Chaulieu-Castoriadis, en La sociedad
burocrática (tomo I) U.G.E., col. 10/18,
nº 751

-La revolución desconocida,
de Voline ed. Belfond

-Pannekoek y los Consejos obreros,
de S. Bricianer E.D.I.

-Puesta a punto sobre la revolución rusa,
del grupo «Por una Intervención comunista»
Folleto Jeune Taupe
(por aparecer)

*Nota: Los títulos de las obras citadas están en francés,
como sus editoriales.*



**Una clarificación necesaria
sobre las posiciones de los
socialistas revolucionarias de izquierda
(Rusia 1917/1918)***

«A este propósito, esta mañana, mientras arreglaba las flores con un cuidado meticuloso, hojeando ocasionalmente mi atlas botánico para verificar un detalle cualquiera, esta mañana, pues, he tenido bruscamente la sensación de que yo misma me ilusiono a propósito, meciéndome con la idea de que continúo llevando una vida humana normal, mientras que en realidad reina a todo mi alrededor un clima de fin del mundo. Quizás sean especialmente las 200 «ejecuciones de rehenes» de Moscú, que ayer leí en el periódico, las que me han afectado de esta manera.»

**Rosa Luxemburgo, Carta a Luisa Kautsky
Prisión de Breslau (25/07/1918).**

En este extracto de su correspondencia, Rosa Luxemburgo hace alusión a la represión sangrienta, el 7 y 8 de julio de 1918 en Moscú, del levantamiento de los socialistas-revolucionarios de izquierda por los bolcheviques. Sobre estos acontecimientos, sobre sus causas y sus consecuencias, las ediciones *Spartacus* publican textos que han permanecido en el olvido e inéditos en Francia desde su apari-

*Esta «Clarificación» ha sido publicada como parte final del libro **Los socialistas-revolucionarios de izquierda en la Revolución Rusa**, Serie B, nº 122, editado por:

LES AMIS DE SPARTACUS
8, impasse Crozatier 75012 Paris

Su autor ha creído apropiado publicar juntos «El Tratado de Brest-Litovsk» y la «Clarificación» en esta edición española, al referirse ambos al mismo tema: la Revolución rusa.

ción en Ginebra en 1918. Se componen, a la vez, de artículos redactados S.R. de izquierda que escaparon a la represión, como I. Steinberg y A. Schreider, de resoluciones cruciales que arrastraron al partido S.R. de izquierda a la vía de la oposición frontal a la política de los bolcheviques, y de citas comentadas de la prensa alemana y francesa de la época. Aparte el interés de una lectura puesta a disposición tras 65 años de silencio, este conjunto de textos ofrece el de provocar una nueva reflexión sobre el proceso de la revolución rusa. En efecto:

-Aporta un esclarecimiento adicional sobre el período fundamental para esta revolución que fueron los nueve primeros meses de evolución interior y exterior del «poder proletario» (octubre 1917/julio 1918);

-Confirma el papel decisivo jugado por la firma de la paz con Alemania (Tratado de Brest-Litovsk) y sus implicaciones políticas en la disgregación del movimiento revolucionario;

-Finalmente, contra las falsificaciones de todo género de la historiografía bolchevique, contribuye a aportar informaciones sobre lo que fueron las verdaderas posiciones de los S.R. de izquierda. Hasta el presente, sólo unos pocos libros habían arrojado luz sobre esto, pero eran difíciles de consultar. Hay que señalar la obra de L. Schapiro titulada *Los bolcheviques y la oposición* (ed. Les îles d'or, 1957) y, por supuesto, la de I. Steinberg *Recuerdos de un comisario del pueblo* (ed. Gallimard, 1930). Gracias a estas informaciones, podemos llevar a cabo mejor una crítica del partido de los S.R. de izquierda evitando caer en la interpretación del partido bolchevique que deformó la realidad con el fin de justificar su lucha por conservar el poder y la instauración de su dictadura sobre los soviets.

I. Octubre 1917/julio 1918: un período fundamental

«Ciertamente, la lucha contra los S.R. de izquierda va a fragmentar todavía durante algún tiempo al menos las organizaciones soviéticas. Pero la victoria fortalece el prestigio de los bolcheviques y les da más confianza en ellos mismos. Tras los anarquistas, los S.R. de izquierda son vencidos en unas horas. Los partidos de oposición van a meditar estas lecciones. Si los bolcheviques tienen la destreza de no englobar en sus ataques contra los líderes S.R. de izquierda a toda la masa campesina inscrita en este partido, recobrarán rápidamente su influencia en estos ambientes.»

Jacques Sadoul, «Carta a Albert Thomas»,
Moscú, 7 de julio de 1918.

(Cf. *Notas sobre la revolución bolchevique*, ed. Maspéro.)

En julio de 1918, el proceso revolucionario proletario comenzado en Rusia a partir del mes de febrero de 1917 (formación de los Soviets) se encuentra en un callejón sin salida y será liquidado definitivamente en el curso de los años siguientes (el levantamiento de Cronstadt en marzo de 1921 fue la última reacción importante de la clase obrera que reclamaba «¡Todo el poder a los soviets, y no al partido!»). En efecto, en aquel momento, la represión contra los S.R. de izquierda tras su intento de insurrección representa la última etapa de una confiscación del poder que los bolcheviques habían comenzado ya con su golpe de Estado político-militar de octubre de 1917. Los nueve meses transcurridos desde esa fecha se revelan, pues, como el «período fundamental» de la revolución rusa: aquel en que todo se trama y todo se juega de modo decisivo. A lo largo de los días y de las semanas, la evolución de los acontecimientos conduce a la asfixia

del proceso proletario aprisionado entre una contrarrevolución interior que se desarrolla en su seno después de la toma del poder por los bolcheviques y las maniobras exteriores de los diversos imperialismos a causa de la situación creada por la repercusión de la guerra mundial.

Como constata J. Sadoul que, miembro de la Misión popular francesa en Rusia, se unirá a los bolcheviques, éstos acabarán por obtener una victoria total. De este modo establecen la dictadura de su partido a expensas de los órganos que representan la dinámica social del movimiento en ruptura con el capitalismo: los Soviets o Consejos obreros quedan poco a poco vacíos de todo poder y no serán mantenidos más que bajo una forma institucional destinada a enmascarar la dominación de la burocracia. Como consecuencia de su ruptura parcial, no revolucionaria, con la Socialdemocracia (por ej.: las consignas de Lenin sobre el «derrotismo revolucionario» y la «transformación de la guerra imperialista en guerra civil» serán reemplazadas por las de «paz a toda costa» y de «defensa de la patria socialista» después de octubre de 1917) los bolcheviques serán llevados a jugar el papel de principal factor activo de la contrarrevolución en el interior del proceso proletario. Esto se verifica a través de *varios hechos*:

- *El substitutismo del partido bolchevique con respecto a los soviets en la toma y el ejercicio del poder*: la insurrección fue concebida y se desarrolló como un «golpe de Estado» tendente a un simple derrocamiento del gobierno de Kerensky (sobre todo en Petrogrado: *cf.* la toma del palacio de invierno), y después a su substitución por un gobierno de «comisarios del pueblo» colocado bajo el control directo y mayoritario de los bolchviques. De este modo era aplicada una especie de prolongación de la vieja concepción de Marx

sobre la «conquista del poder político» que databa del «Manifiesto» (1848). Sin embargo, éste había cambiado su concepción a la luz de la experiencia proletaria de la Comuna: en «La Guerra Civil en Francia» (1871), había subrayado, en efecto, la necesidad para la clase obrera de no «contentarse con tomar tal cual el aparato de Estado y hacerlo funcionar por su propia cuenta»(!). Marx había llegado a la teoría de la «destrucción del Estado» por un movimiento social del proletariado en ruptura con el capitalismo.

- *La identificación del partido bolchevique con un Estado capitalista no destruido por los acontecimientos de octubre de 1917 y bautizado como «Estado proletario»:* el Partido-Estado fue el motor del desarrollo de la clase capitalista bajo una forma burocrática y se dotó rápidamente de los principales órganos de represión (creación de la Checa - policía política - desde diciembre de 1917, constitución de un «Ejército Rojo» bajo la férula de Trotsky y con criterios estrictamente nacionalistas que iban hasta la reintegración de antiguos oficiales zaristas).

- *La aplicación de un programa económico de desarrollo del capitalismo de Estado:* nacionalizaciones, «control obrero» sobre la producción, reforma agraria, etc., que había sido definido mucho antes de octubre de 1917 (*cf.* por ejemplo las «tesis de abril» de Lenin) y que fue confirmado desde el día siguiente de la toma del poder: «La vanguardia más consciente del proletariado de Rusia se ha asignado ya la tarea de desarrollar la disciplina del trabajo (...). Hay que inscribir en el orden del día, introducir prácticamente y poner a prueba el salario a destajo; aplicar los numerosos elementos científicos y progresivos que comporta el sistema Taylor, hacer los sala-

rios proporcionales al balance general de tal o cual producción o a los resultados de la explotación de los ferrocarriles, de los transportes navales, etc., etc.» («Las tareas inmediatas del poder de los soviets» redactado por Lenin en marzo-abril de 1918).

Empujado hacia objetivos tales como el capitalismo de Estado, calificado, a la manera de Hilferding y de la Socialdemocracia, de «paso adelante» o de «antesala del socialismo» y la espera de una «revolución internacional» concebida como el desencadenamiento de movimientos controlados por los bolcheviques para aportar su apoyo al fortalecimiento del Estado ruso (¡objetivo al que tenderá un año más tarde, en marzo de 1919, la fundación de la III Internacional!), el proceso proletario no podía más que desembocar rápidamente en un callejón sin salida y sucumbir frente al triunfo de la contrarrevolución. Tanto más cuanto que las luchas autónomas en otros países, especialmente en Alemania, no consiguieron extender la dinámica revolucionaria a escala mundial y fueron desviadas de su terreno de clase por las tácticas bolcheviques impuestas en el seno de la III Internacional (*cf.*, a este respecto, el libro de Otto Rühle titulado «*Fascismo pardo, Fascismo rojo*» y publicado por las ed. Spartacus, que denuncia las maniobras del emisario bolchevique en Alemania: K. Radek).

Desde octubre de 1917 a julio de 1918, la lucha política entre partidos que se enfrentaban por la dirección y la gestión del nuevo Estado va a imponerse a la expresión independiente del proletariado a través de los soviets. Las diferentes fases de esta lucha son: la disolución de la Constituyente y la eliminación de los S.R. de derecha así como de los restos mencheviques (enero de 1918), el desarme de los anarquistas - «Guardia Negra» - y la represión contra ellos (abril de 1918) y finalmente la liquidación de los S.R. de izquierda tras su in-

tento de insurrección (julio de 1918). Sobre el significado del callejón sin salida que representa el enfrentamiento entre los bolcheviques y los S.R. de izquierda, Victor Serge recoge una expresión de Trotsky: «el fin del bloque soviético», y constata claramente lo que esto conlleva:

«La declaración fuera de la ley de los socialistas de contrarrevolución y la ruptura con los anarquistas y los socialistas-revolucionarios de izquierda tienen como consecuencia el monopolio político del Partido Comunista y, de hecho, la extinción de la constitución. Si ya no hay debates políticos entre partidos que representan, por medio de matices de la opinión, diferentes intereses sociales, las instituciones soviéticas, comenzando por los soviets y acabando por el Vtsik y por el Consejo de los comisarios del pueblo, en que los comunistas están solos, funcionan en vacío, todas las decisiones son tomadas por el partido, aquéllas no hacen más que poner su sello oficial».

V. Serge, «El año I de la revolución rusa»
(tomo II, pequeña colección Maspéro)

Es digno de notar que en la época en que son escritas estas líneas, su autor es un partidario y no un adversario del bolchevismo, lo que las hace todavía más interesantes.

II. Tratado de Brest - Litovsk: un papel decisivo en la disgregación del proceso revolucionario

Entre todas las divergencias que oponían a los S.R. de izquierda a los bolcheviques, fue su oposición feroz a la firma del Tratado de Brest-Litovsk la que provocó la ruptura en el seno del gobierno establecido después de octubre de 1917 (tras el 2º congreso panruso de los soviets rurales, el 9 de diciembre, siete dirigentes de los S.R. de izquierda habían en-

trado en el Consejo de los Comisarios del Pueblo):

«A las primeras noticias de la ofensiva de los alemanes tras la ruptura de las negociaciones de Brest, la corriente capituladora, inseparable del nombre de Lenin, se hizo preponderante; los adeptos de esta tendencia tomaron como consigna: ceder en toda la línea al imperialismo alemán a fin de salvar la República de los soviets. El partido de los socialistas-revolucionarios de izquierda no ha podido resignarse a esta ruptura con todas las tradiciones de la revolución social, y para salvar el espíritu mismo de la revolución de noviembre, los socialistas revolucionarios de izquierda han dejado el gobierno.»

I. Steinberg, *cf.* «Los acontecimientos del 4 al 7 de julio en Moscú» (texto publicado en *Los Socialistas-Revolucionarios de izquierda en la Revolución Rusa, serie B, n° 122, editado por SPARTACUS*).

Fue el 19 de marzo de 1918 cuando los representantes de los S.R. de izquierda presentaron su dimisión en el Consejo de los Comisarios del Pueblo para marcar su oposición resuelta a la ratificación del tratado de paz separada. Este acto ponía fin al efímero gobierno de coalición con los bolcheviques, pero el partido de los S.R. de izquierda iba a practicar todavía, durante poco más de tres meses, una política de «apoyo crítico» al gobierno central en el marco de las instituciones soviéticas. I. Steinberg se explica así:

«Es cierto que en el cuarto Congreso de los Soviets, la resolución del partido de los socialistas-revolucionarios de izquierda, por la cual éste protestaba contra la ratificación de la paz de Brest, no ha obtenido más que 300 votos contra 700 que han votado por la paz. Sin embargo, hemos juzgado necesario, sin romper con la República de los Soviets como tal, someter nuestras divergencias al juicio de las masas populares aun continuando el trabajo en las instituciones de la República distintas al Gobierno Supremo. Hemos admitido que la re-solución aceptada en el congreso había sido dictada, no por un cálculo minucioso de las consecuencias internas e internacionales de este voto, sino por el deseo ardiente de paz y de reposo de que estaban animadas las masas campesinas y

los soldados a pesar de la razón de clase y a pesar de su deber revolucionario.» (ídem)

En este IV Congreso panruso de los Soviets, los comunistas de izquierda (en número de 68) no hicieron más que abstenerse, rehusando poner en tela de juicio la unidad del partido bolchevique. Los S.R. de izquierda habían esperado hacer una alianza con ellos: a finales de febrero y principios de marzo, intentaron gestiones cerca de Piatakov, Bujarin y, sin duda, otros dirigentes de esta corriente. Según L. Schapiro, les propusieron formar un gobierno de coalición... y consideraron incluso detener a Lenin durante 24 horas para declarar la guerra a Alemania (!). A pesar de ciertas actividades fraccionarias, como la publicación de 4 números del periódico «El Comunista», los comunistas de izquierda siguieron siendo una tendencia dentro del partido bolchevique y sus críticas de fondo, desarrolladas durante las negociaciones de paz y después durante algún tiempo tras la firma del tratado, fueron reabsorbidas poco a poco a lo largo de los meses o se transformaron en temas de oposición «democrática» u «obrero» en el seno del partido.

Las consecuencias del tratado de paz desmintieron el análisis de Lenin, que contaba con una «tregua» para consolidar las «conquistas de Octubre»: en efecto, yendo más allá de las cláusulas establecidas en Brest-Litovsk, las tropas del imperialismo alemán prosiguieron su avance, anexionándose regiones enteras (Ucrania, Don, Crimea) que estaban entre las más ricas de Rusia. Después de haber intentado negociar un apoyo cerca de los imperialismos de la Entente, adversarios de los imperios centrales de los que formaban parte Alemania y Austria-Hungría, el gobierno bolchevique inició otro giro entablando nuevas conversaciones con el invasor. Por la obtención de concesiones aún más duras que en Brest-Litovsk (*cf.* el ultimátum del 10 de junio de 1918 exigiendo el regreso

de la flota rusa a Sebastopol, de la que sólo una parte se hundió voluntariamente), el imperialismo alemán detentaba medios de presión considerables sobre la política, tanto exterior como interior, de los soviets.

Contando con muchos partidarios entre los marinos del Mar Negro, así como del Báltico, entre las masas campesinas de las regiones ocupadas o amenazadas de serlo, los S.R. de izquierda radicalizaron más sus posiciones bajo la presión de estos acontecimientos. Evolucionaron desde una actitud de «apoyo crítico» a la de «sabotaje querido de la paz de Brest- Litovsk». A finales de junio de 1918 llamaron abiertamente a la resistencia armada contra los alemanes y reclamaron la expulsión de su embajador en Moscú, el conde von Mirbach. Empezaron también una gran campaña de agitación en el ejército, en el frente, y el 24 de junio, su Comité central decidió «entregarse» a una serie de actos terroristas contra los principales representantes del imperialismo alemán. El asesinato del conde Mirbach, el 6 de julio, fue la señal de la ofensiva armada de los S.R. de izquierda para forzar la decisión de los soviets, que estaban bajo la influencia mayoritaria de los bolcheviques. Mientras que se celebraba el Vº Congreso de los Soviets desde el 4 de julio y donde los S.R. de izquierda no tenían más que 353 representantes sobre un total de 1.164, las acciones de Blumkin (ejecutor del embajador alemán) y de Popov (que, con un destacamento de la Checa, se apoderó de la sede central de Correos) vinieron a apoyar por la violencia, en efecto, las diatribas de Kamkov y de María Spiridonova contra los bolcheviques en las sesiones del congreso. El levantamiento de los S.R. de izquierda fue reprimido rápidamente pues éstos no tenían una verdadera estrategia de toma del poder. Una vez más, I. Steinberg resume bien la evolución de la política de los S.R. de izquierda frente a las

consecuencias de la paz de Brest-Litovsk:

«A este declive lento, pero seguro, de los soviets, había que poner término, costase lo que costase. Es el partido de los socialistas-revolucionarios de izquierda el que tomó sobre sí la iniciativa de modificar radicalmente la orientación de la política de los soviets. Esto es natural, pues no hay en Rusia ningún otro partido que esté por los soviets y que sea al mismo tiempo hostil al imperialismo de los Centrales y al imperialismo de los Aliados juntos.

Los obreros y los campesinos de numerosas provincias rusas han venido a ponerse bajo la bandera del partido de los socialistas-revolucionarios de izquierda, y muchos congresos provinciales de soviets se han adherido a la idea del *sabotaje querido de la paz de Brest-Litovsk* (subrayado por el autor), preconizado por los socialistas-revolucionarios de izquierda...

El partido de los socialistas-revolucionarios de izquierda ha tomado sobre sí cambiar y orientar la política de los soviets en un sentido opuesto al que ha seguido hasta ahora. Y para ejercer una presión más intensa, el partido ha decidido poner el poder de los soviets ante hechos consumados. El asesinato del embajador de Alemania, Mirbach, es uno de estos hechos consumados.»
(ídem)

Así, estos textos vienen a confirmar que el tratado de Brest-Litovsk constituyó un «frenazo» para la dinámica de la revolución proletaria en Rusia y, por ahí mismo, jugó un papel decisivo en la disgregación de esta revolución. Las consecuencias de la paz separada con Alemania iban asimismo a pesar muchísimo sobre la evolución ulterior del proceso revolucionario a escala mundial:

- *La extensión de la revolución fue sacrificada en el altar de la defensa de los intereses del Estado ruso: compromisos comerciales, así como militares, con los países capitalistas para desarrollar una economía de capitalismo de Estado que, según Lenin, basándose en el «modelo alemán», representaba una «antesala del socialismo».* Más allá de los discursos de sus congresos, la III Internacional contribuyó con su

práctica no a suscitar la revolución mundial, sino a fomentar movimientos interclasistas (táctica de frentes que ahogaba los intereses proletarios en objetivos capitalistas) para presionar a los gobiernos occidentales y llevarlos a componendas con el nuevo Estado ruso. Toda la política de la I.C. tendió, pues, a un fortalecimiento de éste.

- *El final de todo poder real de los soviets fue consagrado por el dominio exclusivo del partido bolchevique:* comenzado en Octubre de 1917, el dominio de éste sobre el proceso revolucionario en Rusia se intensificó y se hizo irreversible a partir del momento en que el abandono de la extensión de la revolución pasó a los hechos. La disgregación interna se operó a través de la eliminación de todas las corrientes favorables a la extensión, y la contrarrevolución triunfó en las masas nutriéndose igualmente de la resignación y de las abjuraciones de un gran número de militantes que habían pertenecido a estas corrientes.

Ya en septiembre de 1918 Rosa Luxemburgo sacaba lecciones fundamentales del tratado de Brest-Litovsk:

«Así, el resultado final de la paz de Brest-Litovsk es que la revolución rusa está cercada por todas partes, hambrienta, estrangulada. Pero, incluso en el interior, en el territorio dejado todavía por Alemania a los bolcheviques, el dominio del poder y la política han sido empujados fatalmente por vías falsas. Los atentados contra Mirbach y Eichhorn son, hablando con propiedad, una respuesta comprensible al régimen de terror que el imperialismo alemán ha establecido en territorio ruso. La socialdemocracia ha repudiado siempre, es cierto, el terror por actos individuales, pero únicamente porque le oponía la lucha de masas como un medio más eficaz, no porque prefiriese la resignación pasiva al dominio reaccionario violento. Bien entendido, no se trata más que de una falsificación oficiosa de la W.T.B. (Oficina telegráfica Wolff- Agencia de prensa alemana) entre otras, cuando se pretende que los socialistas-revolucio-

estos atentados a instigación o por orden de la Entente...»

«La tragedia rusa», Carta de Spartacus n° II
(cf. «Contra la guerra, por la revolución», ed. Spartacus, C 7)

Ella enfocaba incluso una consecuencia que se realizó plenamente después con la firma del tratado de *Rapallo* en 1922 y que estaba contenida en las notas adjuntas (guardadas en secreto hasta 1926) al tratado *complementario al de Brest-Litovsk* firmado el 27 de agosto de 1918:

«...Se ve acercarse, como un fantasma siniestro... ¡una alianza de los bolcheviques con Alemania! Ciertamente sería el último eslabón de la cadena fatal echada por la guerra mundial al cuello de la revolución rusa: retroceso para empezar, capitulación después, y finalmente alianza con el imperialismo alemán. La revolución rusa se encontraría así, por la guerra mundial, a la que se quería sustraer a toda costa, simplemente rechazada al polo contrario: del lado de la Entente bajo el zar, al lado de Alemania bajo los bolcheviques.» (ídem)

Hoy, a pesar del debilitamiento de la contrarrevolución bajo los golpes de la crisis y de las luchas autónomas del proletariado, la perspectiva revolucionaria continúa soportando la hipoteca bolchevique y reclama la más grande clarificación posible acerca del período leninista. Rosa Luxemburgo ponderaba perfectamente la dimensión histórica que tendrían las implicaciones de la paz de Brest-Litovsk:

«Una alianza de los bolcheviques con el imperialismo alemán sería moralmente, para el socialismo internacional, el golpe más terrible que se le podría dar. Rusia era el último refugio socialista en donde socialismo revolucionario, pureza de principios, riquezas ideales, aún tenían curso, hacia el cual se volvían, tanto en Alemania como en toda Europa, todos los elementos socialistas honestos para reponerse del asco que provoca la práctica del movimiento obrero de Europa occidental, para armarse de valor y creer aún en las obras ideales, en las fórmulas sagradas. Por «el acoplamiento» grotesco en-tre Lenin y Hindenburg, es la fuente de luz moral la que se apagaría en el Este...» (ídem).

III. Algunos elementos para desarrollar una crítica revolucionaria, y no bolchevique, de los socialistas-revolucionarios de izquierda:

En la Introducción a sus *«Recuerdos de un Comisario del Pueblo»*, I. Steinberg resume así las convergencias y las divergencias entre los dos partidos:

«El gran acontecimiento político de este nuevo período de la revolución fue la transmisión del poder gubernamental a los soviets y la formación, en diciembre de 1917, de un gobierno de coalición formado por los bolcheviques y los socialistas revolucionarios de izquierda. Durante los tres primeros meses, una cierta solidaridad reinó entre los dos partidos, ligados por la lucha común por la paz internacional y por el deseo común de abrir las vías a una transformación socialista completa de Rusia. Sin embargo, poco después se revelaron divergencias de opinión entre los dos partidos, y especialmente a propósito de las relaciones con los campesinos, del empleo de la violencia revolucionaria y de la conclusión de la paz de Brest-Litovsk»

Examinando una a una estas tres divergencias principales, nuestro objetivo es señalar lo que eran las verdaderas posiciones de los S.R. de izquierda y hacer la crítica de ellas sin caer en la propaganda bolchevique.

a) Contra la paz de Brest-Litovsk, ¿por qué tipo de guerra?

Primeramente hay que señalar que los S.R. de izquierda no fueron hostiles a la apertura de negociaciones con Alemania, y que durante las conversaciones de Brest-Litovsk manifestaron una posición bastante próxima a la defendida por Trotsky: «ni guerra, ni paz», esperando atraer a todos los

otros beligerantes a la mesa de negociaciones y llegar sí a una paz internacional que pusiese fin a la guerra imperialista. A causa del avance militar alemán, aprovechándose de la suspensión de las conversaciones y de la firma de una paz *separada* consentida por la fracción mayoritaria de Lenin en el seno del partido bolchevique, su posición se acercó a la de los comunistas de izquierda que, a su vez, preconizaban desde el principio la preparación de una «guerra revolucionaria».

Lenin acusó a los S.R. de izquierda de hacer el juego a la burguesía rusa, al querer desencadenar una guerra nacional y en alianza con los imperialistas de la Entente. En el Cuaderno Spartacus titulado «*Tratado de Brest-Litovsk de 1918: Frenazo a la revolución*» (serie B, nº 77) (y publicado aquí junto con esta «Clarificación», NdT), ciertas fórmulas daban a entender que los S.R. de izquierda habían encarnado la posición que les atribuía Lenin. Ahora bien, a la luz de los textos publicados en «*Los socialistas-revolucionarios de izquierda en la Revolución rusa*», Cuaderno Spartacus serie B, nº 122, aparece claramente que éstos no defendían en absoluto una posición semejante. En efecto, contrariamente a lo que escriben la mayoría de los historiadores de la revolución rusa, favorables a los bolcheviques, los S.R. de izquierda basaban su visión de una reanudación de los combates sobre *principios de clase*:

«El partido de los socialistas-revolucionarios no invita al pueblo a la guerra contra Alemania al lado de la Entente, ni por el imperialismo «aliado» y contra el imperialismo alemán. No, llama a una insurrección, independiente de toda influencia imperialista, del pueblo trabajador contra sus enemigos de clase; invita a los trabajadores a una guerra civil contra la burguesía extranjera, a una guerra civil semejante a la que ha hecho con tanto éxito en el interior de Rusia contra la burguesía nacional. Y por ahí mismo, el partido de los socialistas-revolucionarios de izquierda, que re-

clama el retorno a las máximas de la revolución de noviembre, pone un foso infranqueable entre él y los socialistas-revolucionarios de derecha (con Kerensky y Savinkov a la cabeza); éstos últimos querrían hacer nuevamente del pueblo revolucionario de Rusia un instrumento de los designios de la Entente, que supuestamente lucha por la libertad.»

I. Steinberg, *cf.* «Los acontecimientos del 4 al 7 de julio en Moscú» (ya citado).

Observemos, de paso, que fue Lenin, habitual de la mentira y del disimulo, el que, frente al avance alemán (final de febrero de 1918), había tomado en consideración llamar en su ayuda a los ejércitos de la Entente; Trotsky, por lo demás, se había encargado, adhiriéndose a esta tesis, de tomar contacto con los emisarios inglés, francés y americano (así, el desembarco de los primeros contingentes británicos en Murmansk, en marzo de 1918, ¡se hizo con el acuerdo de los bolcheviques para impedir que los Fineses-Alemanes ocuparan este puerto!).

Para reducir a sus adversarios, en el seno de su propio partido y en el exterior, Lenin recurrió igualmente, como otras veces, a la práctica de la amalgama. Ahora bien, había diferencias importantes entre la posición de los comunistas de izquierda y la de los S.R. de izquierda, que estos últimos tuvieron tendencia a limitar al problema de la «disciplina de partido» (*cf.* el texto «Nuestros aliados en el campo de nuestros adversarios») (incluido en *Spartacus, serie B, n° 122, NdT*).

Mientras que los comunistas de izquierda definían la «guerra revolucionaria» como una lucha armada del proletariado urbano y rural, sacrificándose si fuese necesario para ayudar a la extensión mundial de la revolución comunista, la visión de los S.R. de izquierda descansaba más en el llamamiento a una «revuelta de clase», a una insurrección espontánea del pueblo trabajador (obrerros y campesinos mezclados).

Es lo que da a entender claramente la lectura del texto complementario de I. Steinberg, publicado en ed. Spartacus, serie B, nº 122 ya citado: «*Por qué estamos contra la paz de Brest-Litovsk*». Por ahí mismo, sus principios de clase se ligaban todavía a las teorías «populistas» del siglo XIX, según las cuales los pueblos eslavos, en particular los rusos, debían aportar la «Salvación» a Europa occidental y a la Humanidad entera. Bajo una forma democrática y socialista más elaborada que sus predecesoras, los S.R. de izquierda no se sentían menos imbuídos por una especie de «misión redentora» que, según ellos, incumbía al pueblo revolucionario de Rusia:

«(...) si la República de los trabajadores de Rusia puede salir victoriosa de la lucha, no será luchando aislada, entablando un combate singular con un imperialismo solamente, sino *arrastrando* (subrayado por el autor) en esta lucha a las masas populares atrasadas, pasivas o poco conscientes de Europa y de América (...) nos damos perfecta cuenta de que las masas populares de Europa que aún no han llegado a la conciencia de clase tenían necesidad de una luz muy fuerte, de una luz continua y deslumbrante que viniese de un país que, gracias a numerosas causas históricas, hubiese podido ser el primero en dar un paso decisivo en el camino de la regeneración revolucionaria. Y nosotros hemos creído con razón y creemos aún en el presente, que es la República de los soviets de Rusia la que tiene el privilegio de ser esta «gran potencia» del socialismo y de la revolución, la que estimulará y acelerará en Europa el «proceso» revolucionario instintivo e inconsciente engendrado por la guerra actual, y que no tendrá más que tomar, empujado por la revolución rusa, formas netas y susceptibles de vivir.»

I. Steinberg, «Los acontecimientos...» (ídem)

Para despertar a las masas aplastadas por la guerra y arrastrarlas a cumplir «su» misión revolucionaria, los S.R. de izquierda utilizaron la violencia individual practicando actos terroristas contra los representantes del imperialismo alemán

en Rusia. Además, creyendo aún, como los «Narodniki», en el papel liberador de la revuelta campesina, concentraron su agitación sobre todo en los campos, apoyándose en los resultados materiales de la reforma agraria, a la cual se habían adherido los bolcheviques (*cf.* «la tierra a los campesinos», decreto del 26 de oct. de 1917). Estas relaciones privilegiadas con el campesinado explicaban la colaboración del grupo literario «Los Escitas» (poetas como Blok, Esenin...) en los periódicos de los S.R. de izquierda. Cantando la misión de fraternidad mundial, que debía ser obra de los Eslavos, Blok había predicho el fin del «Hun salvaje»...

b) Contra la pena de muerte, ¿por qué tipo de violencia?

El II Congreso de los Soviets, reunido durante los acontecimientos de octubre de 1917, declaró que la pena de muerte estaba abolida. El gobierno de Kerensky la había restablecido, en el frente, para forzar a los soldados fatigados y hambrientos a reanudar la ofensiva desde el 18 de junio. Desde el momento en que participaron en el poder (formación del gobierno de coalición en diciembre de 1917), los S.R. de izquierda se hicieron garantes de esta abolición. Entre los puestos ocupados por sus siete representantes en el Consejo de los Comisarios del Pueblo, uno de los más importantes - junto con la cartera de agricultura - era el de I. Steinberg, encargado de la justicia. Durante los pocos meses de su participación gubernamental, la pena de muerte siguió siendo *oficialmente* ilegal y se opusieron a su restablecimiento jurídico con ocasión de la condena del almirante Chtchastny, el 21 de junio de 1918, por un «Tribunal extraordinario, compuesto por jueces nombrados por el Comité ejecutivo central» (*cf.* el texto de A. Schreider: «La pena capital»). Este almirante, al que se

negó el derecho a citar testigos de descargo y que fue juzgado sin la asistencia de un jurado, estaba acusado de «alta traición». Después del ultimátum alemán conminando a la flota rusa del Mar Negro a que volviese a Sebastopol (asunto ya citado anteriormente), se había rebelado intentando guardar documentos reativos a un acuerdo secreto según el cual los bolcheviques se comprometían a entregar también la flota del Báltico.

Pero, aun llevando este género de batalla en el plano del *legalismo* (querían establecer una red de tribunales «independientes» del poder ejecutivo y nombraron comisiones encargadas de vigilar por los derechos de los prisioneros), los S.R de izquierda fueron parte actuante, *en los hechos*, de la violencia de la Checa y de sus ejecuciones sumarias contra los «enemigos de la revolución». En efecto, desde la creación de la Checa bajo la presidencia de Dzerjinsky (7 de diciembre de 1917), se presentaron como candidatos para obtener un cierto número de puestos de funcionarios en este órgano de la represión estatal. Uno de ellos, Alexandrovich, se convirtió incluso en el auxiliar principal de Dzerjinsky con el título de vicepresidente. A posteriori, los S.R. de izquierda intentaron justificar su política contradictoria diciendo que habían entrado en la Checa para limitar los poderes de esta administración y sobre todo para contrarrestar la influencia de los bolcheviques en su seno. Durante este período, jamás se pronunciaron contra la existencia misma de la Checa ni, por otro lado, contra la de las prisiones (¡soñaron simplemente con hacer saltar los símbolos de la opresión zarista, como la fortaleza Pedro y Pablo, donde habían sido forzados, presidiarios políticos, durante años!). He aquí cómo I. Steinberg intenta explicar la política de los S.R. de izquierda a este respecto:

«Los socialistas-revolucionarios de izquierda obtuvieron la

comisararía de la justicia y decidieron utilizar estas funciones para debilitar, primero, y para modificar, después, la amplitud y el ritmo de la actividad ejercida por la Checa. Nosotros queríamos, a lo más, hacer un servicio técnico a los trámites de justicia y para el tribunal revolucionario.

No era una tarea fácil para mí, en semejante época. No hay que olvidar que si los jefes bolcheviques hacían mucho alboroto y se agitaban más de lo que era necesario, nuestros adversarios burgueses llevaban, a pesar de todo, una lucha encarnizada contra nosotros. La menor derrota política, la menor debilidad hacia ellos por parte nuestra habrían podido destruir el fundamento sobre el que se construía la república soviética. Se temía entonces parecer, por poco que fuese, sensible y sentimental, y no se quería recomenzar las debilidades del régimen de ese Kerensky que giraba a todos los vientos. Por eso el Comisario de Justicia empezó a funcionar con la resolución determinada de ser severo en todas partes en que fuese necesario. Pero al mismo tiempo tomaba posición voluntariamente contra la Checa. Esto anunciaba que se iba a llevar una lucha por la supremacía entre estas dos instituciones supremas. Así fue: esta lucha no cesó ni un día, tanto en las cosas pequeñas como en las grandes.

Nosotros encontramos la Checa ya formada: comprendía entonces al presidente, Dzerjinsky, y seis o siete de sus colaboradores. Todos eran bolcheviques, lo mismo que el verdugo Peters, famoso a continuación. Habíamos comprendido bien que el mejor medio para luchar contra los abusos de una administración es formar parte de ella.»

«Recuerdos de un Comisario del Pueblo»

(cf. cap. III «En la sombra del terror»)

En el fondo, esa duplicidad de los S.R. de izquierda provenía de sus concepciones substitutista, partidista y partidaria del estatismo que querían imponer, al igual que los bolcheviques pero con más escrúpulos y menos amoralismo, en el curso de una revolución proletaria cuya expresión esencial se situaba en los Soviets. Por lo demás, fue intentando apoyarse en la Checa como llevaron a cabo su levantamiento

de julio de 1918. Blumkin, el S.R. de izquierda que mató al embajador alemán Mirbach, era un funcionario de ésta (escapado a la represión y habiendo logrado huir, se adherirá más tarde al bolchevismo). Desde el comienzo, intentaron controlar su sede principal: así, Dzerjinsky y otros dos bolcheviques que se habían precipitado para hacer frente a la situación, fueron hechos prisioneros. La ocupación de la sede central de Correos fue obra de un destacamento de la Checa que, mandado por el S.R. de izquierda Popov (según V. Serge; L. Schapiro lo llama Prochian), envió telegramas a las provincias para anular las instrucciones del Consejo de los Comisarios del Pueblo. Por eso, después de haberse rehecho, los bolcheviques no dudaron al dirigir los primeros golpes de la represión: golpearon en la cabeza, fusilando al joven Alexandrovich que, supliendo a Dzerjinsky en la presidencia de la Checa, había facilitado la preparación y el desencadenamiento de la sublevación.

Los S.R. de izquierda teorizaban el recurso a los actos terroristas individuales como un medio para arrastrar a las masas a realizar la revolución (*cf.* el texto de A. Schreider: «El terrorismo como medio de acción revolucionario»). El substitutismo propio de los partidos los empujó, a ellos tanto como a los bolcheviques, a actuar en lugar de los Soviets para *forzar* a estos órganos representativos del conjunto del proletariado a cambiar su orientación política. La violencia revolucionaria de masas debía ser provocada y guiada, si fuese necesario, por los actos ejemplares de su vanguardia y de sus jefes en tanto que individuos. De ese modo, los S.R. de izquierda seguían siendo los herederos de Tkachev, el populista ruso del siglo XIX, discípulo de Auguste Blanqui.

c) ¿Qué relaciones con los campesinos?

Habiendo adoptado Lenin el programa agrario de los S.R. de izquierda y hecho votar «la tierra a los campesinos» en el II Congreso de los soviets, parecía que la cuestión de la relación con los campesinos estaba arreglada, tanto más cuanto que los S.R. de izquierda decidieron entrar en el gobierno después de haber ponderado en los campos y en el seno de los Soviets los efectos favorables del decreto sobre la tierra.

Pero, por el contrario, la situación se envenenó muy pronto a causa de la caída catastrófica de las entregas de cereales a las ciudades: según las fuentes citadas por L. Schapiro, las existencias de grano en los depósitos del Estado habían caído de 641.000 toneladas en noviembre de 1917 a 136.000 en diciembre y a 46.000 en enero dd 1918. Bajo la influencia mayoritaria de los bolcheviques, el Consejo de los Comisarios del Pueblo decidió emprender requisas en los campos y poner fin al comercio ilegal (mercado negro) que se había establecido con las ciudades. Para esto, envió destacamentos armados que, en varias ocasiones, se enfrentaron duramente con los campesinos. Hubo numerosos actos de crueldad por un lado y por otro. La ofensiva alemana, la ocupación de regiones agrícolas tales como Ucrania durante la suspensión de las negociaciones de Brest-Litovsk, la firma del tratado de paz ratificando las anexiones, y después la reanudación del avance alemán, todo este proceso de guerra impuesta y de capitulaciones sucesivas vino también a agravar considerablemente la situación. Las maniobras de los grupos nacionalistas a sueldo de los diversos imperialismos, y facilitadas por el «derecho de los pueblos a disponer de sí mismos» de que se hacían propagandistas los bolcheviques, tampoco arreglaron nada.

Los S.R. de izquierda fueron llevados, pues, a desolidarizarse de la política de los bolcheviques en el cam-

po. Éstos los acusaron entonces de querer favorecer a los campesinos ricos (kulaks) al rehusar hacer distinciones entre el campesinado y al concebirlo globalmente como una clase explotada, al igual que el proletariado. La mayoría de los historiadores, probolcheviques o no, propalaron este género de anatemas y atribuyeron así falsas posiciones a los S.R. de izquierda.

«¡No digáis mentiras!», clama un texto de I. Steinberg a propósito de los comunicados bolcheviques transmitidos a la prensa europea a propósito de los acontecimientos de julio de 1918; falsificada más que ninguna otra quizás, la posición de los S.R. de izquierda sobre la cuestión campesina necesita un restablecimiento de la verdad. En efecto, si éstos se proclamaron con frecuencia «el partido de los campesinos» por su programa y por su implantación privilegiada en el mundo agrícola, jamás apoyaron a los campesinos ricos y establecían una distinción de clase en el seno del campesinado:

«Nosotros hemos establecido para el campo dos categorías netamente caracterizadas: en la primera, nosotros comprendemos a todos aquellos que viven de su trabajo personal y no recurren a ningún trabajo asalariado para cultivar sus campos. Toda esta categoría son los campesinos trabajadores. En la segunda categoría comprendemos a todos los explotadores y especuladores que viven a expensas de los trabajadores y que explotan sus tierras por medio de la fuerza de trabajo de otro. Esta distinción es clara, neta y precisa.»

A. Schreider, «Los campesinos y la revolución»
(texto publicado en *Spartacus Serie B*, n° 122)

El conflicto con los bolcheviques se concentró, de hecho, en torno a la cuestión de las requisas de cereales y, especialmente, de los excedentes de trigo. Para sostener sus acciones de fuerza, los bolcheviques habían decidido crear «comités de campesinos pobres» que, apoyándose en los asalariados agrícolas o los campesinos sin tierra, debían ser la pun-

ta de lanza de la lucha de clases en el campo. A los ojos de los S.R. de izquierda esto estaba en perfecta contradicción con la base de la reforma agraria que, a través de la repartición de las tierras, no apuntaba a la parcelación en pequeñas propiedades individuales sino a la socialización que se reposaba en la antigua comuna rural, por tanto, a la desaparición de los asalariados agrícolas y de los campesinos pobres sin tierra. Además, para ellos, esta política de los bolcheviques provocaba divisiones artificiales y peligrosas en el seno de la clase que ellos definían como la de los «campesinos-trabajadores» teniendo los mismos intereses a defender. Finalmente, debilitaba la revolución al oponer los obreros a los campesinos.

Más globalmente, el problema era el de una revolución proletaria que, en el marco de un país inmenso como Rusia, fuertemente marcado por el modo de producción asiático (variedad oriental del feudalismo), debía resolver la cuestión de la relación entre una enorme masa campesina (75 a 80% de la población) y una minoría de obreros industriales (alrededor del 5%). Frente a esto, a los S.R. de izquierda les resultaba fácil reprochar a los bolcheviques el haber abandonado su posición socialdemócrata en octubre de 1917 e intentar volver a ella después de haberse instalado en el poder:

«Muy recientemente todavía, nuestros socialdemócratas bolcheviques afirmaban que el campo debía pasar por la fase de proletarización, que primero debía realizarse la diferenciación entre proletarios rurales y explotadores rurales, y que sólo entonces el ejército socialista recibiría este refuerzo de varios millones de campesinos sin tierra. Los socialdemócratas afirmaban que en la cuestión agraria, lo mismo que en la vida industrial, la evolución hacia el socialismo no podía efectuarse más que por la proletarización de las masas y la concentración de la propiedad en manos de unos explotadores rurales poco numerosos. Sólo entonces el campo se convertiría en una are-

na de lucha entre el trabajo y el capital; es en ese momento cuando la propaganda socialista sería necesaria, útil y comprensible. Durante la revolución actual, los socialdemócratas bolcheviques han renunciado, a regañadientes es cierto, a sus teorías y han aceptado nuestro programa agrario(...).

Pero el verdadero rostro del socialdemócrata bolchevique aparece cada vez más frecuentemente bajo la máscara que ha tomado por las necesidades de la cuasa...»

A. Schreider, «Los campesinos...» (ídem)

Para Rosa Luxemburgo, el reparto de las tierras era una «consigna pequeñoburguesa» con el mismo título que el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos. En su folleto póstumo «*La Revolución rusa*» (cuaderno Spartacus serie A, nº 4), criticó a los bolcheviques por haber aplicado la reforma agraria inscrita en el programa de los S.R. de izquierda. Ella tampoco comprendió que:

«Estos últimos se reclamaban de viejas tradiciones populistas y ponían su esperanza en la fuerza creadora de la democracia campesina salida del 'mir'».

cf. Ida Mett, *El campesino ruso en la revolución y la postrevolución* (cuaderno Spartacus serie B nº 24).

Ahora bien, hay que recordar a este propósito que Marx había confesado sus simpatías por las aspiraciones de los populistas en su lucha contra la autocracia zarista, y esto a expensas de los «marxistas» rusos. Preguntado por Vera Zasulich sobre la utilidad de la comuna rural (*mir*) para pasar al socialismo, le respondió que no se imponía en todas partes la necesidad del desarrollo capitalista:

«El análisis dado en el Capital no ofrece, pues, razones ni por, ni contra la vitalidad de la comuna rural, pero el estudio especial que he hecho de ella, y los materiales del cual he buscado en las fuentes originales, me ha convencido de que esta comuna es el punto de apoyo de la regeneración social en Rusia, pero a fin de que pueda funcionar como tal sería necesario primero eliminar las influencias deletéreas que la asaltan de todas partes y después

asegurarle las condiciones normales de un desarrollo espontáneo.
Marx, «Carta a Vera Zasulich», 1881.

Un año más tarde, firmando con Engels el *prefacio de una edición rusa del «Manifiesto Comunista»*, precisó su toma de posición contra las teorías de sus «discípulos», es decir, los socialdemócratas, para los cuales no había otra alternativa en Rusia más que el desarrollo del capitalismo:

«Si la revolución rusa da la señal de una revolución proletaria en Occidente, y ambas se complementan, la actual propiedad colectiva de Rusia podrá servir como punto de partida para una evolución comunista.»

IV. Anejos

A. Algunos puntos de referencia cronológicos útiles sobre la historia de los S.R. de izquierda

(Para tener más informaciones, hay que consultar los libros ya citados en I. Steinberg, L. Schapiro y V. Serge. El texto titulado «Algunas páginas de la historia del partido de los S.R. de izquierda» figura en el Cuaderno Spartacus serie B n° 122 y aporta también precisiones. Señalemos finalmente que debía aparecer un libro bajo el título «*El declive de los Socialistas-revolucionarios (1917-1925)*» y contener una segunda parte sobre los S.R. de izquierda: estaba anunciado por el autor, J. Baynac, como una continuación del primer volumen «*Los Socialistas-Revolucionarios (marzo 1881-marzo 1917)*» publicado por las ed. R. Laffont.

1915

El grupo de los Zimmerwaldianos, con Natanson, Tchernov y Kamkov, se niegan a seguir a la mayoría del partido S.R. que predica la defensa nacional. Se acerca a las tesis internaciona- listas que condenan la guerra imperialista.

Febrero de 1917

Formación de un ala izquierda en el partido S.R. Rechaza partici- par en el gobierno provisional, a diferencia de Tchernov, que acepta un puesto.

18 de mayo de 1917

Se reúne en Moscú el III Congreso del partido S.R. La izquierda, con María Spiridonova, Natanson, Kamkov, Prochian y Steinberg, presenta un programa que excluye toda coalición con los partidos burgueses y se orienta hacia la formación de un gobierno exclusi- vamente socialista.

20 de octubre de 1917

La izquierda rehúsa obedecer las consignas dadas por los jefes del partido S.R. a favor medidas de defensa nacional del gobier- no presidido por Kerensky. Abandona en grupo la sala de sesio- nes del Consejo de la república (después de los motines de julio, se batía contra el restablecimiento de la pena de muerte en el frente).

7 de noviembre de 1917 *(25 de octubre según el antiguo ca- lendario ruso)*

Golpe de Estado bolchevique. Los mencheviques y los S.R. de derecha abandonan el 2º Congreso de los soviets para marcar su apoyo al gobierno de Kerensky, los S.R. de izquierda permanec- en al lado de los bolcheviques (el partido S.R. pronunció enton- ces la exclusión de su ala izquierda).

19/28 de noviembre de 1917

1er Congreso separado del partido de los S.R. de izquierda que reúne a los delegados de 99 agrupaciones locales. Se

pronuncia contra la Asamblea constituyente si ésta no respeta el poder obrero y campesino expresado por el 2º Congreso de los soviets.

9 de diciembre de 1917

2º Congreso de los soviets rurales. Tras el control establecido sobre el Congreso por la neutralización de los diputados de derecha (formación de un ejecutivo campesino), se concluye un acuerdo de coalición gubernamental con los bolcheviques: siete representantes de los S.R. de izquierda entran en el Consejo de los comisarios del pueblo.

18 de enero de 1918

En la apertura de la Asamblea constituyente, los bolcheviques presentan un texto que recoge las resoluciones del 2º Congreso de los soviets y que estipula que la susodicha Asamblea abdique sus poderes esenciales. Ante el rechazo del texto (237 votos contra 136), los S.R. de izquierda siguen a los bolcheviques y abandonan la Asamblea (al día siguiente ésta es disuelta por la fuerza y poco después el III Congreso de los soviets ratifica la decisión de la retirada de los dos partidos por 377 votos, de 419 votantes).

26 de febrero de 1918

I. Steinberg, S.R. de izquierda, Comisario de Justicia, consigue la apertura de una investigación sobre dos miembros de la Checa acusados de corrupción. En ausencia de pruebas, hay sobreseimiento y el Consejo de los comisarios del pueblo vota una resolución diciendo que la investigación entraba en el marco de «campañas mentirosas llevadas por los agentes de la burguesía contra el gobierno de los soviets»(!). Los S.R. de izquierda pretendían justificar su participación en la Checa para intentar limitar los «abusos» de esta policía política.

Marzo de 1918

Firma del Tratado de paz Brest-Litovsk. En el IV Congreso

de los soviets, que se reunió para ratificar el tratado, los S.R. de izquierda votan contra la paz separada mientras que los comunistas de izquierda se abstienen. El 19, sus delegados dimiten del Consejo de los comisarios del pueblo.

17/25 de abril de 1918

El 2º Congreso del partido de los S.R. de izquierda aprueba esta dimisión aun continuando en inscribir su acción en el marco de las demás instituciones de la república de los soviets.

Mayo-Junio de 1918

Los S.R. de izquierda preconizan la resistencia armada de clase frente al imperialismo alemán. Emprenden una campaña de agitación entre las tropas. El 16 de junio se oponen al restablecimiento de la pena de muerte y el 21, a la 1ª condena: la del almirante Chtchastny, que acusaba a los bolcheviques de haberse comprometido a entregar la flota del Báltico a los alemanes. El 24, su Comité central toma la resolución, «en interés de Rusia y el de la revolución internacional», de «entregarse a una serie de actos terroristas contra los principales representantes del imperialismo alemán».

4 de julio de 1918

Apertura del Vº Congreso de los soviets. Los S.R. de izquierda tienen alrededor del 40% de los delegados en favor de sus posiciones. El día 5, María Spiridonova critica violentamente la política de los bolcheviques, y especialmente en el plano agrario a causa de las requisas de cereales como de los excedentes de trigo.

6/7 de julio de 1918

Asesinato del embajador alemán, el conde Mirbach. Levantamiento de los S.R. de izquierda: ocupación de la sede de la Checa (Dzerjinsky, su presidente, es puesto bajo vigilancia) y de la sede central de Correos de donde son expedidos algunos telegramas para suspender la ejecución de todas las órde-

nes del Consejo de los comisarios del pueblo. El grueso de los grupos S.R. de izquierda (entre 800 y 2.000, según Trotsky) permanece inmóvil alrededor de la sede de su comité central. Los bolcheviques encargan a los fusileros letones mandados por Vatsetis y a un destacamento internacional colocado bajo la dirección de Bela Kun (en su mayoría, prisioneros de guerra húngaros) restablecer el orden. El día 7 a mediodía el levantamiento es vencido, tanto en Petrogrado como en Moscú, tras el disparo de algunos obuses que ponen en desbandada a las tropas de los S.R. de izquierda que no disponen sino de muy poco armamento. Balance: una docena de muertos (cifra dada por L. Schapiro).

B. La represión de los bolcheviques contra los S.R. de izquierda

En julio de 1918

Los bolcheviques hicieron detener inmediatamente a toda la delegación S.R. de izquierda presente en el Vº Congreso de los soviets y a todos los miembros de su Comité central que no habían podido huir. En total, hubo unas 300 detenciones (cifras de V. Serge). La Checa fusiló principalmente al joven Alexandrovich, adjunto S.R. de izquierda del presidente bolchevique, el lituano Dzerjinsky, y a un cierto número de marinos partidarios del levantamiento. Por el contrario, el autor del atentado contra el embajador alemán, Blumkin, salvó la vida y logró escapar (meses más tarde se adherirá al partido bolchevique, participará en la guerra contra los ejércitos blancos y se convertirá en un apoyo de Trotsky en el interior del

G.P.U.: por lo demás, será una de las primeras víctimas de la represión contra los trotskistas, siendo fusilado sin juicio en diciembre de 1929). El que lo había acompañado en la reali-

zación del atentado, Andreiev, escapará igualmente a la represión y se unirá a las tropas del anarquista Makno en Ucrania (los S.R. de izquierda que participaron en la Maknovichna cometieron dos atentados contra Blumkin, al cual le reprochaban su adhesión al bolchevismo)*. Los periódicos S.R. de izquierda fueron prohibidos, pero el partido mismo no fue declarado ilegal. Una resolución del 15 de julio de 1918 autorizaba a los miembros del partido S.R. de izquierda a ocupar asiento en los Soviets a condición de que desmintiesen categóricamente toda participación por su parte «en el asesinato y en la revuelta que le había seguido». Para eludir la expulsión de los Soviets, muchos S.R. de izquierda consintieron en esta desaprobación de la acción decidida por su Comité central.

En un primer momento la represión quedó, pues, *limitada* a pesar de las quejas de la delegación alemana, especialmente del nuevo embajador Helfferich que reclamaba más condenas. Resulta evidente que los bolcheviques no quisieron agravar las dificultades que tenían en el campo y en el ejército, con una severidad excesiva respecto de los S.R. de izquierda.

A continuación:

El partido S.R. de izquierda se dividió en varias tendencias. Los extremistas, como Kamkov e Irina Kajovskaya, formaron un grupo terrorista clandestino que, entre otras cosas, organizó el atentado contra el comandante de las tropas alema-

*A propósito de la colaboración de los S.R. de izquierda en la lucha de los libertarios en esta región, se encontrarán informaciones en el libro de A. Skirda: «*Makno, el cosaco de la Anarquía*», publicado recientemente por cuenta del autor.

nas en Ucrania, el mariscal de campo von Eichhorn; su autor, Boris Donskoi, fue colgado en Kiev el 10 de agosto de 1918 por decisión del Consejo de guerra alemán. Sin embargo, los principales miembros del Comité central de los S.R. de izquierda, entre ellos María Spiridonova, comparecieron ante «un tribunal revolucionario» (el 27 de noviembre de 1918) que no les condenó más que a penas bastante suaves, de las que fueron amnistiados unos días más tarde «por los servicios prestados a la causa revolucionaria». Además, los bolcheviques dejaron a Natanson la posibilidad de partir para el extranjero (era uno de los dirigentes S.R más antiguos, a la izquierda del partido desde hacía mucho tiempo, que había preparado la coalición con los bolcheviques participando desde 1905 en los grupos de combate mantenidos por Lenin y especializados en las expropiaciones, así como en toda clase de ataques a mano armada). En cuanto a Prochian (Popov, según V. Serge), que había conducido la acción en la sede central de Correos, murió en libertad poco tiempo después y Lenin le dedicó incluso un artículo necrológico.

La represión se hizo algo mayor en los meses y los años siguientes, sobre todo con relación a María Spiridonova y los S.R. de izquierda que proseguían su agitación en el campo. Así, el 18 de febrero de 1919, ésta y un gran número de miembros de su partido fueron detenidos de nuevo y acusados de «fomentar un complot». María Spiridonova, tratada «de histérica», fue internada en un «sanatorio» (de hecho, una prisión camuflada) donde se agravó su tuberculosis y del que se evadió, escapando así a la muerte. Consiguió ocultarse hasta octubre de 1920 en Moscú, pero aquejada de tifus como cientos de miles de personas, los bolcheviques consiguieron detenerla definitivamente en una redada. Detenida, hizo una huelga total, de hambre y de sed, ¡durante 13 días! Traslada-

da a un hospital psiquiátrico, consiguió sobrevivir y fue puesta después en residencia vigilada por la Checa a 80 kms. de Moscú. Sus últimas noticias datan de junio de 1922 en una carta en que su amigo, Ismailovich, pedía que se les encerrase en una prisión normal. Después, ya no hay más rastro (en su tomo III del «Archipiélago de Gulag», Soljenitsin indica que probablemente murió en un campo).

Otro grupo del partido S.R., con I. Steinberg como destacado, intentó hacer una oposición legal y consiguió la autorización para publicar una revista (*Znamia*) en la primavera de 1920. Como delegado «con voz consultiva», el antiguo Comisario del pueblo en la Justicia pudo incluso leer una declaración en el VIII Congreso de los soviets, en diciembre del mismo año. Pero la insurrección de Cronstadt puso fin a esta «benevolencia» de los bolcheviques: detenciones masivas significaron la desaparición del partido S.R. de izquierda, aun cuando algunos de sus miembros continuaron manifestándose después de 1922 en el seno de algunos Soviets locales, comprendido el de Moscú. I. Steinberg fue uno de los pocos dirigentes en poder escapar y abandonar Rusia (se encuentran algunos elementos adicionales de su biografía en el libro de J. Baynac: *El Terror bajo Lenin*, p. 361, aparecido en las ed. Le Sagittaire).

Golbalmente, según L. Schapiro, se puede decir que la represión contra los S.R. de izquierda fue *menos rigurosa* que la que padecieron las otras oposiciones. Así, en 1921, habían sido fusilados en total 26 de sus dirigentes, mientras que 4 habían muerto en prisión. De hecho, los bolcheviques esperaban reclutar, a través de una clemencia relativa, a un gran número de jóvenes S.R. de izquierda, lo que se verificó con ocasión de un proceso en junio de 1922 en que 7 de ellos sólo tuvieron ligeras penas, incluso una prórroga equivalente

a una absolución inmediata. Esta táctica se verificó rentable pues algunos jóvenes, tras una preparación en prisión, se incorporaron a las filas del partido bolchevique o de la Checa (!). Sin embargo, la mayoría de los antiguos dirigentes aún vivos en esta época se encontraban en exilio o en prisión de por vida. En los años 1930 hubo noticias de Ismailovich, Kajovskaia y Mayorov, que habían sido destinados a residencia en la región del Ural. En el proceso de Bujarin en 1938, los jueces estalinistas hicieron comparecer a Kamkov y a Karelin, sacados de su prisión, para acreditar la acusación de un «complot» del que el ex-líder bolchevique habría sido inspirador en la época en que formaba parte de la fracción de los comunistas de izquierda que manifestaba su oposición a la firma del tratado de Brest-Litovsk.

En conclusión, diremos que los textos publicados en el Cuaderno Spartacus serie B nº 122 por los Amigos de Spartacus son una *contribución* a la clarificación necesaria sobre las posiciones de los S.R. de izquierda y, por tanto, a todas las críticas revolucionarias que puedan hacerse de ellas sin caer en las falsificaciones bolcheviques. Sin embargo, una historia general sobre el combate de los S.R. de izquierda en la revolución rusa está por escribir...

Guy SABATIER

Febrero de 1983

Quiero dar las gracias al Institut d'Histoire Sociale (15, avenida Raymond Poincaré, Paris 16), y en especial a Jean-Louis Panné, que ha puesto a mi disposición varios documentos, sobre todo los de I. Steinberg.

